

Maternidad, cuidados y el quehacer científico y académico de mujeres mexicanas en tiempos de COVID-19

(Coordinadores)

Miriam Betzabe Tecamachaltzi Silvarán

Ericka Beatriz Morales Trejo

Elsa A. Pérez-Paredes

Raúl Jiménez Guillén



Universidad
Autónoma
de Tlaxcala

Primera edición: junio 15 de 2022

© Universidad Autónoma de Tlaxcala
Av. Universidad No. 1, Col. Loma Xicohténcatl
C.P. 90062, Tlaxcala, México
www.uatx.mx

ISBN: 978-607-545-061-2
Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

GRATUITO

“La presente obra se dictaminó con
el sistema de evaluación doble ciego por pares”

Maternidad cuidados y el quehacer científico y académico de mujeres mexicanas en tiempos de COVID-19

(Coordinadores)

Miriam Betzabe Tecamachaltzi Silvarán

Ericka Beatriz Morales Trejo

Elsa A. Pérez-Paredes

Raúl Jiménez Guillén



Universidad Autónoma de Tlaxcala

Luis Armando González Placencia
Rector

Enrique Vázquez Fernández
Secretario Académico

Samantha Viñas Landa
Secretaria de Investigación Científica y Posgrado

Alejandro Palma Suárez
Secretario de Extensión Universitaria y Difusión Cultural

Rosamparo Flores Cortés
Secretaría Administrativa

José Antonio Durante Murillo
Secretario Técnico

Miguel Moisés García de Oca
Secretario de Autorrealización

Revisión de estilo y ortografía: Dr. Ricardo Becerra Pérez

Índice

Marco introductorio	6
Apartado I	10
Palabras clave: triple-cuarta jornada, jornada laboral, investigadoras	
El amor de madre vibra en lo más alto, sana, reconstruye y crea conocimiento en meses de COVID-19	11
De los estudios de género a la triple jornada en medio de la pandemia del COVID-19	14
Educación a distancia en tiempos de pandemia COVID-19. Cuando la escuela se traslada al hogar y se adiciona a la triple jornada laboral	18
Retos de las investigadoras y madres durante la pandemia del COVID-19	23
El día que la preservación de la vida se convierte en el centro de tu mundo, ¡cuánto lo deseaba! pero . . . ¿y ahora qué hago?	29
Apartado II	36
Palabras clave: maternidad, afectos, confinamiento, COVID-19	
Las vacaciones más largas de mi vida	37
Día uno	40
Preocupaciones sobre el cuidado de los hijos durante la pandemia	45
Balance de la pandemia por COVID 19: crónica de una investigadora y madre	48
Mi experiencia durante la pandemia provocada por SARS CoV-2	51
2020: El libro que no escribí	56

Apartado III	59
Palabras clave: Sistema Nacional de Investigadores, evaluación, desasosiego económico	
La angustia por mantener el SNI	60
La triple jornada laboral: responsabilidades en pandemia	64
Un viaje de ida: oportunidades laborales en tiempos de pandemia y de adolescencia	67
Impartir clases y participar en las investigaciones a la distancia: ¿qué implica?	71
De cómo nos adaptamos porque no hay de otra	76
Una charla pendiente con el Estado Mexicano. Reflexiones de una investigadora ante el nuevo reglamento del Sistema Nacional de Investigadores -CONACYT	80
Apartado IV	85
Palabras clave: valoración, trabajo, redes, autogestión, resistencia	
La historia de la mujer	86
Una rata (no tan) vieja que era... investigadora y madre durante una pandemia	90
Mi encuentro con la COVID-19: La muerte como complemento de la vida	92
El paro que se convirtió en pandemia	98
Cerca de la meta	101
Un viaje de ida y vuelta durante la pandemia: la historia de una mujer que pasó por el infierno y salió más fuerte, más valiente y más ella	104
Directorio de autoras	112

Marco introductorio

El antecedente de la recolección de los 23 relatos, ensayos, bitácoras y testimonios que en este compendio presentamos sobre algunas experiencias cotidianas que como mujeres, madres, académicas, investigadoras y científicas mexicanas vivimos en el confinamiento a causa de la COVID-19, es el resultado de un continuo intercambio de iniciativas, ideas y experiencias compartidas en una red virtual denominada: “Investigadoras y Madres” en la que las integrantes compartimos las condiciones de la maternidad y tareas del cuidado combinada con la vocación que tenemos por la ciencia, la docencia, la investigación y la academia.

Sin conocernos, logramos conformar un compendio de narrativas que teníamos pendientes de contar y que necesitábamos relatar desde nuestra propia voz –por diversas razones– y externar lo que hemos experimentado con el confinamiento desde nuestras realidades subjetivas, familiares y afectivas, evidenciando cómo es que vivimos de manera recurrente, sin estar en confinamiento, las condiciones que denominamos condiciones estructurales que se experimentan en y desde el “ámbito público, profesional, laboral, académico y de investigación” y que generalmente poco se habla de ello y no es tan bien visto hablar y mucho menos problematizar desde la esfera pública.

Atrás de los relatos aquí compartidos, hubo una convocatoria de 148 colegas que, si bien no lograron realizar un escrito, sí compartieron a través de una encuesta sus opiniones sobre esta iniciativa y aportaron sus visiones alrededor de este ejercicio en la que lograron transmitir sus situaciones, historias, preocupaciones, retos y estrategias emprendidas, y que han coincidido con las experiencias de las diversas mujeres académicas y científicas que participamos desde diversos estados de la República Mexicana como: *Baja California Ciudad de México, Estado de México, Nuevo León, Hidalgo, Guerrero, Tlaxcala, Nayarit, Tamaulipas, Jalisco, Puebla, San Luis Potosí, Yucatán y Veracruz*.

La diversidad de los relatos, los énfasis, los hilos conductores y los diversos contextos desde donde se narran las historias –*salas–escritorios compartidos y mesas de comedor*–, conducen al lector o a la lectora a diferentes rincones discursivos en los que las experiencias cotidianas y subjetivas pueden detonar empatía, coincidencias, rabia, indignación, asombro, cuestionamiento, admiración, resistencia, tristeza, agradecimiento, pero sobre todo la necesidad de discutir una política pública más interseccional en la esfera de la academia y la ciencia en México.

La mirada global de las narrativas aquí expuestas orilla a algunas preguntas críticas (y que esperaríamos otras más, a partir de lo que el libro plantea y refleja):

1) ¿Cómo es que lo *público/lo privado* incide en nuestro quehacer científico y la ruta de vida que “hemos decidido” y qué alcances tiene esto en nuestra salud, pobreza de tiempo, autovaloración, desarrollo, creatividad e ímpetu?

2) ¿Qué estrategias de negociación (*con las autoridades de nuestras instituciones, nuestros/as jefes/as directas, colegas de nuestros equipos de investigación o con quienes hacemos trabajo de coautoría, nuestros laboratorios–espacios físicos, nuestro financiamiento y en general nuestras contrapartes incluyendo las*

negociaciones que hacemos en el día a día con nuestras parejas, hijos e hijas, escuelas y madres/suegras con quienes algunas nos apoyamos para “cubrir las tareas de cuidado”) hemos tenido que diseñar a diferentes escalas para seguir avanzando en nuestras diversas tareas y proyectos en contextos de crisis y precarización laboral en algunos casos?

3) ¿Qué tanto los sistemas disciplinares, de fomento a la ciencia (Sistema Nacional de Investigadores–SNI–CONACYT) e institucionales (académicos, científicos y de innovación) captan esta complejidad que exponemos en este trabajo colectivo para sus sistemas de evaluación, promoción, estímulos, distinción, etcétera?

A partir de estudios realizados en diversas latitudes, la generación de datos, los estudios comparativos y estadísticos identifican que se sigue reforzando la desigualdad de género por razones de: estereotipos y percepciones, el rango, el privilegio, las violencias legitimadas, la impunidad, la falta de mecanismos para revisar las normatividades, la falta de ética en comités académicos, reproducción de *Matildas*, la penalización social/institucional a la inconformidad y denuncia, entre otras.

Esto nos lleva a la discusión de que aún existe una deficiente y lenta respuesta del Estado (a través de sus instituciones de educación superior y órganos rectores de la ciencia) frente a las condiciones estructurales que influyen en nuestro trabajo productivo/reproductivo y que rebasa la explicación y señalamiento que con “la voluntad”, el “echaleganismo” y el “mérito” se soluciona todo.

La gama de experiencias que en este trabajo presentamos visibiliza la complejidad en la que nos encontramos, así como los retos e incógnitas que aún no se han resuelto a partir del diseño de las políticas públicas dirigidas a la academia, la ciencia, tecnología e innovación para que el desarrollo de las vocaciones científicas, combinadas con la labor de madres y cuidadoras, consideren una perspectiva de equidad, de interseccionalidad y de oportunidades de desarrollo en y para nuestro país.

Nuestra intención es que, a partir de estas expresiones, orientemos a que las anécdotas irrumpan en la agenda pública, deconstruyendo la perspectiva de género y la interseccionalidad en el quehacer científico y en las estructuras que lo fomentan y lo instrumentan.

Consideramos que estas historias pueden concatenar una discusión seria, participativa y colectiva que en un primer momento reconozca los diagnósticos con los que se cuentan y la situación actual con cifras y datos que no son azarosos. Así, a partir del estado del arte, que también requiere de datos cualitativos y para los que este trabajo aporta, se pueden revisar nuevamente los sistemas administrativos, reglamentarios y relationales de “la comunidad científica mexicana” y al interior de las universidades, de los centros de investigación y de los sistemas de evaluación como los que implementa el Sistema Nacional de Investigadores (SNI–CONACYT). Aun cuando se tienen reglamentos y acciones afirmativas orientadas a la equidad de género, falta mucho para la apropiación e instrumentación real de estos instrumentos.

A la par, en este proceso de *narrar para deconstruir*, buscamos visibilizar lo que las mujeres participantes (y las que no pudieron terminar su narración) hemos emprendido desde nuestras estrategias y respuestas creativas ante las crisis y que hemos intercambiado en redes de colaboración a partir de

nuestras agencias, capitales, sinergias, autogestión y sororidad que nos han permitido sobrellevar y cuestionar estas condiciones estructurales y dificultades compartidas –en confinamiento y no– entre las diferentes colegas del gremio.

El trabajo se ha estructurado mediante cuatro apartados con títulos que expresan la esencia de los textos recibidos y en los que a la par, recurrimos semánticamente a lo que denominamos “*las palabras clave*” de las que pretendemos resaltar *palabras-temas* centrales que sistemáticamente aparecieron en las narrativas y que ayudan a *nombrar y organizar* el conjunto de los relatos.

Los cuatro apartados de las palabras clave se organizan de la siguiente manera:

Apartado I. *Palabras clave: triple-cuarta jornada, jornada laboral, investigadoras*

Apartado II. *Palabras clave: maternidad, afectos, confinamiento, COVID-19*

Apartado III. *Palabras clave: Sistema Nacional de Investigadores, evaluación, desasosiego económico*

Apartado IV. *Palabras clave: valoración, trabajo, redes, autogestión, resistencia*

Es importante mencionar a las “*palabras clave*” como organizadoras de los relatos porque en muchas narraciones identificamos la contradicción y el conflicto permanente que muchas de nosotras vivimos de manera constante con la maternidad y las tareas de cuidado, por no contar con el tiempo requerido, ni las condiciones financieras, de infraestructura y hasta espaciales –*nuestra habitación propia como lo decía Virginia Woolf*– para escribir nuestras investigaciones y hallazgos.

Reconocemos en las narrativas, por un lado, los deseos, exigencias y autoexigencias para producir artículos, publicarlos, sacar trabajos pendientes, conferencias, seminarios, eventos y proyectos inconclusos; y, por otro, las tareas domésticas, de crianza, de cuidado de otros/as y de sostén económico que –*aún con la cuarta y nocturna jornada laboral y haber dormido demasiado como mencionaron algunas de ellas*– no nos permiten producir lo que, conforme a lo que nosotras mismas o los sistemas de evaluación nacional o de nuestras instituciones a las que estamos adscritas, han establecido como “lo óptimo” o “lo suficiente” para reconocer una productividad científica “de calidad”.

Se propone que cada apartado nombrado con las “*palabra clave*” invite al lector o lectora a abrir el picaporte de una puerta que nos adentre al interior de una casa y un espacio íntimo, en la que muchas nos vimos reflejadas y espejeadas con las viejas o nuevas estrategias familiares que emprendemos para continuar trabajando virtualmente con hijos e hijas en las piernas, en nuestras propias clases, y la manera como reinventamos continuamente nuestra productividad científica combinada con nuestras actividades reproductivas.

Pero este *picaporte*, como muchos *picaportes de la historia* que han abierto otras mujeres (costureras, mineras, jornaleras, campesinas, indígenas, obreras, estudiantes), sirvieron para demostrar que “lo personal es político”.

Las narrativas aquí desentrañadas y expuestas permitirán explorar las batallas cotidianas a partir de la narración, reconstruyendo desde el relato una realidad *subjetiva-colectiva-ituada* que pueda deconstruir los discursos y las acciones públicas sobre el quehacer científico, la *construcción social-imaginaria-estereotipada* que se tiene de “la ciencia” y de “las mujeres científicas”.

A partir de la voz colectiva de los relatos arrojados a la virtualidad –*muchas de nosotras sólo nos conocemos virtualmente*– y de nuestro interés por publicar y llevar a la esfera pública nuestras vivencias, ofrecemos guías orientadoras para el diseño de políticas públicas que promuevan equitativamente el quehacer científico, de investigación, de divulgación, de educación, académico y de promoción vocacional a las que otras mujeres quieran emprender el camino de la ciencia combinándolos con sus proyectos de vida.

Queremos resignificar las actividades reproductivas en nuestro quehacer científico y que en gran medida son intrínsecas a nuestras curiosidades investigativas, nuestros temas de investigación y marcos teóricos, nuestros motores más potentes para mejorar la realidad, las motivaciones permanentes para encontrar soluciones a los problemas y, por supuesto, el entrenamiento más idóneo para fortalecer *habilidades gerenciales*, de resolución de conflictos, de administración e implementación de proyectos, seguimiento de indicadores, resultados y hasta de análisis financiero.

Finalmente, en la medida que reconozcamos la integralidad de nuestros ámbitos de acción y que éstos pueden aportar y dar un valor agregado al desarrollo científico, tecnológico y de innovación del país, podremos contrarrestar la retórica global de la brecha de género en la ciencia –la cual ha sido focalizada y estigmatizada en la academia y la ciencia– y en la que se considere que esta visión integral sobre el quehacer científico nos conviene a todos y a todas.

Elsa A. Pérez-Paredes
Ciudad de México, 2021

Apartado I

Palabras clave:

*triple-cuarta jornada,
jornada laboral, investigadoras*

El amor de madre vibra en lo más alto, sana, reconstruye y crea conocimiento en meses de COVID-19

Brenda Leticia Flores Ríos¹

El Director General de la Organización Mundial de la Salud (OMS), en su rueda de prensa, exclamó “no puedo dejar de insistir, a todos los gobiernos y a todas las personas, en la importancia de tomar las precauciones necesarias para limitar la transmisión del virus SARS-CoV-2 (COVID-19) tan pronto como podamos”. Refiriéndose específicamente al aumento de casos de personas con neumonía de causa desconocida y al contagio de personas enfermas por COVID-19 a otras personas en países como China, Alemania, Japón y Vietnam, en febrero del 2020. En marzo, esto era tan evidente que la OMS declaró una pandemia mundial, por lo que las autoridades sanitarias y de gobierno de México declararon un periodo de cuarentena o confinamiento, recomendando quedarnos en casa, suspendiendo actividades escolares y laborales. Se limitaron las salidas a un miembro de la familia sólo para actividades esenciales.

Antes de estas indicaciones, estábamos acostumbrados a que mi madre (Tita como la llaman mis hijos) estuviera en casa por días o semanas acompañándome en mi jornada laboral y compartíamos los alimentos, tareas escolares, entrenamientos de básquet, ver televisión, juegos con mis hijos y el perro, hasta caer la noche y acompañar a mi hijo más pequeño a su cama para enseñarle a rezar su ángel de la guarda. Fue así, y escuchando en el discurso que el virus afectaba más a los adultos mayores, que Tita se ha quedado en su casa, sola, mientras que mi esposo, mis dos hijos (Jorge H. un adolescente de 13 años y Eduardo Arturo de 7 años) y yo nos quedamos en casa. Desde ese momento, nuestra comunicación se volvió virtual y a la distancia con el objetivo de minimizar el riesgo de transmisión del virus o un posible contagio.

Desde 1922, México celebra el afecto y respeto a las madres mexicanas como una costumbre muy arraigada cada 10 de mayo. Ese día fue domingo. Cerca de las seis de la mañana mi esposo y mi hijo Jorge me despertaron con un abrazo y besos para felicitarme, y después se bajaron a la cocina. Todavía tenía sueño por lo que me quedé en la cama, cuando de repente, escuché un golpe y pregunté: ¿Qué pasó? ¡No obtuve respuesta! Nuestro perro Sky comenzó a ladrar. Era el ladrido, que les digo a mis hijos, lo hacen algunos perros cuando algo no está bien. Bajé las escaleras y encontré a mi esposo desmayado, boca abajo, con sangre en la cara. Me hinque para revisarlo.... y recordé las palabras de mi papá: “Cuando quieras ayudar a una persona inconsciente y sangrando ...” En eso veo a mi hijo parado a unos pasos frente a mí, y le dije: “Acércate amor, vamos a ayudar a papá, te necesito”, “Vas a traer mi celular y unas toallitas húmedas, necesito revisarlo”. Me di cuenta de que la sangre salía de la nariz y la boca. Llamé de inmediato al hospital. Me informaron que no había ambulancias disponibles y me comunicaron con un paramédico de quien recibí instrucciones, con las cuales finalmente logramos que mi esposo volviera en sí.

¹ Doctora en Ciencias. Área de conocimiento Computación. Universidad Autónoma de Baja California. Investigadora de Tiempo Completo del Instituto de Ingeniería de la Universidad Autónoma de Baja California, México. brenda.flores@uabc.edu.mx

En menos de 15 minutos, un compañero de la universidad estaba en casa ayudándome para trasladarlo al hospital en su carro. Le dije a mi hijo que se iba a quedar en casa con su hermano menor, que estaba dormido. Que había sido muy valiosa su ayuda y fuera por su celular para estar comunicados. Traté de que mi cerebro me dijera “¿qué necesito llevar y hacer?” mientras hacía un ejercicio de inhalar y exhalar despacito.

En el hospital, llené el papeleo y esperamos a la doctora de urgencias, quien me dijo: “Su esposo trae el ritmo cardíaco bajo. Necesito sacarle rayos X o hacer unos estudios. No se mira deshidratado y reaccionó bien neurológicamente. ¿Algunos otros síntomas, en otros miembros de la familia?” – “No”, respondí. Entonces me pidieron que me retirara del hospital y que se comunicarían conmigo, debido a que nuestro estado seguía en semáforo rojo. Regresé de inmediato a casa. Al llegar, seguí todo el protocolo que desde dos meses antes estábamos haciendo: dejar mis tenis en la cochera, la bolsa y celular en el recibidor, lavarme las manos.

Entonces, veo a Jorge que me estaba esperando y le digo: “Papá ya está en revisión médica, tranquilo mi amor” y lo abrazo para ambos fortalecerlos. Mi sorpresa fue que ¡ardía en fiebre! de esa que se siente como la resolana. – “¿Desde cuándo tienes fiebre?” – le pregunté. – “Desde que te despertaste, mamá, por eso te quería avisar” y también presentaba otros síntomas. Voy a desinfectar el celular y por el termómetro, llamo a urgencias del mismo hospital en el que estaba mi esposo. La operadora me dice que debía de seguir el protocolo respondiendo un cuestionario COVID, con sorpresa le respondí: “¿Qué? Mis hijos no han salido de casa desde marzo”. Me recomendaron llevar a Jorge a un hospital de fiebre o a un hospital COVID, después de que dieran de alta a mi esposo. Me dieron instrucciones de que nadie, vecino, amigo o familiar entrara a casa. Le comenté a mi hijo cuál fue el diagnóstico que recibí conforme a los síntomas que presentaba y le dije: “No te asustes amor, Dios está aquí protegiéndonos”. Después de un par de llamadas con su pediatra y otro médico, se me recomendó aislarlo en una habitación de la casa. Mientras tanto, a mi esposo le estabilizaron la presión, suministraron suero con desinflamatorio y medicamento, y le sacaron rayos X.

De igual forma, encontraron que tenía una fisura en la nariz debido al golpe que recibió al caer. Por la tarde de ese mismo día, pude llevarlo a casa con todo el protocolo COVID-19 y aislarlo en otra habitación. En el hospital, la doctora de urgencias me dijo: “Este virus es muy contagioso y escanea a cada persona como quiere y detecta sus debilidades. A los niños no les da fuerte”. Quizás no es grave como en personas vulnerables, de alto riesgo o con comorbilidades, pero mi hijo presentó síntomas más fuertes, de dolor de cabeza y muscular, altas temperaturas, falta de apetito y sentido del gusto, a diferencia de mi esposo. Los siguientes días fueron muy intensos como cuando se aproxima un huracán a tierra.

De niña experimenté en mi ciudad natal, La Paz, Baja California Sur, la fuerza de los huracanes al tocar tierras sudcalifornianas. Ahora, en el 2020, experimenté cómo el huracán COVID-19 tocó mi hogar en tierras cachanillas. Se presentó con fuertes vientos de dudas, preguntas y necesidad de información, de emergencia sanitaria y salud pública. Con lluvias intensas de tareas escolares de la primaria y la secundaria. Así como una tormenta, en forma en espiral, de responsabilidades de gestión, docencia en licenciatura y seguimiento de proyectos de tesis de doctorado, sin dejar de cumplir con los quehaceres domésticos que no me daban las horas con lo programado en la agenda y en mi mente.

La palabra *madre* tiene una importancia que supera también su significado como raíz, motivo, causa, circunstancia y origen de donde proviene algo. Desde que empezó la epidemia del COVID-19, creo que las madres profesionales nos hemos acercado más a la fe y las creencias. Queremos bajar la guardia y también los hombros para que vuelvan a su lugar después de días, semanas o meses de tensión que sin darnos cuenta nos provocan nuestras responsabilidades y compromisos. En este confinamiento, dejo prendida la luz de las escaleras, para cuando termine de trabajar después de la media noche, tener esa sensación de seguridad. He dado permiso para que el perro se quede dormido en el cuarto de TV o a un lado del escritorio y los dinosaurios de Eduardo también duerman en la mesa o en el piso. Todo me recuerda que esta casa huele a infancia y que vale la pena esa respiración de madre y los consejos de Tita para tener alegrías y sonrisas.

Me imagino que somos seres en constante vibración. Si pudiéramos ver, lo que movilizan las frases: “Cuenta conmigo”, “Te quiero”, “Te amo” y “Muchas Gracias”, sonreiríamos junto a todas las células del cuerpo que están sanando nuestro ser, con una energía que se reconstruye con felicidad y amor. Mi hijo y mi esposo fueron dados de alta, por lo que todos regresamos a clases virtuales y al trabajo a distancia. Sin embargo, todavía seguimos las recomendaciones médicas. Mi hijo manifestó secuelas unos meses después, por lo que ahora la hoja de su expediente médico dice *paciente post-COVID* avalada por un pediatra cardiólogo.

Como madre tengo un deseo. El de enseñar o que mis hijos aprendan que cada experiencia en nuestras vidas, como un huracán o una pandemia sanitaria, son únicas e intensas. Los efectos de ambos pueden impactar las actividades de una familia, región o hasta el mundo entero desde varios ámbitos por varios meses o posiblemente años. Así que debemos seguir cuidándonos y esperar en casa o en un lugar seguro el tiempo que sea necesario. Esto implica cambios importantes para realizar nuestras responsabilidades escolares y laborales, apoyados de tecnologías de información y comunicaciones, hasta que la OMS sugiera que la pandemia está controlada bajo un mundo más saludable. No obstante, continuar con las medidas de seguridad sanitaria de lavado frecuente de manos, uso de cubrebocas, evitar aglomeraciones y mantener distancia entre los demás. Deseando también que Tita vuelva a casa.

Es uno de los últimos días de julio, ¿Qué te parece celebrar el día de la madre? Si! preparamos un pastel de zanahoria, con un collage de fotos y felicidad. En mi protocolo de sanitizar cualquier cosa que llega a casa, alguien toca la puerta preguntando mi nombre. Mis lágrimas abrieron bien mis ojos para observar a mis dos hijos sanos y llenos de la energía que solo los días de verano suelen tener, así como a mi esposo, con un hermoso arreglo de rosas con una tarjetita que tiene escrito “Mamá, eres la mejor, Eduardo Arturo” y “Mamá, sin tu amor y cuidados no estaríamos vivos y sanos, creo que podrías estudiar para ser enfermera. Te amamos, Jorge Humberto”.

Sólo soy una madre, educadora, investigadora, ama de casa, enfermera, con vivencias y enseñanzas que me trajo un huracán llamado COVID-19.

De los estudios de género a la triple jornada en medio de la pandemia del COVID-19

Adriana Gómez Bonilla ²

Introducción

En marzo de 2020, cuando inició el confinamiento derivado de la pandemia por COVID-19, habían pasado casi 17 años desde que comencé a investigar sobre las relaciones de género en contextos rurales, lo cual era parte de mi tesis de maestría. Posteriormente, durante mis estudios de doctorado, continué trabajando desde un enfoque de género, pero me enfoqué en los derechos de las mujeres indígenas y su participación alrededor de los temas ambientales.

Más tarde me contrataron como investigadora, seguí trabajando el tema de género en distintos contextos. Entre los resultados de mis investigaciones, repetidamente, encontré que, si bien las mujeres se integraban al trabajo remunerado fuera del hogar y compartían los gastos y la responsabilidad de mantener a sus familias, lo que no se compartía eran las tareas domésticas ni el cuidado de los hijos. Por lo tanto, llevaba varios años analizando las distintas formas en las que se presentan las dobles o las triples jornadas para las mujeres. Sin embargo, pocas veces había reflexionado sobre cómo se presentaba esta situación en mi caso o en el de las colegas académicas.

Tal vez, por la vorágine que implica la academia, no era un tema sobre el que se reflexionara en las reuniones de estudios de género, a lo sumo, en algunos espacios informales compartíamos nuestras experiencias como madres y académicas. En general, mis colegas y yo, cuando analizábamos situaciones desde un enfoque de género, lo hacíamos centrando la mirada en realidades que en principio nos resultaban un poco distantes. No obstante, la pandemia de COVID-19, al menos a mí, me demostró que no era muy diferente mi situación familiar y doméstica a la de aquellas mujeres de los contextos rurales, con quienes muchas veces, había platicado sobre las dificultades de trabajar fuera de casa y al mismo tiempo ser responsables de las tareas domésticas.

La académica y la madre antes del confinamiento por COVID-19

En mi caso, como especialista en estudios de género, puedo decir que el confinamiento por COVID-19 marcó un antes y un después en mi vida, quizás como en la de muchas otras personas. Adicionalmente, a mí me condujo a una reflexión de lo que implica dedicarse a la investigación y a la docencia universitaria al mismo tiempo que se es madre.

Previo al confinamiento, los días hábiles solían comenzar por la mañana, cuando llevaba a mi hijo a la escuela, posteriormente, regresaba a mi casa a desayunar. Después, me iba a la universidad,

² Doctora en Desarrollo Rural; Universidad Autónoma Metropolitana unidad Xochimilco
Profesora-investigadora del Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Iztapalapa.
adriana.gomez.bonilla@gmail.com

en donde me enfocaba en las clases, las asesorías a los estudiantes y en mi investigación. Asimismo, había días que iba a hacer trabajo de campo o a reuniones académicas. Por lo general, a las 14:00 hacía una pausa para ir a comer y volvía un par de horas más a mi oficina para seguir avanzando. Finalmente, a las 17:00 salía de la universidad para ir a recoger a mi hijo a la escuela. Al llegar a la casa, jugaba un rato con él, entre mi pareja y yo nos repartíamos las tareas de bañarlo y preparar la cena. Los fines de semana los utilizábamos para ir al supermercado, al igual, aprovechábamos para llevar al niño al parque o a algún espacio recreativo.

Si bien antes del confinamiento mi situación no era relajada, ya que el trabajo en la academia requiere hacer investigación, publicar, asistir a reuniones, hacer trabajo de campo, dar clases y asesorar estudiantes, por señalar algunas de las principales actividades, las cuales se realizan más lento cuando se tiene un hijo. Al respecto, Schenone (2018) sugiere que en las Instituciones de Educación Superior (IES) hay una penalización de la maternidad, ya que los primeros años de una carrera académica son los más demandantes y en los que se tiene que producir más, pero estos años coinciden, con la edad reproductiva de las mujeres, lo que lleva a que sea difícil la conciliación de la vida profesional con la familiar. Asimismo, en 2009, las IES firmaron un compromiso que incluía trabajar para lograr dicha conciliación, sobre lo cual ha habido poco avance (RENIES, 2009; Cerva, 2017).

No obstante, en mi caso, había algunas circunstancias que hacían llevadera la situación y permitían lograr cierto grado de conciliación entre el trabajo y la vida familiar. Dichas circunstancias incluían contar con una escuela, que era un sitio seguro, donde sabía que mi hijo estaba bien cuidado mientras yo trabajaba. Por otro lado, mi pareja y yo habíamos acordado pagarle a una persona para que nos ayudara con las tareas de la limpieza de la casa. De igual forma, la mayoría de las comidas las hacíamos fuera de casa, con lo cual ahorrábamos tiempo al no tener que cocinar y lavar platos.

En este sentido, sobre el trabajo doméstico y las actividades laborales de las mujeres académicas, Hortensia Moreno (2000) señala que, debido a que, en México, el trabajo doméstico no es valorado, no es tan complicado obtener apoyo para las tareas domésticas vía la remuneración. Por lo tanto, algunas mujeres que se dedican a la investigación o al trabajo en las IES recurren a esta estrategia para resolver las tareas domésticas.

Particularmente, desde que nació mi hijo conté con el apoyo de mis padres, quienes algunos días lo recogían de la escuela y lo cuidaban, lo que permitió que mi pareja y yo pudiéramos asistir a congresos u otro tipo de reuniones fuera de la ciudad donde habitamos. De igual forma, este apoyo me permitió hacer trabajo de campo, lo cual en mi área es una pieza fundamental para lograr una investigación rigurosa y de calidad.

En conjunto, puedo decir que previo al confinamiento del COVID-19 había construido una estrategia para lograr conciliar mi carrera como académica y la vida familiar. Sin embargo, esto no estaba libre de contradicciones, ya que algunas veces me preguntaba si era una buena madre, si era una buena investigadora, si tenía poca energía por no poder producir más y al mismo tiempo estar más horas con mi hijo. Incluso llegué a cuestionarme si hacía bien al delegar las tareas de la casa en otra mujer sólo porque le pagaba, si era justo pagar para que alguien más hiciera esas tareas. Mis interrogantes no tuvieron respuesta, ya que ni el tiempo ni las circunstancias fueron idóneas para reflexionar al respecto.

La vida de la académica y madre. Los retos que implicó el confinamiento por COVID 19

Si bien antes del confinamiento había desarrollado algunas estrategias para compensar la vida laboral con la familiar, cuando inició la pandemia todo cambió. Los primeros días lo vi como algo pasajero, que pronto terminaría, incluso lo tomé como una pequeña pausa. No obstante, cuando pasaron las semanas, empecé a dimensionar lo que era la pandemia, acepté que no sería un proceso fácil de compensar, sobre todo en términos de productividad académica.

Una vez pasados los dos primeros meses del confinamiento, inició mi angustia, en principio se lo atribuí a que me asustaba la magnitud y las posibles consecuencias del COVID-19, incluso sentí miedo de contagarme. No obstante, al mismo tiempo inició una preocupación por no lograr terminar los múltiples productos académicos que tenía planeados para el 2020, que eran un par de artículos, algunas ponencias y realizar trabajo de campo. La docencia no me preocupaba tanto, ya que esa había continuado, aunque en una modalidad a distancia, respecto a lo cual tenía algo de experiencia, así que no fue tan complicado adaptarme.

Adicional, a la preocupación derivada del COVID-19 comencé a sentirme agotada, lo cual representó el verdadero parteaguas. A partir de ese momento, a través del intercambio con colegas, algunas conocidas desde mucho años antes y otras que nos fuimos encontrando en el camino, empecé a darme cuenta de que no era la única que estaba agotada, preocupada y contrariada, ya que, por un lado, las emociones y los cuestionamientos que había tenido antes del confinamiento respecto a ser una buena madre y una buena académica, se hicieron más fuertes por las razones que a continuación presentaré.

Primero, los compromisos laborales continuaron como si no hubiera pandemia, sólo que con condiciones muy diferentes. La casa se convirtió en oficina, salón de clases, escuela para mi hijo y sala de juntas, por señalar algunos espacios. Segunda razón, al permanecer más tiempo en la casa, ésta requería que se realizara mayor cantidad de trabajo doméstico, con la diferencia de que ahora no contábamos con la ayuda externa.

Por lo tanto, con el confinamiento y para reducir el riesgo de un posible contagio, quien nos ayudaba con las tareas de la limpieza de la casa dejó de hacerlo, también, comer fuera de casa dejó de ser una opción. De igual forma, la escuela de mi hijo dejó de funcionar presencialmente, lo que llevó a que tuviéramos que hacernos cargo del niño todo el día en la casa, sin poder salir, lo cual no ayudaba mucho en el aspecto emocional.

La construcción de una nueva estrategia ante el confinamiento

Después de que habían pasado aproximadamente siete meses, una vez que tuve claro que el confinamiento todavía duraría varios meses más, a partir del diálogo con colegas y amigas que tenían situaciones familiares parecidas, pude visualizar posibles estrategias para conciliar la vida laboral y familiar. Así, establecí acuerdos con mi pareja. Decidimos que las tareas domésticas las realizaríamos entre los dos una vez a la semana, aprovecharíamos los días que mis papás se llevaban al niño, haríamos lo que nos fuera posible para mantener la limpieza, pero sin que nos generara angustia cuando no se podía hacer.

También acordamos pedir comida preparada, lo cual implicaba un gasto mayor en comparación con que si cocinábamos, al igual que un impacto ambiental por el uso de desechables. Sin embargo, nos permitiría tener un poco más de tiempo, menos desgaste y sería sólo por unos meses. De igual forma, decidimos relajarnos sobre si el niño estaba aprendiendo todo lo que debería como si estuviera en una modalidad presencial, aceptamos que estábamos en un momento de emergencia y que lo importante era tratar de mantener la salud en todos los aspectos.

Reflexiones finales

Finalmente, considero que, en este proceso de confinamiento logré identificar que las mujeres que nos dedicamos al trabajo académico no estamos exentas de las dobles o triples jornadas, lo cual no es un problema individual, ni de falta de capacidad, sino que enfrentamos un momento difícil en las IES en cuanto a equidad y que se agudizó con la pandemia.

Asimismo, logré identificar que, si bien mi institución tenía ciertas exigencias, otras eran autoimpuestas, lo cual es resultado de las construcciones sociales que hay alrededor del ser madre, ser académica, ser mujer, tener un compromiso con el cuidado del medio ambiente y con la equidad social. Estas construcciones, al ser vistas como aspectos separados pueden llegar a generar una gran tensión. Por lo tanto, el reto es lograr crear nuevos modelos de mujer, profesora, investigadora y madre acordes con las circunstancias que viven las mujeres académicas mexicanas del siglo XXI.

También identifiqué que lograr mantener el equilibrio y la salud en situaciones como la del confinamiento, depende de las características de la contratación que tenemos. En mi caso, me considero afortunada de contar con una plaza por tiempo indeterminado, de tiempo completo con derecho laborales, lo cual me permite llevar con más calma la emergencia sanitaria y no angustiarme tanto por no lograr la productividad que tendría en una situación sin pandemia.

Referencias

- Baca N., García, S., Ronzón, Z., y Román, R., (Coords.). Maternidades y no maternidades. Modelos, prácticas y significancias en mujeres y espacios diversos. Ciudad de México: Gedisa.
- Cerva, D. (2017). Desafíos para la institucionalización de la perspectiva de género en instituciones de educación superior en México. Una mirada a los contextos organizacionales. *Revista Punto Género*, (8), 20-38.
- Moreno, H. (2000). Trabajo doméstico. *Debate feminista*, 22, 26-51. RENIES. (2009). Declaración. I Reunión Nacional de Universidades Públicas: Caminos para la Equidad de Género en las Instituciones de Educación Superior.
- Schenone, D. (2018). Las experiencias de madres feministas en las instituciones de educación superior en la Ciudad de México.

Educación a distancia en tiempos de pandemia COVID-19. Cuando la escuela se traslada al hogar y se adiciona a la triple jornada laboral

Guadalupe Maribel Hernández-Muñoz³

Durante el año 2020, la Organización Mundial de la Salud (OMS) declara una alerta mundial por la pandemia de COVID-19, trayendo consigo una crisis económica, social y de salud, haciendo mención que no sólo es una crisis pública, sino que es una situación que a todos los sectores ha afectado por lo que pidió a estos sectores y personas unirse a la lucha para detener la propagación del virus (OMS, 2020). Una de las estrategias que tomaron los países fue paralizar las actividades no esenciales y aquellas actividades que involucraban la integración de muchas personas en un sólo lugar. Una de las medidas que tomaron fue la cancelación de la asistencia a los centros de trabajo, entre los que destacaron, por su impacto directo a las familias con niños y jóvenes, guarderías y escuelas, con el objetivo de proteger y evitar el contagio del personal administrativo, profesores, padres y estudiantes. Al principio, la sociedad lo percibió como “cortas vacaciones” y “tiempo de convivencia”, pero sobre todo tiempo de adaptación a lo que estaba por venir.

Este capítulo contribuye a la línea de investigación La triple jornada laboral, que consiste en el trabajo remunerado, el trabajo doméstico, además de la reproducción biológica y las funciones que conlleva la misma (Breilh, 1991). El desarrollo de este trabajo se abordará desde “una experiencia propia” y un análisis desde la misma “perspectiva” acerca de los retos, desafíos, dificultades y aprendizajes a los cuales se enfrenta como madre e investigadora cuando la escuela y el trabajo se trasladaron al hogar, desencadenado lo que se le denominará la cuádruple jornada laboral.

Educación a distancia desde y dentro del hogar

Como investigadora, desde la última década, acerca de la educación a distancia y TIC's como herramientas de enseñanza-aprendizaje y haciendo una reflexión propia como investigadora, apoyo a la sociedad mediante la promoción de la educación a distancia como un medio de progreso, partiendo de un análisis de un trabajo previo, realizado en conjunto con otras madres e investigadoras, acerca de la educación a distancia, pero esta a su vez como una alternativa de progreso para la mujer, citó el siguiente texto por Hernández-Muñoz, Cavazos y Habib (2016):

“La educación a distancia es una modalidad educativa que promueve la flexibilidad en tiempo y espacio, además de promover el aprendizaje autónomo por parte del estudiante y participando como facilitador un profesor de apoyo, esta modalidad se desarrolla en un ambiente que promueve la participación interactiva entre ambos actores, mediante tecnologías web... la educación a distancia se propone como una alternativa de crecimiento profesional para la mujer” (p. 341).

³ Doctora en Ingeniería de Materiales, Universidad Autónoma de Nuevo León. Nuevo León, México
Doctorante en Educación, Universidad de Baja California, México.

Profesora Investigadora en la Facultad de Ingeniería Mecánica y Eléctrica de la Universidad Autónoma de Nuevo León.
guadalupe.hernandezmn@uanl.edu.mx

Hoy compruebo con mi experiencia esta aserción que es una alternativa de crecimiento profesional para la mujer, desde un enfoque como estudiante, en el caso personal, permitiendo seguir con cursos de educación continua y profesionalización, pero también como una alternativa de permanencia laboral como profesor, ya que esta pandemia trajo consigo el home office o el trabajo desde casa.

Dentro de la modalidad de la educación a distancia en este trabajo de Hernández-Muñoz, Cavazos y Habib (2016) se destacaron ventajas dentro del hogar:

“esta modalidad disminuye los gastos de transporte, facilita la administración de tiempo, para poder realizar otras actividades de manera simultánea como puede ser trabajar, contribuir a la casa, cuidar algún miembro de la familia, inclusive sus propios hijos” (p. 409).

No se pone en duda este fragmento, ya que como experiencia propia se han tenido estas ventajas, sobre todo para desarrollar actividades de manera simultánea con el cuidado de los hijos, además del cuidado de miembros de la familia que por la pandemia han sido afectados. Aunque este trabajo no se profundizó acerca de retos, desafíos y dificultades que se pueden llegar a presentar cuando se es madre de hijos de cualquier edad y cuando no se cuenta con personas o instituciones que te apoyen para el cuidado de ellos y menos en medio de una pandemia, trajo en sí otras áreas de investigación en cuanto intervienen factores como los que mencioné, los hijos y el apoyo para el cuidado de ellos. A partir de esto se plantean las siguientes preguntas: ¿qué sucede cuando la escuela de tus hijos entra a tu hogar?, ¿qué sucede cuando la escuela donde trabajas entra a tu hogar?, ¿triple o cuádruple jornada laboral?, ¿se puede continuar con la investigación?, ¿se cumplirá con los indicadores que se solicitan para ser reconocido como investigador nacional?

Desde el punto de vista como hija–madre–esposa–amiga–profesora–tutora–asesora–investigadora, la mayoría de las actividades laborales se organizaban y planeaban de acuerdo de un horario que coincidía con los horarios escolares de los hijos, de tal manera de tener un rol “ideal” para sincronizar estas actividades, principalmente como madre e investigadora; así mismo con el apoyo del padre de familia que también juegan un rol importante o familiares cuando se complican horarios y sobre todo en viajes por trabajo, y esto también se llevaba con éxito, gran labor que realizan las empleadas domésticas. El rol de ser profesora e investigadora conlleva actividades que demandan dedicación y tiempo, quizás la mayoría de la sociedad no percibe las multitareas que se realizan dentro del horario laboral como fuera de éste. Estas actividades no son tan diferentes ni menos importantes que otras actividades laborales, sobre todo en el entorno empresarial o industrial, es decir, que todas las actividades involucran un compromiso y responsabilidad como profesionistas y profesionales. Al menos desde la propia experiencia se puede compartir que como madre hay un sentir de remordimiento o hasta culpabilidad de no pasar el tiempo suficiente con los hijos cuando uno trabaja y en ocasiones entre colegas se menciona, para justificar este sentimiento, que los hijos y padres deben tener entre ellos tiempo de calidad y no de cantidad, y es un tema de controversia que no se discutirá en este espacio.

⁴ El trabajo titulado “Mujer en educación a distancia nivel bachillerato como alternativa de crecimiento profesional” escrito por la autora principal con apoyo de sus colegas se realizó después de una etapa muy difícil familiar y como madre, pero a la vez momentos tan importantes en la consolidación profesional en la cima de éxito profesional, debido a este tipo de circunstancias se toman decisiones donde la prioridad es la familia.

Cuando llegó este cambio inesperado para toda la sociedad, derivado de la pandemia, desde una perspectiva propia era la oportunidad de la convivencia. Al principio así fue, pero cuando se comenzó con la “nueva normalidad” se presentaron las *dificultades*, siendo una de las principales los horarios y espacios, éstos se traslaparon debido al horario de las jornadas laborales y las jornadas escolares de los hijos, y el no contar con el espacio idóneo para dar y recibir clases. El *reto* principal como familia es que la cotidianidad y rutinas no se vieran afectadas, siendo esto un desafío principalmente como madre e investigadora acostumbrada a un espacio de soledad, el cual es necesario para esa estabilidad emocional y como un espacio necesario para ejercer autonomía, pero sin caer en la desolación (Lagarde, 2012).

Otra de las dificultades fue dejar a una persona desempleada principalmente por motivos financieros y también con motivos para salvaguardar la salud de los miembros del hogar, siendo esta persona una parte fundamental de la estabilidad del hogar y compartir las obligaciones que la sociedad ha establecido para el género femenino. Al principio fue complicada la adaptación, derivado a esta ausencia; el ser maestra y convertirse en maestra o mejor descriptivo auxiliar de maestra de preescolar, fue complicado sobre todo en horario laborales, “*recuerdo sesiones donde se impartían clases y que se veían interrumpidas por una pequeña de 4 años que tenía que ir al baño o no sabía prender el micrófono para responderle a la maestra, no encontraba el pegamento o simplemente quería la atención de la mamá*”, “*ocasiones en las que estaba en reuniones y detrás de mí, aparecía saludando a los colegas o el adolescente entrando y preguntándome cualquier cosa y saliendo de reversa cuando veía que tenía mi cámara prendida*”.

El fungir como mentora y psicóloga desde la escuela en mi hogar mediante el apoyo a los estudiantes desde un punto de vista académico, pero también animarlos a seguir y explicarles que la educación a distancia es una nueva forma de educar en Latinoamérica, sobre todo en el campo de la ingeniería, que este escenario era idóneo no sólo para la adquisición de competencias, sino un aprendizaje para la vida y como un medio para preparar a los retos laborales que estaba enfrentado la sociedad. Escuchar sus voces o leer sus mensajes “maestra no podré asistir a clase porque mis padres tienen COVID”, “maestra no tengo computadora y mi celular es muy básico, pero le prometo que en cuanto pueda veré su clase grabada”, “El preparar mis clases en la madrugada y grabar sesiones mientras todos dormían para no tener interrupción alguna”. Pero también comenzaron las dificultades entre pareja, dividirse las tareas como padres y en el hogar, y el comprender que una mujer trabaja igual que un hombre, es decir, cumple con horarios establecidos por las empresas, en este caso la empresa es la escuela y el tener que decir “yo también trabajo y tengo que cumplir mi horario”, se vivieron momentos de tensión por los cambios que estaban sucediendo en el hogar. Con respecto a la parte de la investigación es simple, pasó a ser la cuarta y nocturna jornada laboral.

Descripción de un momento de madre e investigadora:

“En los momentos de este trabajo me acompaña una pequeña de 4 años que cada vez que pude me sujetó alrededor de mi brazo y toma mi mano haciendo una pausa en mi escritura para decirme cuánto me ama y después con la interrogante de ¿Qué haces mami? y con una sonrisa le respondo y sin ninguna palabra, y continúa observando en Netflix su película favorita que no sé cuántas veces ha visto y yo escuchando mientras come un plato de sopa de letras con verduras que en un lapso de tiempo me permitió preparar con el remordimiento de que no contenía proteína porque no he podido salir a la despensa y ni siquiera darme el tiempo de pedirlo en línea, pero tomando algo de tranquilidad de haber encontrado unas verduras.

Antes de esto, el haber tenido unas diferencias con mi guerrero adolescente por los estragos de los horarios volteados en este tiempo y la edad difícil de la comunicación entre padres e hijos adolescentes, dando paciencia y recordando que pasé por esa etapa, además pasando con una envidia mental debido a que mi esposo en plena tarde puede dormir una siesta después de una jornada laboral nocturna estresante, envidio el momento que me gustaría vivir con el solo hecho de poderme recostar un momento o al menos ir al baño sin interrupciones de ningún tipo (“mamá quiero entrar contigo”).

Pero aunque quisiera no puedo, aunque sin olvidar el tiempo de apoyo que me dio mi compañero de vida que un día antes y muchos otros apoyó en mis actividades cotidianas(ya que tenía que enviar un artículo, atender un estudiante de doctorado y hacer un dictamen, atender reuniones de trabajo)... y mientras escucho la lavadora trabajando y apoyándome en esta labor; pasando por mi mente las convocatorias abiertas que trabajaré, los pendientes con mis estudiantes de posgrado y licenciatura, la actualización de cursos y actividades docentes próximos a iniciar, aplicar a la convocatoria de estímulos al profesor docente, PRODEP-SEP y próxima convocatoria SNI y tantas cosas que pasan por mi cabeza, ah... y pensar en ese artículo que me acaban de rechazar y que mi mente ya está a marcha forzada en el paso que sigue... también cómo imprimir las actividades de preescolar que mañana utilizará mi pequeña, recoger los libros de bachillerato de mi adolescente y como hermana mayor llevar a mi hermano al examen de anticuerpos después de pasar por el COVID y programar la desinfección de la casa de mis padres, respiro profundamente y retomo la escritura de este trabajo”... y por las noches se interrumpen las horas de trabajo con una voz que me dice: ¿ya vas a ir a dormir conmigo? ¿ya acabaste, mami?

Como este pequeño fragmento de experiencia propia, hay muchas historias similares y/o diferentes. Existen momentos en los cuales se pone en duda el seguir, detener o finalizar... el camino de la investigación. El respirar profundamente y seguir equilibrando familia y trabajo, pero, sobre todo, tener paz mental, pero no es así, el cerebro de esta mujer no descansa, se levanta y comienza a escribir una nueva idea de investigación.

Conclusiones

Ser madre e investigadora no es un tema nuevo, tampoco la educación a distancia y mucho menos el estrés de ser profesor universitario e investigador. Lo que hoy en día se hace visible ante la sociedad es que la mujer juega un papel de gran importancia y a pesar de esta pandemia, muchas de nosotras seguimos adelante y quizás a paso lento; se hace visible el trabajo que desempeña la mujer y el rol de madre, últimamente se han visto escenarios donde sale la reportera, la doctora, la maestra y todas aquellas mujeres que desempeñan una actividad laboral con sus hijos y hasta aquellas que son madres de tiempo completo y están viviendo el reto de ser acompañantes y maestras desde la escuela en sus hogares de sus propios o ajenos hijos. Aunque el estereotipo de la familia y la mayoría de la sociedad se rige por un patriarcado, la mayoría de las familias no son así, la cabeza y la estabilidad de la familia es la madre y para hacer un buen papel ésta debe tener una estabilidad emocional, social y económica. La escuela no entró a nuestros hogares, nuestros hogares son la escuela de nuestros hijos, hijos que son estudiantes, hijos que nos admirán y respetan por lo que somos: *madres y mujeres investigadoras*, que entre sus amigos nos presumen diciendo “*mi mamá es doctora*”, quizás sin saber el significado o lo que conlleva serlo.

¡No somos super mamás!, la pandemia trajo visibilidad el trabajo de la mujer tanto de aquella que se dedica al hogar y que contribuye a la estabilidad emocional de todos los demás integrantes de la familia, como aquella mujer que sale de su hogar para contribuir a la economía del hogar y que va y entra a otro hogar para apoyar a otras mujeres. También aquella mujer que le gusta estar sola en su hogar, pero fuera de ella está su vida y que se detuvo en estos tiempos... Esta pandemia trajo dificultades, retos, desafíos, pero sobre todo aprendizaje, el reconocer que la escuela ya estaba en nuestra casa, y que se cerraron las puertas y espacios físicos de otras escuelas, pero se abrieron en nuestras pantallas y que pronto se abrirán otra vez para regresar a la *nueva normalidad* y esperando que se haya logrado un cambio positivo como seres humanos.

Se requiere el apoyo de la familia, sociedad e instituciones para que la mujer siga siendo ese pilar importante para sostener a la sociedad y que el doble rol que desempeña como madre y mujer investigadora sea apoyada, incorporando políticas con perspectiva de género, sobre todo, para continuar en la investigación, se ha dado, pero a pasos lentos.

Durante este tiempo de pandemia, se dio visibilidad a que somos seres humanos con sentimientos y emociones, que en esta era tecnológica predomina la importancia de estos aspectos y son necesarios para poder llevar a cabo con éxito todas las actividades, que somos profesionistas, profesionales y que con nuestro trabajo contribuimos a la ciencia y al país, pero sobre todo que tenemos una gran responsabilidad: formar estudiantes y formar investigadores, y también hijos que sean seres humanos íntegros y con valores, tener en cuenta que la prioridad en las sociedades será la familia, ya que de ella depende la realización integral de las personas y las comunidades. La educación a distancia no está tan distante.

Referencias

- Breilh, J. (1991). La triple carga; trabajo, práctica doméstica y procreación: deterioro prematuro de la mujer en el neoliberalismo. CEAS.
- Hernández-Muñoz, G. M., Cavazos-Salazar, R. L., y Habib-Mireles, L. (2016). Mujer en educación a distancia nivel bachillerato como alternativa de crecimiento profesional. *Opción*, 32(13), 391-410.
- Lagarde, M. (2012). La soledad y la desolación. *Consciencia y Diálogo. Anales sobre temas de Ciencias Humanas*.
- Organización Mundial de la Salud, OMS. (2020). Alocución de apertura del Director General de la OMS en la rueda de prensa sobre la COVID-19 celebrada el 11 de marzo de 2020. Ginebra: Organización Mundial de la Salud. Disponible en: <https://www.who.int/es/dg/speeches/detail/who-director-general-s-opening-remarks-at-the-media-briefing-on-covid-19---11-march-2020> 15/04/2020

Retos de las investigadoras y madres durante la pandemia del COVID-19

Martha Berenice Meza Dávalos⁵

La triple jornada laboral que, a raíz de la pandemia originada por el virus Sars-CoV-2, ha trastocado el entorno familiar y de la noche a la mañana conflujo en el hogar, la oficina, el salón de clase y el área re-creativa, comparto mi experiencia como investigadora y madre.

El cuidado de los hijos

Ser madre es uno de los anhelos más profundos que he tenido y a la vez un gran desafío cuando se volvió realidad. Es una mezcla de amor, alegría, agradecimiento y satisfacción por el don concedido, pero acompañado con el desgaste, la impotencia y el temor. Desde que nació mi primer hijo con esa sensación de felicidad indescriptible también notóblemente la concepción de ser “buena madre” al punto de que ya no tengo una idea clara de lo que implica serlo, porque ausentarme de casa para ir a trabajar desencadenaba en mí una serie de sentimientos encontrados y el más recurrente, la culpa. No creía ser buena madre. Cualquier dificultad que surgiera respecto a la crianza lo atribuía a estar fuera de casa, desde que los niños se enfermaran, no comieran adecuadamente, hasta la conducta inadecuada y la indisciplina. Doce años después esa percepción de mi papel de madre no ha cambiado mucho, persiste la culpa.

Cuando entramos en cuarentena por la pandemia, con actitud positiva, creí que tendría la oportunidad de estar más tiempo en casa con mis hijos de doce, diez y tres años de edad, para supervisar sus actividades escolares y extraescolares, fortalecer su autonomía y enseñarles labores domésticas, formarlos en la responsabilidad y reforzar la conducta positiva.

En general, suplir mis ausencias, dedicándoles más tiempo. Sin embargo, estar físicamente no es suficiente, la capacidad de hacer varias cosas a la vez y de organizar el tiempo se vio disminuida, además de experimentar una gran frustración por no adaptarme satisfactoriamente al cambio. Si me consideraba no ser buena madre, ahora me percibía como “mala”, porque si no podía disfrutar el tiempo en casa con mis hijos, era signo de que algo en mi naturaleza de madre estaba mal, muy mal.

Como madre, poner las necesidades de los hijos ante todo y esa necesidad imperante de controlar lo que sucede en medio de la situación de incertidumbre me llevó al límite. Me veía cada vez más cansada, irritable, los gritos eran cada vez más frecuentes ante el comportamiento de los niños y la sobre exigencia para que realizaran sus deberes volvía un ambiente cada vez más hostil, pero en especial, la culpa de perder la paciencia, lo que se volvía pesar y remordimiento por las noches.

⁵ Maestría en Ciencias de la Educación. Instituto Las Américas de Nayarit.

Doctorante en Ciencias de la Educación. Universidad Santander

Profesora- Investigadora de tiempo completo de la Unidad Académica de Educación y Humanidades de la Universidad Autónoma de Nayarit (UAN)

bere.meza@uan.edu.mx

Las veinticuatro horas del día nunca parecen ser suficientes en mi rol de mamá, ya sea que esté trabajando en casa o fuera de ella. Ahora pienso que no hay una elección perfecta, eso lo comprendí en este aislamiento social al que nos vimos orillados. En definitiva, la parte más difícil para mí fue el confinamiento, con la sensación de ahogo por permanecer todo el día en casa y la incertidumbre de lo que vendría. Sentir que me falta el aire mezclado con la culpa de no aprovechar que estaba en casa con mis hijos me carcomía. Cuando perdía la paciencia con mis hijos, reflexionaba sobre mis reacciones desproporcionadas y me cuestionaba: ¿qué acaso no era la oportunidad que tanto deseaba?, ¿qué clase de mamá soy? Estaba en mi casa, pero no se sentía como cuando llegaba del trabajo deseosa de estar con mis niños y saber cómo habían pasado su día. Ahora era diferente, la sensación de encierro y la ruptura con mi ajetreada vida me interpeló profundamente. Qué dicotomía se vivía dentro de mí, siempre había deseado pasar más tiempo con ellos y ahora la sensación de ahogo me remontó a la crisis asmática que experimenté en mi primer embarazo, con esa opresión en el pecho tan característica y dificultad para respirar. Había mucho que trabajar en mi persona, dejar de lado el ideal de madre que había conceptualizado para poder disfrutar de mis hijos.

La escuela en casa

Cuando iniciaron las clases en casa mediante plataformas, pensé que no sería complicado, ya que los niños mostraron agrado por el uso de la tecnología aunado a la habilidad que poseen para su uso. Las primeras dos semanas fueron fluidas, sólo dos horas diarias en sesión sincrónica no parecían ser complicadas, pero conforme fue extendiéndose la cuarentena y se incrementaron a cinco las horas de conexión simultánea, la situación fue cambiando. La emoción pasó y el tedio se apoderó de los niños durante las clases, se acrecentaban las frases: “es aburrido”, “está fallando la conexión”, “se congeló la pantalla”, “no entendi”, “la cámara se desactivó” hasta llegar a expresar su negativa para entrar a las sesiones virtuales, yo trataba de motivarlos y cuando ya no era suficiente, condicionarlos. Los docentes, tanto de la escuela y primaria como de la secundaria de mis dos hijos mayores, hacían su mejor esfuerzo al igual que los niños, pero la transición del aula presencial a la virtual fue un reto para todos.

Con mis hijos no tenía la paciencia que tenía con mis alumnos, me desesperaba rápidamente y los regañaba con dureza. Con la cantidad de actividades que tenía que hacer, pasé del reforzamiento positivo a los castigos cuando no seguían adecuadamente la clase o no cumplían con las tareas. Me enfocaba a ver las deficiencias que tenían respecto a su nivel y quería solventarlas lo antes posible, pensando que la contingencia por sí misma generaría rezago y sintiendo la obligación de compensar lo que faltara. Me volví la villana para mis hijos en los días de escuela porque no encontraba la forma correcta de sacar lo mejor de mí, llegando al punto de poner en duda mis propias habilidades.

En el caso de mi hija de diez años, más que el seguimiento escolar, el desafío fue el manejo conductual. Con la pandemia, los torneos de gimnasia rítmica se cancelaron y perdió el interés en un deporte en que ha destacado, se volvió apática a los entrenamientos en línea sin el estímulo de viajes y las competencias. Con sus características peculiares como la necesidad de control, dificultades para el manejo de la ira y su alta sensibilidad, se volvió muy compleja la relación. Es la hija con la que la similitud de temperamentos vuelve ardua la tarea de madre. Pero también representa el apoyo, la creatividad y el talento artístico de casa. Estos meses transcurridos me permitieron observar más de cerca su conducta y buscar cómo ayudarle a manejar ese torrente de emociones, al tiempo que me veía reflejada en ella.

Los desacuerdos, peleas, cuestionamientos y heridas se incrementaron, y nos distanciaban, aunque las sesiones de terapia ayudaron bastante, también estaban limitadas con el aislamiento.

La dificultad para adaptarnos a la nueva normalidad tiene muchas caras y cada quien reacciona a su manera. Mi hija de tres años, en cambio, quiere jugar conmigo a cualquier hora, pide sentarse en mis piernas en las reuniones virtuales, grita cuando estoy impartiendo clases y me amenaza con hacer vagancias si no le presto la atención. Ella quiere ayudarme en el trabajo, en la cocina y me sigue a todos lados de la casa. Con los hábitos de sueño modificados, volvió a quedarse conmigo por las noches y más de alguna vez despertaba a mitad de la noche llorando y pidiéndome que la sacara de la cárcel y la llevara a la escuela o con sus primas a jugar.

Decía sentirse cansada de estar encerrada por el coronavirus. Pese a las dificultades, no dejaba de ser la chispa de alegría en la familia. Siempre me sentí muy aliviada por la capacidad de adaptación que tenía y que no me demandara más tiempo del que disponía, pero ahora que me tenía todo el día tenía que aprovecharme. Por ser la pequeña, las actividades de preescolar que podía dar seguimiento eran pocas, ya que no le motivaban lo suficiente y las transmisiones eran demasiado largas para los períodos de atención que tiene por su edad.

Mi hijo con condición especial

Cuando en casa hay un hijo que presenta un trastorno, la labor se complica, un proceso que va desde asimilar tal condición y al mismo tiempo una permanente adaptación. El primogénito de mis tres hijos, de 12 años de edad, tiene un diagnóstico de Trastorno del Espectro Autista (TEA) leve con comorbilidad con el Trastorno Obsesivo Compulsivo (TOC) cuyo diagnóstico desde hace cuatro años ha revolucionado nuestra vida familiar.

A consecuencia de las dificultades para conciliar el sueño y la calidad del mismo generadas por el TEA, las mañanas son difíciles para él, quien después de lograr dormirse cerca de la media noche y cuyo sueño profundo se ve interrumpido constantemente por las pesadillas, se encuentra profundamente dormido por las mañanas cuando intentamos despertarlo, situación que requiere que mantenga la atención y supervisión para que no vuelva a quedarse dormido y con esto pueda seguir la rutina diaria. Si bien su coeficiente intelectual es promedio, tiene dificultades en el procesamiento de la información, requiriendo se le supervise constantemente en la realización de tareas desde las más simples como cambiarse hasta las más complejas como seguir el procedimiento para la resolución de problemas matemáticos. Repetirle las indicaciones no es una solución, en ocasiones es necesario inducirlo a realización de la actividad como quitarse el pijama primero para ponerse el uniforme, de lo contrario podría colocarlo encima. Cada vez que él se equivoca en la ejecución de tareas como llevar los platos sucios a dar un paseo por la sala y recordarle que el fregadero está del otro extremo de la casa, se frustra tanto y me pregunta avergonzado el por qué es tan distraído o tonto, cuando en realidad sabe lo que tiene que hacer.

Derivado de la atención intermitente y sus gustos restringidos, si la asignatura no es de su agrado o la sesión no representa un reto para él, se incrementan sus estereotipias y su mente se invade de pensamientos recurrentes no permitiéndole seguir el curso de la clase.

Incluso, los pensamientos pueden aparecer en momentos donde está sumamente interesado y participativo. Las sesiones virtuales mermaron notablemente su desempeño, estaba cada vez más ausente y con escasa concentración para hacer sus actividades. Rápidamente fue necesario estar acompañándolo la jornada de 5 horas al día, además de las tareas.

El aislamiento contribuyó a las dificultades en la socialización, más ensimismado aumentaron los soliloquios -hablar consigo mismo en voz alta- y evitaba el contacto familiar, disminuyendo su interacción incluso en las clases virtuales. En una ocasión mencionó que no le desagrada el aislamiento, después de todo no le gustaba mucho socializar y carecía de habilidades para ello. Le proporcionaba seguridad estar en casa y era una oportunidad para no enfrentarse al mundo cada día, que le aumentaba la ansiedad. El impacto no se dejó esperar, la apatía a cuanta actividad virtual tenía: clases, taekwondo, consultas con la especialista, la terapia y alguna reunión familiar, generó que actuara con molestia e irrespeto. El insomnio se agravaba y repercutía en su desempeño. Sin saber con certeza qué desencadenó que la condición de mi hijo se viera desmejorada, la especialista decidió valorarlo, viendo la necesidad de modificar la medicación, que por estar en su límite agregó un nuevo fármaco. Todo se va asimilando lentamente -si es que se asimila-, siempre que vamos a consulta, guardo la esperanza de que mi hijo vaya progresando, pero cuando surgen otras manifestaciones de sus trastornos y por lo tanto nuevos retos, es la angustia más dolorosa que he experimentado.

Mi hijo de inicio ha sido consciente de su situación, puede describir perfectamente su condición y los rasgos característicos, además conoce cómo va evolucionando. Ante la crisis que se originó al saber que requería más apoyo me dijo llorando que se sentía muy cansado y que no podía vivir con tantas exigencias, que quizás no era suficientemente bueno para seguir estudiando y que no podría salir adelante en la vida porque es muy distraído. Estaba desesperanzado y sólo pensó que estaba siendo muy severa con él porque se sentía incapaz de responder a las exigencias. ¿Qué podía decirle? Lo animé como pude, destacando su capacidad y el apoyo que siempre tendría de mí, pero estaba tan confusa y llena de temor. La culpa de nuevo, nada me dolía más que saberme rebasada, sentía que perdía a mi hijo, que se alejaba cada vez más y no podía ayudarlo. Entre otras cosas, la especialista me observó desgastada y en definitiva sugirió que el ambiente familiar no era el idóneo para coadyuvar al tratamiento terapéutico y farmacológico. Entre otras cosas, hicimos los ajustes necesarios en casa y en el colegio. Afrontamos la realidad de que la cuarentena se prolongó y era impredecible cuándo se reanudarán las clases presenciales. Reconocí que no soy la maestra de mis hijos, soy su mamá, no soy perfecta y eso es suficiente. Decidimos buscar quien apoyara durante las clases virtuales a mi hijo. La situación escolar mejoró poco a poco y la relación con mi hijo se fue saneando.

Las labores del hogar

Fui formada desde temprana edad con responsabilidades en los quehaceres en casa y el cuidado de mis hermanos menores. Pese a que me agrada la limpieza, encuentro sumamente frustrantes las labores del hogar, además de inequitativas. Evidentemente, estar en casa todo el tiempo involucraba el incremento de las actividades de higiene y desinfección. Algunas veces consideré que exageraba en este afán, pero ahora la obsesión era perfectamente justificable para mí. El ansia que experimentaba iba más allá del contagio de la enfermedad, realmente quería que todo estuviera limpio y ordenado además de que todos contribuyeran.

Recuerdo identificarme con tantas imágenes en redes sociales, de cuando te dispones a limpiar un espacio, pero en el camino te encuentras con tantas cosas desordenadas, que terminas mezclando una actividad con otra, olvidando la inicial. Ya no sabía priorizar, como una avalancha de pensamientos se venían todas las actividades que debía de hacer, difícilmente me podía enfocar y terminar una para continuar con las demás. Hacía de todo a la vez y no lograba concluir nada. Me abrumaba la casa. No importa si se asignaban las tareas, la balanza siempre se inclina hacia mí y la desproporción pesa, pero pesa más la indiferencia mientras encuentren sus necesidades satisfechas. Siempre he mostrado mi desacuerdo al respecto y ha sido una lucha constante porque se involucren todos, pero los hijos recurren con mucha mayor frecuencia a la madre, aunque ambos padres estemos en casa. La labor doméstica no tiene fin y estaba consumiendo gran parte de mi tiempo.

El trabajo en casa

El poder desempeñarme profesionalmente me proporciona estabilidad no sólo económica, sino también emocional, representa una parte importante en mi proyecto de vida. Me mantiene activa, me genera satisfacción, contribuye a que alcance metas y me permite interactuar con diversas personas. El trabajo como docente es una de las tareas que más disfruto, aunque he venido realizando actividades administrativas, el trabajo académico es lo que más me apasiona.

Al inicio de la cuarentena y con todas las dificultades que representaba el cuidado de los niños, opté una vez más por hacer cambios en las actividades para poder dar respuesta a la situación y decidí sólo dedicarme a lo académico. Mis días se volvieron extenuantes y mis noches demasiado cortas, ya que buscaba trabajar sin interrupciones. A consecuencia de la disminución de horas y calidad de sueño mi desempeño también se vio disminuido.

Como docente universitaria, la carga se había triplicado, había que actualizarse en el modelo híbrido y el uso de plataformas, al tiempo de migrar todos los recursos y materiales. Las sesiones sincrónicas y la revisión de tareas involucraban varias horas por día. Además, me interesaba por la situación que vivían mis alumnos. Se incrementó la ansiedad, la dificultad para concentrarme, apareció el insomnio, la irritabilidad y el agotamiento físico y mental.

Cuando inicié mis estudios doctorales hace un par de años, lo visualicé como una oportunidad para enfocarme en los proyectos de investigación que había postergado, pero el cúmulo de responsabilidades en el hogar y en el trabajo poco lo permitían. Cada vez que intento enfocarme a las metas trazadas que aún no concreto, termino por sabotearme, pues siempre le doy prioridad a las necesidades de mi familia y dejo mis intereses al final. Cuando retomo el proyecto de tesis me encuentro tan desorientada que inicio prácticamente de nuevo. ¿Qué me pasaba?, ¿ya no me sentía capaz de continuar? Me costaba mucho pensar con claridad.

Recapitulando, me percaté que cada vez que nacía uno de mis hijos, sentí la imperante necesidad de cambiar algo, regularmente era mi trabajo o mis actividades, dejando de hacer lo que me gratificaba. Lo reconocí como la concepción de la “madre sacrificada” muy arraigada y que sin duda alguna aprendí desde pequeña. Recordé a mi madre, abuelas y bisabuelas, matriarcas con cualidades excepcionales y prolíferas mujeres, que en su contexto se vieron orilladas a dejar muchos de sus sueños.

Con decisión, empecé retomando paso a paso aquello que fui dejando en el camino y en esta etapa tan crítica, me brinda esperanza en medio de la incertidumbre. Me adherí a nuevos proyectos de investigación educativa, sin embargo, por la situación inédita que estamos viviendo, aunado a la crisis por la que atraviesa la universidad, los trabajos se han visto muy limitados y aplazados.

A veces no puedo ni leer un documento sin ser interrumpida no sólo por mis hijos, sino por los pensamientos y preocupaciones que me persiguen, teniendo que empezar de nuevo y más aún cuando intento escribir. No hay un espacio en casa donde pueda encerrarme por algunas horas, al punto que mi esposo se ha llevado a los niños a otro lugar algunos fines de semana para que pueda trabajar o tomar mis sesiones de doctorado. Pero estando sola en casa dos o tres días sólo consigo mantener la atención por períodos cortos, la costumbre de interrumpir me asalta. Los niños me preguntaban por qué trabajo tanto y la realidad es que a veces sólo queda en el intento. Me acompañan ellos, pues les encanta mi escritorio, ojear los libros y estar en la computadora. Hacen mucho ruido, encienden aparatos y desordenan mis materiales. Frecuentemente, alguno de ellos está junto a mí con un pequeño banco haciendo las tareas que requieren apoyo, en especial la pequeña, que dice estar muy ocupada trabajando también.

Pero, ¿qué haría sin ellos? Es difícil compaginar las diferentes facetas desde el hecho de ser mujer, madre e investigadora. Pero no deseo renunciar a ninguna. Mi admiración y respeto para todas las que me han mostrado el camino y me han inspirado.

**El día que la preservación de la vida se convierte en el centro de tu mundo,
¡cuánto lo deseaba! pero ... ¿y ahora qué hago?**

Gizelle Guadalupe Macías González⁶

Sobre ¿Quién soy?

Soy investigadora del área de ciencias sociales, investigo los temas de organización y dirección de empresas, así como temas de orientación vocacional y género. Desde 1998 trabajo en la universidad y como investigadora inicié en 2008. Imparto docencia en licenciatura y maestría del área de emprendimiento y administración de empresas, recientemente investigo sobre empresas familiares. Por mi formación en investigación y por un objetivo propio de colaborar con las generaciones, me gusta también realizar acciones para impulsar la orientación vocacional.

El lente de género es una mirada que me caracteriza y en ocasiones son el tema de mis colaboraciones académicas sobre las disciplinas que abordo. Trabajo en el mismo municipio e institución en la que estudié, esto me hace sentir más tranquila, porque tengo a mi hermana, a mi madre y padre en mi ciudad. Hoy tengo más de cuatro décadas de edad, me casé hace casi quince años, estoy muy contenta, tengo una hija de trece, un hijo de once y un pequeño de dos años y medio. Estas situaciones me hacen sentir muy contenta: investigar y trabajar en la ciudad donde he radicado, estar casada y tener una familia nuclear a la que disfruto siempre que puedo. También el apoyo de mi madre, padre y de mi hermana junto con su familia.

Por primera vez en mi vida académica, decidí escribir en 2016 un artículo basado en mi experiencia personal de investigación. Me permití mostrar mi trayectoria personal alzando mi voz de lo que me gustaba y me causaba conflictos. Di cuenta de las redes sociales en las que me suelo apoyar para realizar con éxito mi encomienda laboral. Las clasifico en redes del saber, redes de colaboración profesional y redes de trabajo cotidiano (Macías, 2017).

Hoy sin duda continúan vigentes, sin embargo, las de colaboración se han reducido por la escasa presencia física que marca el compañerismo y que no se establece en la misma frecuencia y con la misma cantidad de personas. Y ahora, entre estos años 2020 y 2021, bajo este diluvio llamado pandemia causada por la COVID-19, que reposiciona en el mundo la preservación de la vida, vuelvo a recurrir al auto relato interpretativo para presentar mi experiencia situada, la que Blanco (2012) señala como una mirada a la faceta personal, siendo una pequeña biografía de una etapa de mi trayectoria profesional y de vida, por lo que en las siguientes líneas narro algunas de mis experiencias, pues esta situación atraviesa toda mi vida.

⁶ Doctora en Ciencias. Universidad de Guadalajara

Profesora-Investigadora de tiempo completo en el Centro Universitario de los altos, Universidad de Guadalajara.
gmaciasg@cualtos.udg.mx, gmg261@yahoo.com

1. Aferrándome a mi lugar de trabajo

Todo mundo se fue.

La indicación de las autoridades laborales de la universidad fue que no era necesario asistir al plantel, al cubículo, podríamos estar trabajando desde nuestros hogares, dando clases, etc. Fue un viernes, creo el 13 de marzo. Mis compañeras académicas con las que comparto cubículo se fueron. Yo les decía que no podría trabajar desde mi casa, que tendría muchos distractores y que prefería estar en la oficina.

Aún tenía sesión de maestría el sábado, creo era el 14 de marzo. Por cierto, fue mi primer día de clases con el grupo de ese posgrado, fue muy interesante, pues presenté el tema y además tuvimos una invitada que nos narró la trayectoria de la empresa familiar de la cual formaba parte. Salimos felices de la sesión.

Se llegó el día lunes, creo era el 16, como si nada llegué a mi cubículo.

Era la única docente en el edificio. Escuché a un par de docentes que fueron por algún pendiente a su cubículo y se retiraron. Empareje la puerta de la oficina para que no se viera que yo estaba ahí, sobre todo para que no pasaran a platicar, porque si no perdería ritmo y de nuevo me retrasaría, y no avanzaría en mis actividades, sobre todo de investigación en las que tanto me cuesta concentrarme, sólo era por eso, para no distraerme, quería aprovechar el sacrificio de esa soledad. No pasaron más de dos días cuando el Secretario Administrativo pasó cubículo por cubículo, llegó al mío, me vio y me dijo: “¡Vete a tu casa!” Le argumenté que yo no podía trabajar en ella y me dijo: “¡Vete! ¡esto es más que trabajo, lo que viene es grave, podemos perder mucho y no quiero que tu familia te pierda!” Con esa angustia y comentario dejé mi cubículo, tomé algunas cosas, equipo... y pensé, “pero mi hijo y mi hija necesitarán equipo, yo no tengo”.

En enero recién me robaron mi laptop más nueva. Así que salí con mis dos computadoras portátiles modelo 2008 y 2009 que compré con apoyos institucionales. Me faltaba una que había solicitado al área de cómputo desde el viernes, como no me contestaron fui en persona y lograron apoyarme con un préstamo de otra portátil.

2. ¿A dónde volteo? El trabajo docente en casa y la oportunidad de comer con mi familia, después de veintidós años

Busqué un espacio en casa para hacerlo mi lugar de trabajo. En la mesa del comedor estaba mi hijo frente a mí y mi hija a veces nos acompañaba o se iba a su cuarto, cada quien tomó su espacio. Al cerrar el ciclo de julio de 2020, mi hija y mi hijo sólo tenían una que otra clase, y el resto del tiempo hacían actividades asignadas de su escuela, continuaron sus clases de música de manera virtual, para lo que les prestaba audífonos, yo estaba siempre al pendiente.

Yo... imposible tener una video llamada con mi alumnado, ni de licenciatura ni de maestría. En la plataforma que había asignado, que generé para cada curso ponía instrucciones y actividades. Pedía envíos, los revisaba y regresaba, pues las clases eran tipo taller de equipos.

Y a las de maestría subía presentaciones, asignaciones, el estudiantado nos compartió entrevistas grabadas en vivo y se enriquecía la clase.

Pero sólo así, unos minutos de mis días eran para eso. No podía organizarme, a pesar de que una señora me apoyaba en los quehaceres, se me iban las horas, el bebé, surtir en casa, salir a la papelería por las impresiones que se requerían, etc. También me quitaba mucho tiempo organizarme, tener que estar al pendiente de la casa que estamos construyendo ya de varios años atrás, en esta etapa ya no tenemos persona al tanto, ni arquitecto, y pues para todo debía estar pendiente, mi marido también, pero siempre sucedía que me hablaban o pasaba algo.

Además, tenía temor a dar clase por video llamada, por no estar muy preparada, porque me daba pena que se escuchara en mi casa o con las personas vecinas del edificio, o sufriera interrupciones por el bebé, etc., tenía pánico y horror. Y bueno, ni que decidir, si no podía organizar mi tiempo para la docencia, mucho menos para la investigación.

Mi computadora era la más obsoleta y lenta, pero era cómoda por ser amplia y el teclado hasta numérico. Así, con paciencia fue mi semestre, sin embargo, me sentía terrible y mis tiempos para disfrutar no existían. Llena de estrés por tareas sin realizar, fechas, plazos, desveladas, entre otros, tratando de llevar algo. Pero, por otra parte, feliz. Mis días regulares entre semana para convivir con mis hijos y mi hija eran a partir de las 5:00 pm o 6:30 pm en adelante. Por lo que vislumbraba un tanto borroso y difícil disfrutar de la hora de comer y de convivir con las personas que tanto quiero. Por lo que ahora me sentía afortunada, comer calientito, del día, disfrutar, me daba felicidad. Aprovechar sus horas, su vida, era un sueño, pero un sueño difícil, puesto que yo arrastraba mis tareas en mi mente, mi satisfacción no era plena, lo hacía sintiendo un gran peso, nada cómodo.

3. Transferencias bancarias erróneas y el negocio de mi esposo cerrado.

Fueron dos ocasiones en que tuve errores y transferí mi nómina a cuentas equivocadas. Nunca me había pasado y hasta en el área de finanzas trabajé. En mi desasosiego, me equivoco y en el mes de abril, incluso hasta “de vacaciones”, transfiero por error dinero de mi cuenta bancaria a una cuenta de la Universidad, días, semanas de angustia, y se recupera.

Pasan un par de semanas, y reitero, vuelvo a transferir dinero por equivocación a una institución, hago cartas, evidencias, como la vez anterior, me toma mucho tiempo solicitar los reembolsos, sin embargo, me regresan el dinero. Ya no ha pasado más, pero se llevaron varias semanas de angustia y de no contar con el recurso económico, que prácticamente tenía al día porque el resto se ocupaba en la construcción de la casa.

A la par, mi marido en semáforo rojo, teniendo que cerrar temporalmente su negocio, teniendo que liquidar sus gastos fijos: empleadas, luz, por varios meses, sin tener ingresos. En el tan esperado mes de feria y los meses de celebraciones se tuvo que cerrar, así que los meses de afluencia de ventas no existieron, por lo contrario, como nunca con costos que cubrir. Había que mantener el empleo de las personas, no obstante, no se laboraba y si se hacía, la multa era sustancial.

Afortunadamente salió una oportunidad y entre mi hija, mi marido y yo, logramos vender cubrebocas cuando comenzaba la pandemia, en poco tiempo logramos la compra de un equipo para ella y sus actividades de conexión. Me sentía afortunada de tener trabajo en casa pero, por otro lado, me sentía más presionada para desenvolverme mejor y más constante, puesto que como iba la tendencia podría ser el único ingreso familiar por largo tiempo.

4. Pierdo mi primer proyecto CONACYT

De plano fueron meses terribles, a los que se sumaron la caída y la lucha por lograr la autorización de prórroga de plazo para firma de mi proyecto ganador. Fui la más feliz en abril, puesto que mi proyecto sobre mi misión paralela de investigación logró salir adelante, es decir, desde 2016 tenía intención de realizar acciones de orientación vocacional temprana, y de propiciarla en mi región, pues la realidad daba cuenta de una gran falta de información sobre las áreas de estudio y las carreras que existen, por lo que me propuse que se tenía que impulsar fuertemente.

Lo propuse como un compromiso propio con mi sociedad, pero por cuestiones administrativas y ajena totalmente a mí, se trabaron los plazos y no se concretó el convenio, pasamos varios meses rogando por todos los medios y sin embargo se nos dijo que perdimos la oportunidad, después de haberla ganado. Al final, mi institución me ofreció su apoyo y decidí realizar una acción por el momento para no exigir erogaciones significativas. Fue terrible, estando en la cúspide, haber caído y no tener el prestigio y la oportunidad de hacer lo que se había ganado.

5. Exceso de cursos de actualización y como nunca de intenso trabajo en equipo en red y grupos de investigación

Nunca había tenido tantos cursos en los que pude haber participado: seminarios, talleres obligatorios, voluntarios, para estímulos, para mejorar mi análisis de trabajo de campo. Nunca había estado en un seminario donde construyéramos una investigación conjunta y terminabas con un libro, conocí a un equipo excelente de historiadoras que me acogieron. Por primera vez trabajé con un par de personas, científica y científico, del área de negocios, a quienes admiro y a la fecha seguimos en el objetivo, nunca tan constante. En noviembre de 2019 y en enero de 2020, apenas los había conocido y los invité a mi universidad, fue un acierto enlazarlos y a los meses comenzar trayectorias de trabajo que me hacen crecer sustancialmente en mi área de estudio. Pero como yo también juego un rol y cada quien aporta, yo aporto trabajo de campo y me preparo de manera paralela para adquirir competencias en el análisis, y trato de presentarles mis propuestas lo mejor posible, soy muy analítica y puedo ser muy lenta, pues trato de ser precisa, fundamentada y global para poder aportar y concursar con trabajos de rigor científico a nivel internacional; y para ello, pues necesito prepararme y tomo cursos, ensayo ejercicios, etc., pues quiero llegar a su nivel y también aportar desde las fortalezas como equipo.

6. Una segunda oportunidad para la docencia y la investigación: ¡tengo que poder!

Iniciando semestre, mi par de audífonos ya no funcionaban, el bebé lo tomó y se dañó, mi hijo muy nervioso también dañó el otro, así que empezamos clases, él con el audio abierto y participando excelentemente en sus clases. Tuve oportunidad de comprarme una laptop nueva y mi ritmo se aceleró.

Mi hija siguió apartada y yo, en definitiva, me encerré en un cuarto, después de desayunar no atendía nada de mi hogar. De repente mi bebé me lloraba en la puerta y a veces lo dejaba pasar, incluso a la fecha y le pongo el apartado de videos para que los vea en mi celular mientras yo estoy trabajando. Pero varias veces de repente se escuchaba en mis reuniones, pues me acompañaba.

Pero era demasiado lo que acarreaba. No hubo otra salida, septiembre, octubre, noviembre y más de la mitad de diciembre, fueron así: mis días iniciaron a las 5:00 am. No había más que esa salida, por las tardes mi madre cuidaba a mi bebé, desde las 4:00 pm hasta las 8:00 pm, y mi hija y mi hijo hacían sus asignaciones y actividades de manera autónoma.

Yo seguía sin rutina corporal, hacinada en mi silla trabajando, ya iba para más de tres años sin actividad física, mi marido me invitaba a hacerlo, pero mis horas eran para recuperar un poco mis tareas académicas y trabajar. Además, reuniones desde las 8:00 am (por horario europeo) y otras terminaban 8:15 pm, varias traslapadas, pero bien logré realizar conferencias magistrales, coordinar mesas, compartí mi experiencia de investigación con instituciones a nivel Latinoamérica como ningún momento de mi vida. Incluso me llegué a negar a algunas en las que me ofrecían pago de honorarios, pues en la lista quedaban hasta el final, ya que quiero hacer lo mejor posible y entre la complejidad de tareas y la prioridad de la producción académica, pues seré evaluada a inicios de 2022, gracias a la extensión por maternidad.

Por otro lado, a mi esposo se le dificultaba atender al bebé desde el negocio. Con la contingencia sería multado si tuviera infantes, por lo que solicité ayuda a mi madre. Sin embargo, después de varios meses, llegó el día que ella no pudo más puesto que está operada de sus rodillas y no aguantaba su dolor, mucho tenía que ver con ello el tener que cuidar a mi bebé, así que decidí que avanzaría lo que pudiera con mi vida académica, pero el bebé estaría conmigo en mis tardes, también les pedía a mi hija o mi hijo organizarse para estar con él. Mi hermana también se organizaba y cuando estaba en la ciudad, me tendía la mano para que mi familia saliera y se divirtiera con su familia, conviviendo en su hogar o en el rancho al que acudían para que no se estuviera todo el tiempo en casa.

7. Retos de investigación que nunca hubiera imaginado llegar

Termino el año con varias propuestas terminadas, con ajustes de todo tipo: cambio de autorías en artículos por no poder hacer cierto trabajo de campo y mi equipo sí, seminarios atendidos y capítulos de libro armados con el apoyo de grupos de investigación que nunca en mi vida había tenido. Reuniones entre lunes y domingo a las 13 horas con un investigador italiano y una investigadora mexicana, escribiendo un par de artículos para journals internacionales, donde yo daba pauta pues tenía los datos, sin embargo, el aporte singular de cada uno/a era inigualable, el compromiso de trabajar en domingo, el aprendizaje, incluso la presentación en un congreso internacional por mi colega italiano, y la participación en todo el congreso fue inigualable, nunca lo había hecho. La virtualidad me permitió crecer bastante.

8. Mi familia, lo que más aprecio y nuestra diversión

Los jueves era la salida de la semana, a visitar a mi hermana en el rancho donde estaba viviendo. Durante el resto de los días la pasábamos en casa. Aún sigo pensando no sé cómo pudimos soportar el encierro, pero cómo podíamos, mi hija y mi esposo se divertían cocinando, pintando, incluso mi hija animándose,

quiso cortar el cabello, mientras mi esposo trabaja todo el día atendiendo su negocio, pero nos visitaba a la hora de la comida y los jueves y domingos descansaba. Mis jueves me llevaba la laptop para trabajar en el rancho o a veces yo no iba para trabajar.

Mi mamá y mi papá muy temerosos, nos veían desde su auto pasándonos a saludar a casa, posteriormente desde fuera de su casa poco a poco nos abrieron un espacio de su entrada que estaba al aire libre y podíamos verlos y platicarles con nuestra distancia, hasta la fecha.

Estamos a 7 de febrero, estoy con mi hija, mi hijo y mi bebé todo el día. Es una gran oportunidad de amor, enseñanza y tolerancia. Ya pasaron 15 días y no tuvimos a la señora en casa porque su madre se contagió de COVID-19 y quisimos cuidar y prevenir. Los arreglos de casa eran con la familia, hicimos de todo, aprendí a usar la lavadora, la olla Presto y me obsesioné más con los quehaceres del hogar, y antes por no poder en tiempo era más desafanada.

Estábamos en clases, cursos y yo en reunión, y el bebé necesita biberón y cambio de pañal, lo atiendo, pero varias veces me he desesperado y lo he regañado severamente. En resumen, estoy contenta por la oportunidad de gozar mi familia y preocupada porque no puedo avanzar.

Inicié año asistiendo al gimnasio por salud, pues dije que si no me decía ahora a hacerlo nunca lo haría. Pero sólo pude ir en enero, ya que este mes otra vez estoy cargando con desfases, no puedo ir a caminar o correr tan seguido. Sé que, si no trabajo temprano, después ya no puedo, debo estar sana.

Nadie se ha contagiado, ni mi madre ni mi padre, ni mi esposo ni mi hija e hijos. Estamos agradecidos según nuestra fe, pero seguimos extremando precauciones muy intensas para poder convivir un poco con mi hermana y su familia, mi madre y mi padre. Debemos cuidarlos y como queremos verlos hemos restringido nuestras asistencias a eventos sociales.

Son las 11:30 pm de un domingo que me negué a salir a convivir con mi familia a casa de mi hermana. Hace unas horas mi hija me dijo (triste por no haber salido a convivir): “¡Mami!, a veces quisiera que volvieras a tu oficina para que allí si trabajaras y no tuvieras TANTOS DISTRACTORES como tienes aquí en casa”. Yo obvié que lo decía para que me organizara más, para poder salir todos los días como hacíamos prepandemia a visitar, a ver a mamá, realizar algún deporte, a llevar al hermano, mi pedacito de tarde que quedaba era para convivir y yo los/la llevaba. Me cuesta de nuevo encaminarme este año, voy retrasada con mis actividades y asignaciones, ya dejé de salir a caminar, pues mis mañanas sin bebés son fructíferas para trabajar y no pudiera... desperdiciarlas en mi actividad física.

Soy una madre que soñó disfrutar a cada hijo e hija. No lo hago al cien, aunque esté en casa, pero tan sólo de sentirlos cerca me satisface. Este año que recién comenzó hemos salido por las tardes a un parque en una colonia nueva, en la que raramente pasa gente. Allí respiramos aire, montan bici, comemos dulces y fruta, vamos junto con mi hermana, su hijo y sus hijas, de repente pasan y nos visitan mi papá y mi mamá, es un sueño. Además, mi padre se subió a la bicicleta de mi hijo, es increíble pues nunca quiso hacer ejercicio. Mi hermana casi llora al ver la foto, ella es médica y nutrióloga, y le tranquiliza tanto verlo ejercitarse, como nunca. Es un gran regalo tener a mi hija y mis hijos, y a mi padre y madre, con la oportunidad de convivir, me cuesta mucho atender reuniones por las tardes, pues salimos a respirar y nos ha

motivado mucho. Quisiera seguir saliendo por las tardes, tenemos que respirar y movernos. Sobre todo, los niños y la niña. Aunque antes de salir el año ya me había organizado para trabajar. Este año vuelvo al shock, aun no logro levantarme, estoy muy cansada. Sigo sufriendo mi acomodo de actividades, ojalá pronto me organice de nuevo para potenciar mi actuar.

A ti persona lectora, te comarto sólo un par de reflexiones, soy una persona feliz de ser madre, con lo que siempre soñé, que ama a su esposo y a mi padre y mi madre. Y cada esfuerzo de investigación y docencia, hoy me cuestan más trabajo que antes. Pero quiero que mi todo gire alrededor de la vida, de vivir en sociedad, de disfrutar mi familia que decidí formar y con la que tengo un compromiso que a veces lo dejo y a la vez que dejo estas generaciones al mundo. Mi sueño para mí sería tener horas plenas para compartir en familia y lograr que mi hija y mis hijos se sientan bien a pesar de esta falta de socialización y desarrollo físico. Quiero que la investigación (que me gusta tanto y con la cual me encanta compartir sucesos de empresas familiares), las clases, la docencia y la diversión sean secundarias, que las sepa adaptar con astucia para no perder mi trayectoria laboral, su recompensa para sustentar la vida y mi historia sea plena.

Referencias

Blanco, M. (2012). ¿Autobiografía o autoetnografía? Desacatos, núm. 38, 169-178. <https://doi.org/10.29340/38.278>

Macías González, G. G. (2017). Análisis de las redes sociales de las mujeres trabajadoras. El caso de la labor de investigación / Analysis of Social Networks of Women Workers. The Case of the Work in Research. Vivat Academia, (138), 56-76. <https://doi.org/10.15178/va.2017.138.56-76>

Apartado II

Palabras clave:

*maternidad, afectos, confinamiento,
COVID-19*

Las vacaciones más largas de mi vida

Alma Elena Gutiérrez Leyton⁷

El día que vino Evelyn a recoger unas cosas para mis nietas (sus hijas) y me llamó por teléfono para avisarme que ya estaba afuera de mi casa, es el momento que recuerdo con más tristeza de esta pandemia. La llamada era para pedirme que no saliera, que sacara la bolsa a través de la reja y la colocara en la banqueta, que ella la tomaría cuando yo hubiera vuelto a entrar a la casa. Se me escaparon las lágrimas, me sentí muy triste, aislada, sin opción al contacto y tomé conciencia de la gravedad del asunto. Ella, al igual que mi hijo, son médicos y trabajan en clínicas COVID. Ese día, ella venía de regreso del hospital, durante la primera etapa cruenta, y me dijo que había atendido a pacientes contagiados y no debíamos tener contacto. La vi sólo de lejos, en una práctica que después se convirtió en la rutina de las visitas. Solo podría verlas -a ella y a mis nietas- desde el coche. ¿Cómo se le explica eso a una bebé de un año, si ni siquiera yo lo comprendo?

Si bien ese fue un momento crítico, el resto de los casi 400 días no han estado exentos de situaciones que, escritas ahora, parecen una historia de locura. En este tiempo he pasado del encierro absoluto a las salidas estratégicas; del pánico extremo al misticismo y del disfrute de mi espacio doméstico, a la necesidad de utilizar dos recámaras como oficinas, una para mí y otra para mi esposo, quien también es docente, ya que en ocasiones coincidimos en horarios de clase. En casa sólo estamos nosotros dos, mis hijos ya son adultos independientes; por ello, durante el verano de 2019, mi proyecto fue habilitar una recámara como espacio de trabajo, para integrar ahí varios libreros y todos nuestros libros, dos escritorios y una mesa de trabajo.

El espacio, pintado de verde menta y con cortinas blancas fue casi un santuario de paz; generalmente él trabajaba en casa y yo en la Facultad. Por lo menos tres o cuatro días a la semana me quedaba a comer con un grupo de colegas/amigas y ese receso se convertía en un momento para socializar, comentar y reír.

El viernes 13 de marzo nos informaron que la Universidad Autónoma de Nuevo León suspendía las clases presenciales y a partir de ese momento impartiríamos nuestras clases en línea. Ese fue el último día de trabajo normal y el último en que habríamos de estar en las instalaciones. Desde ese momento, nuestra casa se volvió nuestra oficina y no volvimos a salir ni para hacer compras del supermercado. Todo lo pedíamos en línea. En esa primera etapa, de miedo extremo, decidimos no comprar ningún alimento preparado, de tal manera que desde las sopas hasta el pan y las pizzas las elaboramos nosotros. Yo no quería ni siquiera tocar la puerta del auto porque había leído que el virus podría permanecer activo por varias horas sobre metal y otro tanto sobre plástico. Sentía que si tocaba algo iba a contagiarne.

⁷ Doctora en Ciencias Políticas y Sociales. Universidad Nacional Autónoma de México
Profesora titular A, en la Facultad de Ciencias de la Comunicación.
agutierrezleyton@gmail.com

Cocinar todo en casa, como menonitas, al principio parecía divertido y fácil, pero conforme las juntas virtuales se fueron multiplicando y se sumaron las lecturas de tesis, la calificación de trabajos finales y los reportes de fin de semestre, el cansancio se acumuló a tal grado que vencí mi miedo y muchos días pedimos comida a domicilio para poder alcanzar a terminar con los pendientes de cada día.

No entiendo cómo si me ahorro el traslado a la Facultad y las salidas a todas las actividades que realizaba antes de la pandemia, el día no alcanza para nada. No es que las tareas se hayan multiplicado, creo que el encierro me ha saturado. La ausencia de la interacción con mis hijos y mis nietas ha impactado en mi ánimo. Otro elemento que ha incidido en esta saturación es la falta de apoyo para el trabajo administrativo, ya que mientras trabajábamos en la Facultad, contábamos con asistentes que nos apoyaban en diversas tareas y ahora todo depende de cada uno de nosotros.

Eso, sin contar lo que implica el consumo que generan dos aparatos de aire acondicionado o calentadores –según el clima extremoso de Monterrey– que hay que mantener encendidos durante todo el día para trabajar en casa. Gastos que no estaban considerados. Tal vez para algunos sea equivalente al ahorro de la gasolina, pero en mi caso no aplica, ya que vivo muy cerca de mi centro de trabajo. Y mejor ni considero la compra de la batería nueva que requirió mi coche después de cinco meses sin moverse.

Se supone que este capítulo habría de ser una narración de cómo nos ha afectado la pandemia en nuestro ejercicio de madres e investigadoras, y se ha convertido en una narrativa de asuntos domésticos, ¿y dónde queda la labor docente e investigativa? En este tiempo publicamos un libro sobre Diabetes y lo presentamos el 21 de junio de 2020. Esa fue una de mis primeras salidas. Lo hicimos en una sala de juntas de un conjunto médico de consultorios y nos pusieron la restricción de que sólo podían asistir 15 personas, de tal manera que a pesar de ser un libro colectivo no pudimos asistir todos; el resto participó a través de la sesión de *Facebook live*. No es justo, todos trabajamos igual, pero no todos pudieron asistir. Hoy ya estamos acostumbrados a que todo se haga por *Zoom* o por cualquier otra aplicación, pero en aquel momento todavía nos aferrábamos a lo presencial.

Disponer de mi tiempo en casa coincidió con mi relevo en el cargo administrativo que desempeñaba como coordinadora de maestría en la Facultad. La misma semana que se anunció el cierre de las instalaciones dejé esas funciones, lo que ha implicado que el tiempo que dedicaba al trabajo administrativo lo canalice a tomar uno, dos, tres, cuatro, cinco... cursos, tantos que ya he perdido la cuenta. Hice un diplomado en Musicoterapia que duró diez meses, dos coaching grupales, continué con mis clases de arpa, uno más sobre meditación y misticismo, entre otros, además del Diplomado en Habilidades Docentes sobre educación a distancia y otros dictados por la institución.

He identificado que este fenómeno no sólo es propio de mí, sino que les ha ocurrido a otras colegas, que en la falsa percepción de que tenemos tiempo para nosotras porque no hay más trayectos, manejo, esperas, atorones, juntas, antesalas... creímos que el tiempo era nuestro y lo saturamos con aquello *que siempre quisimos hacer*.

Tantas horas de trabajo sentada frente a la computadora empiezan a cobrar factura. Malas posturas de las muñecas con el *mouse*, la espalda sin descanso y la vista agotada, son algunas de las consecuencias –en mi caso– de estas jornadas, las voluntarias y las de los cursos por *hobbie*.

Si en el inicio de la pandemia me invadía el miedo, hoy me resisto a abrir mis redes sociales porque cada día me entristece la partida de algún ser querido de mis amigos; algunas veces su papá o mamá, su hijo o hija, su pareja, o alguno de mis amigos. Facebook se ha convertido en un obituario. Son más las esquelas que las noticias sociales. Eso me ha impactado mucho y por eso he dejado de frecuentar esos espacios virtuales.

Esa decisión ha tenido un doble efecto benéfico: por un lado, he reducido mi afectación por tanta tristeza y, por otro, he ganado tiempo que puedo aprovechar en otras actividades, desde las más mundanas y pedestres, como lavar la ropa o cocinar, hasta las eminentemente académicas o de investigación, como leer, escribir, revisar, etc.

La pandemia ha impactado en mí de diversas maneras, pero prefiero quedarme con su efecto positivo: me ha permitido disfrutar de mi casa, reflexionar sobre la relevancia de contar con una pareja con la que se pueden mantener largas charlas y valorar mi capacidad de adaptación, aunque también reconozco que ha hecho aflorar fobias que nunca pensé que pudiera tener.

Desde que inicié mi vida laboral, durante el primer semestre de mis estudios de licenciatura, nunca había tenido más de una semana de vacaciones. Cuando ejercía como reportera, las jornadas eran de siete días, incluso días festivos, y sólo teníamos una semana de descanso al año. Esta es la primera vez que estoy tanto tiempo en mi casa. Lo valoro, pero creo que la vida académica y los equipos de investigación se nutren de la interacción y la discusión, aunque también, la universidad pública es un espacio político que implica desgaste, un aspecto del cual hemos prescindido, afortunadamente, debido a la falta de presencialidad.

No dudo que el espacio político siga vivo, pero desde esta habitación que ahora es mi nueva oficina, sólo veo el transitar de los autos que pasan frente a mi casa; el ladrido de uno que otro perro –principalmente de los dos míos- y los repartidores de *DHL*, *FedEx* y *Mercado Libre* que parecen un carrusel interminable.

Día uno

Ma. de los Ángeles Manzano Añorve⁸

19 marzo

Hoy se anuncia la contingencia, aunque desde hace un par de meses circula la noticia del surgimiento y propagación del nuevo virus SARS-COV-2: COVID-19 en China. Parecía tan lejano, tan distante, tan de otros, imposible vivirlo en carne propia. La prisa cotidiana, la sobreinformación en las redes no daban tiempo para escuchar con atención los noticieros. Demasiado ruido, *fake news*, y tantos distractores que todo parecía un tema de película.

21 marzo

Aunque hoy inicia la primavera, sólo me ronda un recuerdo de aquella tarde, mientras descansaba en la sala de mi casa escuché una nota periodística que me estremeció: era de noche, edificios altos, con las luces encendidas y ventanas cerradas, sólo se escuchaban cánticos de los vecinos que se respondían unos a otros la misma canción: “Wuhan, mantente fuerte”.

Quedé impactada. No dejaba de escuchar esas voces, era otro idioma, pero podía escuchar el miedo en los sonidos. Wuhan, Wuhan, Wuhan, sí, Wuhan es una ciudad, también conocida como la “olla de China” por las altas temperaturas registradas en verano, séptima ciudad más poblada de ese país, con 11 millones de habitantes, un centro comercial importante donde confluyen diversas vías de comercialización, es el sitio donde se había originado y propagado el virus.

Sí, Wuhan, Wuhan, Wuhan. Duermo escuchando la potencia de esas voces que muestran la fuerza lograda en las flaquezas, el instinto de sobrevivencia. Gritos de los que solamente esperan el milagro. Plegarias en coro para ser escuchadas más allá de las paredes de su confinamiento. Sonidos dirigidos a una presencia sobrenatural que ayude a parar todo esto que no tiene una explicación.

Voces humanas que se escuchan más humanas que nunca, solas a pesar del esfuerzo coral, vocablos pronunciados en el pánico con la sola certidumbre de la fragilidad humana: “Wuhan, mantente fuerte”.

25 marzo

Por si las dudas, preparo de manera apresurada mis clases en línea y otras tareas domésticas encaminadas a instalar mi oficina en casa. Los preparativos son extenuantes, comprar los enseres de primera necesidad para varias semanas de aislamiento, la ansiedad, la incertidumbre y la escasez de los productos de limpieza y desinfectantes, provocan agitación familiar. Habrá que instituir estrictos hábitos de limpieza.

⁸ Doctora en Literatura. Centro de Investigación y Docencia en Humanidades del Estado de Morelos (CIDHEM).

Cuernavaca, Morelos.

Profesora investigadora tiempo completo de la Facultad de Filosofía y Letras y de la Maestría en Humanidades de la Universidad Autónoma de Guerrero.

gelitamanzano@gmail.com / gelamanzano@hotmail.com

26 marzo

Las noticias en las redes llegan una tras otra, unas más catastróficas que otras, las autoridades sanitarias recomiendan higiene corporal, lavado escrupuloso de manos y el cubre bocas. Se requiere mucho jabón y otros artículos de limpieza. Se han agotado los cubre bocas, el papel de baño, los desinfectantes, el alcohol, entre otros productos. Se habla ya de una inminente escasez también en la comida, comprar latas recomiendan los amigos. El pánico muestra su rostro más cruel.

27 de marzo

Hoy empiezo a sentir una verdadera inquietud, desasosiego, incertidumbre, miedo. Miedo: antesala del pánico. Abro mi correo. Leo mensajes de amigos que estudian o viven en el extranjero. Desde España me llegan *WhatsApp* de mi amigo Ángel:

“Poca broma, acá en España estamos en la quinta etapa, o tal vez ya entramos a la sexta por no haber tomado a tiempo la uno y la dos y no respetar la tres. Tenemos 9 357 personas dadas de alta en España. ¡Vamos, ánimo, resistiremos! ¡Saldremos con más fortaleza! El número de curados con Covid-19 en España asciende a 517 desde la primera alta el 14 de febrero en la Gomera.”

Sigo revisando mi Facebook con la angustia en los ojos, tropiezo con un mensaje de Jorge que estudia en Nuevo México:

“Hoy me iba a regresar a México, pero en Volaris me cancelaron mi vuelo. Angustiado por irme lo antes posible. No hay vuelos hasta el lunes. Los supermercados se están vaciando. Muerto de pánico porque está muy cara la comida y no podemos comprar mucho, están cerrados los súper mercados.

Afortunadamente tenemos el dinero para comprar, pero no tenemos muchas opciones dónde comprar. Así que estamos yendo a Phoenix y hacemos colas en *Costco* de 3 o 5 horas para comprar. California y Arizona son los más castigados. Tengo compañeros italianos que están sufriendo racismo, a uno le escupieron en la cara en la fila de *Costco*, han apedreado restaurantes italianos y chinos. Aquí andan bien locos, en El Paso, me dijo un amigo que hay toque de queda.”

28 marzo

Extraño el mar
me alumbría su presencia
para adentrarme
a mi océano infinito.

30 de marzo

*¿Oh tinieblas, tinieblas, tinieblas,
Entre la hoguera del medio día.
Eclipse total, irrecuperablemente oscuro
Sin esperanza alguna de la luz del día.
(John Milton 1608-1674).*

Aparto la lectura, para sentir el pánico. Nos acercamos al “peor de los escenarios” como anuncian las autoridades sanitarias. Amigos que magnifican, otros que minimizan, otros más que sufren ya los ataques de ansiedad.

Regreso a los deberes domésticos: limpieza profunda de casa, estrategias de hábitos higiénicos extraordinarios, compras en el súper para preparar el cautiverio en familia. Claro, una cosa es encerrarse sola y mi alma, y otra cosa es compartir con cuatro cuerpos que tienen hábitos diferentes. Sigo escribiendo, leyendo, revisando agenda y correos, trabajando. ¿Cómo conseguir armonizar mi trabajo académico extenuante con el olor a sopa de fideo en la cocina?

2 abril

Más incertidumbre después de escuchar el noticiero y revisar los textos del *Facebook*. He decidido dosificar las noticias, si no, entraremos en una histeria colectiva. Busco respuestas a tantas incógnitas. Leer me calma los pensamientos. Lo bueno es que empiezan las vacaciones que serán excepcionales sin salir de casa. Replantear el descanso en el mismo espacio doméstico: regresar a los juegos de mesa, a las lecturas lúdicas, a las películas con palomitas.

5 abril

Es el cumpleaños de mi hija Ana. Compraremos en línea un pastel de chocolate y lo traerán a casa. Cocinaremos carne asada en el jardín. Estamos juntos y estamos bien.

7 abril

Aunque hay algunas gestiones pendientes del banco, me decido por la banca móvil, ya habrá tiempo después para aclaraciones. ¡Con tantos pendientes y no poder salir! Es mejor calmarse.

14 abril

No hemos regresado de vacaciones, ya nos están citando para cursos virtuales de capacitación previos al inicio de clases. Tres días intensivos de capacitación. Estrés. Y mucha paciencia para acostumbrarnos a los nuevos tiempos.

24 abril

Nada interesante que contar: cursos intensivos, reuniones, incertidumbre. Es un nuevo virus -dicen. Y no saben cómo se comportará, así que se seguirá observando su comportamiento en los días siguientes. No hay fecha exacta del regreso a las actividades laborales. Todo es incierto.

30 abril

El ritual cotidiano tiene otro ritmo, prepararse para salir con cubre bocas, guantes, lentes protectores, ropa que cubra a pesar del calor. No hablar con nadie, pararse a un metro y medio de distancia. Tener miedo del otro. Mirarnos con recelo unos a otros. Con ganas de regresar corriendo a casa y encerrarnos. Las calles se vuelven más inseguras que nunca. Los ojos de los otros sobresalen del cubre bocas con las mismas interrogantes. Mientras, cuido que la vecina en el super guarde su distancia y se me acerque lo menos posible.

03 mayo

Otro ritual al llegar a casa, quitarse la ropa de calle, bañarnos, desinfectar las frutas, verduras, panes, jugos, jabones y cartones de leche. Es una monserga. Me pone nerviosa la capacidad de propagación del bicho, de que pueda adquirirlo con sólo tocar la puerta de la tienda o pagar en caja. No sé si podremos vivir así mucho tiempo, me siento con delirio de persecución, o más bien delirio de infección.

10 de mayo

Día de la madre en tiempos de coronavirus. Mis hijos cantaron las mañanitas y cocinaron para mí. Estamos juntos -dije-, eso es lo que importa. Salimos al jardín a tomar una copa de vino.

14 mayo

La ansiedad nos saca de control. No es aburrimiento, es sentirse amenazado por todo lo externo, miedo a respirar sin infectarnos, miedo al calor humano, a la cercanía del otro. La necesidad de esconderse, protegerse. Miedo al contagio, a la muerte.

17 mayo

Las noches comienzan a parecer largas como pasillos húmedos. Los sueños dan frío. Hay cansancio emocional, perturbador, constante. Busco técnicas de meditación, organizo mis horas de natación, mis paseos circulares por el jardín. Me saturan las recomendaciones por el Facebook. Todos me invitan a eventos para que no me aburra, pero esto no es aburrimiento, es otra cosa. Angustia, diría yo.

23 mayo

Los días pasan sin planes, apresurados, planos, igual al día anterior. La casa explota en pasos. Vivir con luz eléctrica todo el tiempo. Horas interminables de pantallas, clases en línea, reuniones virtuales, correos electrónicos, WhatsApp, mensajes de voz. Sin embargo, nada llena la presencia humana, el abrazo amplio, la posibilidad de reposar la cabeza en el hombro del otro o tronar un beso en la mejilla amiga. Esto exige paciencia de monje, sobriedad de asceta.

28 mayo

A veces sigo sonriendo y diciendo que no pasa nada, que pasará pronto y volveremos a como era antes. Yo sé que no, ya nada volverá a ser como antes. Tendremos que reinventarnos para sobrevivir en esta histeria colectiva. Un malestar extraño me llega con los días.

1 junio

Iremos a trabajar sin accesorios, con cubre bocas, con filtros de seguridad. ¿Dónde quedará mi lápiz labial y mi polvo de arroz? Aprenderé a reconocer al otro por su expresión de los ojos. Hablaremos con la mirada. Espero que no usen mucho maquillaje. Seguramente la moda cambiará, los hábitos de limpieza serán tan escrupulosos que borrarán nuestras huellas digitales. Guardaré como recuerdo mis aretes de tehuana por largos y brillosos. Recogeré mi pelo dentro de una gorra oscura y con cara lavada.

7 junio

Hoy lloro por los muertos que no pudieron despedirse de sus familiares. Los que supieron morir solos en un cuarto de hospital. Los que se ahogaron vacíos en la más pura desesperación. Los que no pudieron elevar una oración por la falta de aire en sus pulmones.

Todos aquellos que no alcanzaron a ser ungidos con los óleos sagrados, los que no vieron la luz del cirio que alumbrara su retorno, los que no oyeron las letanías de los labios amados, los que no olieron las flores blancas sobre su cuerpo tendido, los que les faltó el llanto de despedida. Los que se fueron solos.

Seguramente escucharon el frío redoble de las botas militares que envolvieron su cuerpo en plástico transparente y bien sellado. Sin posibilidad de despedidas. El horno crematorio espera ansioso su cuerpo con virus. Las llamas quemarán todo rastro de infección y apenas habrá tiempo de escribir su nombre alimentando la estadística.

Preocupaciones sobre el cuidado de los hijos durante la pandemia

Guadalupe Isabel Ceballos Álvarez⁹

Si alguien me hubiera dicho, allá por marzo, que esta pandemia duraría hasta el día de hoy, me le hubiera quedando viendo y por mis adentros pensaría “si, ¡cómo no!”. Aún recuerdo perfectamente el día en que se declaró la cuarentena, aquel 17 de marzo del apocalíptico año 2020. Recuerdo, también, que una ilusa Isabel acudió a un supermercado para surtirse de lo que se pudiera ocupar en los venideros 40 días. ¡Ja! Ya ni siquiera recuerdo los mandados que he hecho en todo este tiempo.

Los primeros dos o tres meses me resultaron geniales para estar en casa; no extrañaba para nada la vida que llevaba, siempre corriendo, siempre a las prisas; por fin tenía tiempo para estar en casa, era como un deseo hecho realidad; me sentía feliz, pues pude realizar quehaceres que antes tenían que esperar un receso vacacional; así que esos primeros meses los dediqué tranquilamente a hacer limpieza profunda de ciertos espacios a los que hacía falta “hacerles un cariñito”.

Al mismo tiempo, al ser esta situación nueva, no sólo para México, sino para el mundo, la Universidad en la que laboro fue muy flexible en la forma en la que nosotros, los docentes, impartimos nuestra clase, en cuanto a plataformas o medios digitales, las cuales, por cierto, poco (si no es que nunca) había usado.

Por el lado escolar, el colegio de mis hijos (dos varones de 9 y 6 años en ese tiempo, ahora de 10 y 7) implementó su estrategia, oportunamente, de clases a distancia, la cual redujo a dos horas diarias (de un total de seis y media horas presenciales) para el mayor, quien cursaba el tercer grado; y, para el menor, quien cursaba preprimaria. La estrategia ocupó la mayor parte de mis mañanas y la mayor parte de mi tiempo, pues consistió en mostrarle videos grabados por sus maestras para poder realizar las actividades, mismas que tenían que mandarse como evidencia todos los viernes. Fue justo en este momento cuando comencé a preocuparme y a darme cuenta de que la cuarentena no iba a acabar antes de que el ciclo escolar terminara, ni siquiera durante el ciclo que estaba por comenzar. Y ahora sí... “nadie sabe lo que tiene hasta que lo ve perdido”.

Cursilería, quizá, pero me sentí profundamente triste cuando llegamos a junio y tuvimos que presenciar virtualmente la graduación de preescolar de mi hijo menor. Debo confesar que se me salieron las lágrimas, porque no era justo para él ni para ningún niño vivir lo que estaban viviendo. Y aquí es donde se me presenta la mayor preocupación de todas, la que está por encima de mi producción académica, la que está por encima de cualquiera de mis prioridades personales y laborales: mis hijos... y sus cuidados. No obstante, el sentido de la responsabilidad sigue presente tanto en mis asuntos académicos como en los de mis hijos (aunque creo que ambos, a este punto, han cedido bastante).

⁹ Doctora en Ciencias Sociales. El Colegio de la Frontera Norte.
Profesora-Investigadora en la Universidad Autónoma de Tamaulipas.
gica_79@hotmail.com

Así que para el periodo 2020-3 (agosto-diciembre), en la Universidad se comenzaría ya con una plataforma digital que sería utilizada para brindar las clases. Para ello, se llevaron a cabo semanas de capacitación en las que me sentí abrumada; por un lado, por la presión que implicaba lograr comprender tanta información, de la que dependía el éxito para la impartición de mi materia; y, por la otra, el tiempo que dedicaba para apoyar a mis hijos en sus tareas. Y es que las actividades del cuidado y organización del tiempo de los hijos sigue siendo asunto de la mamá.

La mamá se preocupa, se ocupa y se interesa porque tengan sus tareas hechas, porque se bañen, porque recojan sus cosas, porque no anden descalzos, porque no se peleen, porque se laven los dientes, porque no se duerman tarde...; pareciera que, al papá, estos asuntos no le son de relevancia, así que, si se hacen o no, pues no pasa nada. A veces quisiera hacer “oídos sordos” a este par de vocecillas que no paran de buscarme en todo el día, como si sólo yo existiera. Entonces, casi, casi como la Antorcha Humana exclamaba las palabras famosas de “¡llamas, a mí!”, pues bueno, en mi caso es “¡culpa, ven a mí!”.

Particularmente, mi familia se ha tomado en serio la cuarentena, aunado a que tenemos la fortuna de trabajar desde casa, por ende, es de esperarse que mis hijos se hayan visto limitados no solamente a no convivir con sus pares dado el cierre de las escuelas, sino a acabar con su vida social, que si bien, no era de clases extracurriculares diarias, fiestas cada fin de semana, ni visitas a casa de sus amigos, sí tenían clases de natación durante los meses de verano, alguna que otra piñata, fines de semana de catecismo, misa y visitas a los abuelos, entre otras de ocio. De tal suerte que nos ha tocado “entretenér” a los niños para que no lleguen a sentir esta ausencia.

Cuando llegaron las vacaciones de verano me sentí preocupada de nueva cuenta pues no sabía qué iba a hacer con los niños seis semanas completamente encerrados. Así que tuve que pensar en un plan para que no “perdieran el hilo” de la escuela, que se había visto abruptamente modificada. En ese momento, me sentía aún muy comprometida con la educación de los niños; así que mi esposo y yo pagamos un sitio en internet que proporciona material, destinado especialmente para docentes, o para madres desesperadas, como yo. De esta manera, organicé un campamento de verano y comencé a ser la maestra de mis hijos un par de horas por la mañana, lo cual suena muy bien si dejamos de lado la resistencia de su parte para tales actividades. Y es que ¡son vacaciones! ¿Qué niño quiere seguir estudiando en vacaciones? Seguramente los habrá, pero no los míos.

Por otro lado, me sentía preocupada por lo que deberían hacer por la tarde y no dejarle a la televisión esa tarea. Así que compramos una alberca de buen tamaño para que salieran al menos a patalear. Cabe decir que también en esta actividad obtuve resistencia, aunado a los pleitos entre hermanos, que son el pan de cada día. Sin embargo, seguía faltando algo para que estuvieran más o menos cubiertos los ámbitos en los que se venían desarrollando mis hijos, y me refiero a la socialización con sus pares. En este punto, mis hijos no tenían comunicación con sus amigos, así que tuve que ceder a un asunto del cual había sido firme: el uso de videojuegos en línea. No me arrepiento, y cuando estoy a punto de hacerlo, sólo basta con escucharlos reír, enojarse, contentarse y se me pasa.

Para este tiempo, mi compromiso en la Universidad estaba cumplido y me limité a dar asesorías a un par de tesistas. Sin embargo, los casos de Covid-19 cada vez eran más cercanos. En mi caso, aunque sé que no es exclusivo, prefería “protegerme” pensando que quien se contagiaba y la pasaba muy mal

era alguien que seguramente tenía otros problemas graves de salud; pero esta protección se derrumbó cuando esos casos comenzaban a ser conocidos nuestros que se encontraban sanos al momento del contagio. Así que, de nueva cuenta me preocupé.

Terminó el receso de verano y los niños entraron a cuarto y primer grado. ¡Dios mío! ¿Cuándo comprenderá la escuela que la educación en línea no puede ser igual a la tradicional? Bueno, quizás lo entienda, pero es tanta la presión de algunos padres de familia que exigen las mismas horas, como si se estuviera físicamente en la escuela, sin pensar en tantos factores que pueden afectar el proceso de enseñanza-aprendizaje. De entrada, mantener, por poco más de cuatro horas, a un niño de seis años sentado y prestando atención.

Para la organización del espacio, mi hijo mayor ocupaba mi oficina y el menor una recámara de la casa (a la que previamente tuve que darle “ese cariñito” y prepararla especialmente para convertirla en su aula de clase); así que hubo ocasiones en las que anduve de nómada en mi propia casa buscando un lugar en dónde pudiera brindar mi clase sin la menor de las interrupciones. Hubo ocasiones en las que las di sentada en el piso, por lo que tuvimos que remodelar el cuarto de los niños para que mi hijo mayor tomara sus clases y yo volviera a mi espacio.

Lamentablemente, el grado escolar que durante esta pandemia le tocó al menor de mis hijos, sí requiere de mi tiempo como apoyo al docente. Al mayor le dejé casi completa la responsabilidad de sus cosas, pues a pesar de que no necesita de mi ayuda para las tareas, sí tengo que estar tras él para saber si las hizo. Les confieso que no soy ni la sombra de lo que fui de exigente con ellos cuando todo esto comenzó. Culpa, quizás. Pero no puedo exigirles perfectas calificaciones cuando todo lo que hay fuera de su casa es pura desolación e incertidumbre; cuando no puedo darles una respuesta de cuándo acabará todo esto.

En cuanto mi trabajo, debo decir que no doy lo que debiera dar; comienzo a hacer mis cosas una vez que ellos se han dormido y la mayoría de las veces tengo ganas de hacer todo menos sentarme frente a la computadora; pero como les mencioné previamente, la responsabilidad aún está, en menor medida, pero está. Y digo abiertamente *en menor medida* porque, hoy por hoy, me siento cansada, desganada, angustiada, que siento que no puedo avanzar; este sentimiento de preocupación sigue conmigo, no se va, no quiere irse. Me preocupan mis hijos. Me preocupa que comience a verse en ellos algún síntoma de este encierro. Me preocupa que pase mucho tiempo antes de llevar la vida que llevaba, esa vida a la que me pareció perfecto darle un descanso cuando dio inicio la cuarentena, y que ahora añoro con todas mis fuerzas. Sin embargo, sé que nada es para siempre y mi fe me mantiene de pie...

Balance de la pandemia por COVID 19: crónica de una investigadora y madre

Cecilia Vallejos Parás¹⁰

Nunca olvidaré aquellos correos electrónicos que poco a poco comenzaron a llegar en intervalos muy cortos de tiempo. Todos y cada uno anuncianan a detalle la misma información: las instalaciones escolares cerraban sus puertas para atender a las medidas preventivas que el gobierno mexicano había dictado a consecuencia de la pandemia por COVID-19. Tanto la escuela de mi hija como la de mi hijo, así como los directivos de la institución donde laboro, clamaban el mismo mensaje: no se retornaría a las aulas hasta nuevo aviso.

Fue un lunes 16 de marzo de 2020. Era día feriado debido a la conmemoración del natalicio de don Benito Juárez, héroe de nuestra nación. Mi familia y yo, junto con varios primos y sobrinos, estuvimos pasando el fin de semana en un rancho ubicado en la sierra hidalguense. Recuerdo que, en la sobremesa del desayuno de ese día, discutimos sobre lo que pasaría. Sobre cuánto duraría el encierro. Algunos aventurados afirmaban que no sería más que lo que había durado la reclusión por la influenza H1N1, al exclamar que era un virus que la ciencia fácilmente podría controlar. Otros tantos veían venir una catástrofe mundial.

Bueno, a diez meses de haberse declarado emergencia internacional, creo que no estaban tan errados. Recuerdo haberme preocupado, aunque en esos momentos conservé la esperanza de que la situación no pasaría a mayores y que pronto estaríamos de vuelta en nuestra vida “normal”. Sin duda alguna, no sabía a lo que nos enfrentaríamos en los meses siguientes. Creo que nadie tenía conocimiento, quizás, ni los propios expertos en el tema.

Así fue cómo empezó una nueva forma de vida para mí y para mi familia. Rápidamente y con ánimos de demostrar que –como buenos adultos– podíamos sacar adelante la contrariedad del COVID-19, mi esposo y yo adecuamos nuestro hogar para que nuestros hijos pudieran tomar clases a distancia y para que tanto él como yo pudiéramos continuar con nuestros trabajos y así responder, de manera apropiada, a las demandas del momento.

Soy esposa, madre, maestra e investigadora, y durante esta pandemia he seguido con los mismos cargos, con la única diferencia de que ahora debo ser docente de mis hijos y mayormente más creativa para resolver los problemas del diario de mejor forma y en menor tiempo.

En este espacio narraré parte de lo que ha sido para mí vivir la primera pandemia de este siglo, desde la visión de quien comparte el amor a la familia; pero también la pasión por las ciencias sociales, la educación y la docencia.

¹⁰ Doctora en Ciencias Sociales con Especialidad en Educación. Universidad Autónoma Metropolitana, campus Xochimilco. Docente adscrita a la Facultad Mexicana de Arquitectura, Comunicación y Diseño de la Universidad La Salle, México. ceciliavallejos@lasallistas.org.mx

A unas semanas de haber iniciado “el encierro”, comencé a vivir un agotamiento hondo, tanto en lo físico como en lo psicológico. Empecé por tener insomnio durante un periodo largo, producido en su mayoría por pensamientos negativos, que giraban en torno a la enfermedad e incluso a la muerte. Me sofocaba de sobremanera pensar qué pasaría con mi familia si llegara a ocurrir algo conmigo o con mi esposo. Fueron semanas enteras de dormir dos o tres horas en promedio al día. Ello aunado al cansancio propio de las labores del hogar y al estrés provocado por guardar la sana distancia con las otras personas, y por desinfectar todo a nuestro alrededor.

Estoy convencida de que lo que me salvó en los días donde mi mente sólo me permitía ver lo negro de la situación fue mi trabajo académico. Las múltiples horas de clase y el esfuerzo que conlleva virar y migrar hacia el mundo virtual, me ayudaron a librarme de los contratiempos. Asimismo, las conversaciones con mis estudiantes, así como el deber de darles ánimos en los momentos de fragilidad, me motivaron para continuar. Al principio no fue fácil: tuve que ser más disciplinada conmigo misma, tener rutinas bien establecidas con mis hijos y con las labores del hogar, y establecer una excelente comunicación con mi esposo. En varias ocasiones me derrumbé con él y le compartí mis miedos y desasosiegos, pero, sobre todo, mis penas y cansancios.

No obstante, lo que creo que fue lo más difícil de sobrellevar en los primeros meses del encierro, fue la añoranza por el pasado, porque las cosas volvían a mi supuesta “normalidad”, donde estaban solucionadas y tenían ya sus propios caminos y formas.

Posteriormente, y con un mayor conocimiento de lo que era la enfermedad del COVID-19 y de sus formas de contagio, pude relajarme un poco. Además, hice un arduo trabajo interno para aceptar la “nueva realidad”, en el que mis creencias e ideales fueron mi mejor motor para salir adelante.

Así pues, me reencontré con múltiples cosas que hace años no hacía. Cuestiones tan sencillas como hornear un pastel, decorar galletas navideñas, coser y enmendar artículos de la casa, así como armar rompecabezas, leer cuentos en voz alta y escribir anécdotas. El recobrar estas cualidades y transmitirlas a mis hijos hizo darme cuenta de que no todo era oscuro en la pandemia. De igual manera, comencé a jugar con mayor frecuencia con mis niños. Y con esto me refiero a entretenerte en algo con alegría y diversión. En múltiples ocasiones regresé a mi niñez. Me aventuré por los juegos de mesa, por brincar la cuerda y, entre otras cosas, por subirme a una patineta y –por supuesto– darme un buen garrotazo. También decidí arriesgarme y salir a transitarse por el bosque, hice largas caminatas por las calles de la ciudad y hasta fui a andar en bicicleta en familia a Ciudad Universitaria.

A diferencia de los momentos pesimistas que ocuparon parte de mi ser en diversas etapas de la pandemia, en el campo profesional trascendió en mí un ímpetu por acercarme a las nuevas tecnologías y por aprender la mayor cantidad de herramientas virtuales que pudieran servir como base para impartir mis clases. Y esto no fue difícil gracias a que la institución donde laboro –mi querida Universidad La Salle- otorgó una serie de cursos para capacitar a su personal docente en el uso de las plataformas institucionales. En poco tiempo tenía ya varias certificaciones en el uso de los recursos digitales. Además, había transformado la mayor parte de mis contenidos a formatos interactivos para volver mis asignaturas menos teóricas y más prácticas, y así motivar a mis estudiantes a seguir estudiando y a no desertar.

En el plano de la investigación, me parece que el año 2020 ha sido el más productivo de mi recién etapa como investigadora. Gracias “al encierro” y a que ya no tuve que conseguir recursos para transportarme, ni tener que organizar la logística de cómo y dónde encargar a mis hijos, pude participar en diversos congresos internacionales y tuve la oportunidad de ser moderadora de varias mesas de expertos impartidas en diversos idiomas; redacté varios artículos académicos y, por primera vez, efectué un estudio exploratorio transdisciplinario junto con otra gran amiga, también investigadora y madre, del área de la Medicina, sobre la experiencia docente a nivel superior en las asignaturas teórico-prácticas. Esto gracias a la facilidad de contactar a colegas maestros por medio de las redes sociales y de las TIC’s.

Tal vez algunas personas piensen que mi producción académica fue poco basta, pero estos pequeños logros para mí, en una familia donde mi lugar como madre es fundamental para que este barco no se hunda, me han seguido impulsando para no abdicar y me han hecho mirar a la pandemia de otra forma. Si bien tal vez los caminos hubieran sido distintos de no existir la COVID-19, me parece que, al lado de mi familia, he decidido recorrer las veredas más verdes y abundantes.

Por tanto, a diez meses de la pandemia, mi evaluación personal y académica la veo como un tanto provechosa: he seguido siendo esposa, madre, maestra e investigadora, con más trabajo académico, con mayores proyectos personales y profesionales; y, sobre todo, con el ánimo de saber que, pese a las circunstancias, puedo seguir trabajando e investigando, con el único propósito de aportar algo bueno a mi querido país y ser un buen ejemplo para mis hijos. Espero que pronto termine esta complicada experiencia y giremos hacia una realidad distinta, sin tener que calificarla como nueva o vieja, donde seamos más investigadoras y madres trabajando por el bien común.

Mi experiencia durante la pandemia provocada por SARS CoV-2

Barbara Beatriz Mogel Rodríguez¹¹

Un nuevo virus surge en China y la noticia se comienza a extender por el mundo, para mí una noticia que a finales del 2019 aún no cobra tanta relevancia. Leo lo que se plantea y lo que colegas van comentando, artículos que comienzan a publicarse sobre el nuevo virus.

De repente llega a Europa y pienso que quizás nos tocarán unos días de confinamiento, he estado muy cansada desde hace mucho tiempo, las finanzas son un tema importante porque dejé de percibir mi estímulo del SNI, porque me pagan la beca posdoctoral con fondos del extranjero, así que no tengo adscripción, aunque siga trabajando dentro de una institución, por lo que a inicios del 2020, decidí dar clases en una universidad privada y apoyar en el área de investigación para poder tener una adscripción y continúo con mi estancia posdoctoral, más los artículos que vengo arrastrando y urgentes terminar, es decir, el trabajo va en aumento.

Así comienza el 2020, me siento agotada con una nena de 4 años que le apasiona aprender, los deportes y su familia; y otra beba de 1.5 años con quien siento una culpa grande por haberla dejado en la guardería desde los 2 meses, siento que nos hace falta tiempo juntas, pero es una bebé feliz que siempre sonríe y nos sorprende por sus frases elaboradas a tan corta edad. Así nos vamos acompañando con mi esposo en el corre, corre del día a día, distribuyéndonos las labores del hogar, el cuidado de las niñas y el trabajo. Así, el 16 de marzo nos mandan a casa y nos piden quedarnos en cuarentena hasta nuevo aviso, las clases comienzan en línea para todos. Estamos tan confiados que será pasajero, que ni siquiera tenemos un lugar cómodo para trabajar, nos acomodamos en la habitación de las niñas en un escritorio pequeño, mientras nos vamos turnando para dar clases y hacer tareas en línea.

Durante este tiempo de encierro con miedo a salir, las noticias llegan cada vez peor, mucha gente muriendo en mi país (Guatemala), experimento la angustia y el estrés de que mi familia se contagie, mis papás son personas de alto riesgo, mi abuelita tiene 102 años, por lo que mi papá decide un aislamiento casi total, sólo la señora que les ayuda lleva comida y entra a la casa a ayudarlos. El pánico sobre llevado nos va acompañando y en eso la noticia más dura, mi hermano tiene síntomas y yo estoy casi segura que es coronavirus, le pido que se haga el examen y sale positivo. Mi cuñada muy asustada, es una situación muy fuerte para ellos, se aíslan y mi hermano queda aislado por completo en su habitación, los niños de 10 y 5 años le hacen tarjetitas y se las dejan por debajo de la puerta y yo siguiendo todo en la lejanía, tratando de ser fuerte, investigando todo lo que puedo y apoyando a todos, tratando de estar presente en la distancia. Mi mamá está muy preocupada y sola, ella siempre es muy positiva y fuerte, pero esta vez la siento bastante preocupada y asustada, mi hermana se fue a vivir a USA con su novio en febrero, así que para todos fueron muchos cambios. Pero hay que trabajar, hay que seguir adelante y, sobre todo, estar bien porque tenemos niñas pequeñas y muchos compromisos de trabajo.

¹¹ Posdoctorado en Laboratorio Internacional de Investigación, Universidad Nacional Autónoma de México
bbmoguel@gmail.com

Debido a esta sensación de no estar colaborando en nada respecto al nuevo virus y siendo un área en la que podría apoyar y en mi país donde no veo que se estén generando datos. Hablamos varios investigadores guatemaltecos con la intención de presentar varios proyectos COVID-19 y obtener fondos para investigación. Decidimos que dos proyectos se presentarían con líderes guatemaltecos viviendo en el país. Sometimos los proyectos y obtuvimos un premio por el mejor proyecto de investigación sobre COVID-19. El punto crucial fue que ganar el premio no incluía financiamiento, únicamente una serie de cursos para poder aprender a vender y obtener fondos para continuar con el proyecto. Fue muy agotador, nos teníamos que reunir para trabajar en el proyecto, recibir cursos, mensajes en *WhatsApp* todo el día y el proyecto no se veía avanzar. Me sentía muy desmotivada, abrumada, dando dos cursos, escribiendo muchos artículos, haciendo análisis y ayudando a mis niñas con las clases en línea. Sentía que quedaba mal con todos, no avanzaba en nada y mi cabeza estaba totalmente nublada. Todos me decían qué hacer, cada vez asumía más responsabilidades y no salía de ninguna.

Finalmente, enviamos a publicar uno de mis artículos que venía arrastrando y lo rechazaron de dos revistas, las sugerencias fueron hacer nuevos experimentos, los cuales son imposibles en estos tiempos de pandemia. La verdad, lo agradecí, porque sentía que no podía más y decidimos aplazar un poco el artículo, aunque tengo la responsabilidad de reestructurarlo. Finalmente, enviamos el otro artículo, el más importante en este momento, y nos mandaron correcciones mayores. Me sentí entre feliz y triste al ver todas las correcciones que tenía que hacer y una exjefa nada comprensiva. Me ha tocado corregir todo el manuscrito prácticamente sola, con algunos matices de ayuda de algunos de los coautores, pero la responsabilidad y mayor carga de trabajo es mía, la asumí, pero me siento súper lenta, no avanza y me exigen todo el tiempo.

A partir del mes de julio decidí preparar una habitación para oficina y tener un lugar para trabajar y tener comodidad, no podía más. Nos funcionó muy bien y nos pudimos acomodar mejor. Los horarios de mi esposo eran terribles, se la pasa dando clases todos los días, toda la mañana y parte de la tarde. Comenzó a tener pacientes por las tardes y yo cada vez me sentía más agotada.

Mis pobres niñas tenían que aguantar mi mal humor, mi agotamiento y ansiedad, pero de verdad son maravillosas con días buenos y días no tan buenos, la mayor aprendió a leer, a tocar piano y se pone metas que va cumpliendo. Me sorprende su resiliencia y su capacidad, es como si hubiera madurado muchísimo. La chiquita está más pegada a mí, tiene *mamitis* aguda y eso no me deja trabajar en el día, pero también es sorprendente, dejó el pañal al año 10 meses porque lo decidió. Trato de dedicarles tiempo, así que decido que las mañanas son de ellas, en las tardes preparo clases y doy mis cursos martes, jueves y viernes. Pero las noches son para trabajar en todo lo demás. Así que voy dedicando días para avanzar con los diferentes pendientes y no descuidar o tratar de no descuidar nada, aunque estoy atrasada en todo.

Mi cuerpo no puede más y comienzo con presión alta, la cual nunca había padecido, por lo que tengo que disminuir un poco los desvelos. Siento cómo mi cuerpo ya no aguanta, mis ojos cansados y, sobre todo, me veo al espejo y no me gusto. Estoy escribiendo esto y siento cómo me voy poniendo tensa. Ese sentimiento de agotamiento, estrés y frustración aún lo experimento. Pero retomando mi narración en el momento en que la dejé, continúo.

Como había mencionado el proyecto de secuenciación SARS Cov-2 fue premiado, pero sin recibir financiamiento, yo me alejé un poco del proceso administrativo, ya que era demasiado papeleo y burocracia, que en muchos puntos no comprendía y ya me sentía bastante desgastada, así que hubo roces con la investigadora principal, ya que no sentía apoyo del resto del grupo. Sin embargo, siempre estuve, respondí todos sus mensajes, siempre, a la hora que fuera y sobre todo leerla y escucharla en todos los sentimientos que tenía de frustración.

Así que caí en depresión terrible, quería dejar el proyecto, pero me sentía responsable de continuarlo y no dejar al equipo que formamos, era cierre de puertas por todas partes, el gobierno muy hermético con las muestras y muchas reuniones sin frutos. Finalmente, el rector de la Universidad Nacional nos apoyó y nos dieron financiamiento, muy limitado, pero alcanzó para hacer la secuenciación y poder entregar el informe final el 15 de diciembre. Fueron semanas de trabajo extra, entre mis análisis para mi artículo que también tenía fecha límite el 15 de diciembre, cabe mencionar que todo este proyecto fue *ad honorem*, no había dinero para pagar a los investigadores.

Los resultados quedaron muy bonitos, pero falta la publicación. Entregamos el informe final, sentí un alivio tan grande, así que me puse a revisar de nuevo todos mis pendientes: el artículo que traigo arrastrando y “urge”, una revisión que estamos escribiendo con mi jefa y he avanzado mínimo, de un tema muy nuevo para mí, del cual tengo que leer bastante, y es mi trabajo directo, así es prioritario, otro artículo de divulgación también de mi trabajo actual y otros artículos de colaboraciones que tengo y otros pendientes.

En cuanto a mi artículo en el cual estaba trabajando en las correcciones de los revisores, tuve que escribir a la revista para pedir que me aplazaran la fecha límite porque aún me faltaba demasiado y no calculaba terminar. Los coautores fueron muy claros de que en cuanto tuviera todo listo lo revisarían, así que ha sido bastante trabajo a un paso muy lento. Una de las coautoras ha estado pendiente de reunirnos y ayudarme a editar las figuras, y otro de los coautores más jóvenes me ha ayudado cuando le pido algún detalle extra, lo cual me ofrece la sensación de no estar tan sola.

Durante esta pandemia también decidí buscar un trabajo más estable, ya que actualmente estoy realizando mi segunda estancia posdoctoral y llevo ya el equivalente a otro doctorado en tiempo. Así que apliqué a una plaza para jóvenes investigadores, la cual tiene como requisito la edad máxima de 39 años para mujeres y, por supuesto, ya la superé. Decidí intentarlo a pesar de esta limitante, para darme a conocer y a lo mejor mi perfil les podría llamar la atención y colaborar de alguna manera, lo vi como una oportunidad, pero fue desgastante el proceso de tener todos los papeles, escribir un proyecto atractivo y finalmente que en el instante en que ingreso mis papeles me digan: “Lo siento, pero no podemos obviar la edad, aunque tu proyecto es muy interesante”.

Lo cual me llevó a pensar que el tiempo pasa muy rápido, he dedicado toda mi vida a la academia, pero no seguí una ruta directa, entre la licenciatura y el doctorado dejé pasar varios años, ya que escribí dos proyectos de investigación de un año cada uno, para los cuales obtuve financiamiento y luego di clases en la universidad, lo cual era un ingreso bueno y seguro. El punto es que ahora por la edad no compito, además, soy mamá de dos niñas pequeñas, lo cual es complicado cuando tienes que demostrar que puedes producir a buen ritmo y la economía es un tema en nuestro hogar,

ya que queremos comprar nuestra casa y en este momento no nos es posible. Además, recibí la noticia que quedé fuera del SNI, me sentía tan cansada y desgastada que no quise apelar, pensé que mi producción no era buena, aunque presenté cinco artículos, no tengo alumnos y seguramente otros puntos en los que no alcancé lo que se requería.

En esta misma línea y con esperanzas de superación, apliqué a un posdoctorado en Alemania, muy cercano a mi proyecto de mi primera estancia posdoctoral, por lo que me entusiasmaba la idea de poder participar en un proyecto internacional, mi esposo me apoyó al 100 por ciento, buscó cómo podría integrarse en Alemania profesionalmente, se puso a estudiar el idioma y otra vez fue tiempo, dedicación y, sobre todo, preparación. En la entrevista tuve problemas con mi internet, pero fueron bastante comprensivos y finalmente pude presentar mi proyecto, quedé en segundo lugar y no por conocimientos o competencia, sino por ser extranjera y tener familia. Lo vieron muy complicado por mi movilidad a Alemania y luego al lugar de muestreo, más todo lo que implica tener hijos pequeños. La verdad fue muy frustrante quedar otra vez fuera, no por competencias, sino por condiciones sociales.

Otro punto de saturación fueron las múltiples conferencias que me ha tocado recibir e impartir, además de cursos en línea y diversas actividades. Llegué a un punto en el cual estaba lavando trastos y buscaba qué conferencia había y que pudiera escuchar, porque sentía que me estaba quedando fuera de contexto si no escuchaba todas las conferencias a las cuales me invitaban. Finalmente, impartí alrededor de 10 conferencias y tres conversatorios. Me sentía agotada, mi esposo me dijo: "No más, deja de buscar conferencias, date un descanso".

Finalmente, me di cuenta de que ya no era productiva, estaba en tantas cosas que descuidé lo principal y no quería quedar mal con mi actual jefa, por lo que decidí comenzar el año 2021 diciendo NO a muchas invitaciones. La verdad, aún me cuesta bastante, debido a que quisiera un trabajo más estable, siempre pienso que, si digo que no, no me van a conocer y voy a perder oportunidades. Sin embargo, comienzo a tener conciencia de que, dentro de todo, tengo un buen trabajo, una jefa excepcional y tengo que cuidar el ahora, este momento, y dejar de sentirme tan angustiada por el futuro, porque me desgasta y es algo que no puedo controlar.

Después de esta larga meditación, considero que, en el inicio de la pandemia, me sentía tranquila, creía que era una buena oportunidad para plantearme diversas situaciones y retomar otras, pensé que el tiempo estaría de mi lado y me sobre saturé. Ahora pienso un poco más mi situación, soy consciente de que necesito mejorar ciertas áreas en cuanto a organización, pero también en cuanto a mi autoestima. Amo este tiempo con mis hijas y mi esposo, siento que le he compensado a mi pequeña el tiempo que le debía y las veo contentas aprendiendo, aunque saben que los papás no tienen tiempo para jugar con ellas. Mi esposo hace un gran esfuerzo para salir un rato con ellas todas las tardes, para que se distraigan un poco y yo trato de dedicarles la mañana al *homeschooling* y poniendo a la pequeña a jugar con colores o bloques mientras su hermana está en clases.

Pienso que estamos aprendiendo a vivir en el encierro, con menos miedo y ansiedad, pero sin bajar la guardia. Hemos recuperado algunas actividades al aire libre sin exponernos a lugares donde haya gente. Pero, sobre todo, necesito priorizar, necesito estar consciente de que necesito tiempo de descanso y para mí, aunque sean unas horas al día y un día a la semana.

Quiero creer en mí y dejar de sentir angustia, considero que el encierro ha resaltado sentimientos con los que he luchado siempre y en los que necesito trabajar. Quiero ser optimista sobre este nuevo año, que se visualiza complicado, quiero terminar tareas que traigo arrastrando y me causan conflicto y, sobre todo, seguir adelante. Dedicar tiempo a mi familia sin estar pensando en todo lo que tengo qué hacer y sin sentir ansiedad.

Esta oportunidad para compartir un poco de lo vivido en esta pandemia me ayudó a hacer catarsis, a visualizarme y a poner los pies sobre la tierra. Quiero respetarme y valorarme, ser un buen ejemplo para mis *peques* y seguir amando mi profesión sin culparme por no tener una posición estable a mi edad, por haberme distraído en mi camino académico. Necesito demostrarme que soy buena en lo que hago y que tengo las bases para seguir adelante. Pero, sobre todo, quiero dedicarle tiempo de calidad a mi familia, respetar el tiempo con ellos y hacerlos sentir que son lo más importante de mi vida.

2020: El libro que no escribí

“Nunca hasta ahora había reflexionado lo animalescas que son las mujeres”.
Nostalgia de Troya (1970), Luisa Josefina Hernandez

Marisol Luna Chávez¹²

Para Tulio, mi murcielaguito de alas de cristal.

Los últimos años de mi carrera académica han estado marcados por dos hechos tormentosos y aparentemente imposibles de alcanzar: la conclusión del manuscrito de un libro y la comunicación verbal con mi pequeño hijo de cinco años, Tulio. Me convertí en madre a los 36 años, a una edad tardía para el promedio de la población. Recuerdo que cuando iba a las consultas con el ginecólogo, la sala de espera estaba repleta de jóvenes madres, y la pregunta de esa época era siempre la misma: ¿es su primer embarazo?

Finalmente, tras varios años de aplazamiento y de planearlo y desearlo con mucha anticipación, tuve a mi hijo y seis meses después ingresé como PTC a la UABJO, en el 2016. Mi nueva etapa de madre e investigadora revolucionó mi mundo. Me cambié de ciudad, a una donde no tenía ni amigos ni familia, ingresé a un sistema de nuevos retos y exigencias, y comencé a vivir a través de los ojos de mi pequeño, en esa etapa era apenas un bebé. Así pasaron varios años de aclimatación laboral y emocional. Mis primeros meses en Oaxaca los recuerdo de una manera hasta cierto punto confusa: me dormía muy tarde en la planeación de mis clases o en la redacción de algún artículo o libro. Con el tiempo muchas cosas cambiaron, Tulio se transformó de un bebé sonriente en un niño revolucionado e intenso. Cuando pensé que me había estabilizado, en el 2020 irrumpió la pandemia de forma sorpresiva alterando nuestras precarias rutinas y adaptaciones.

El 2020 lo había programado para concluir el manuscrito de una investigación comenzada hacia varios años atrás, mucho antes de volverme mamá. Se trata de un análisis a la revista mexicana S.nob, dirigida por el escritor mexicano Salvador Elizondo. El manuscrito original (de unas 150 cuartillas en su versión embrionaria) no me gustaba del todo, por lo que tenía la intención de comenzar a escribir desde el principio y reestructurar el orden e incluso el tono del discurso con que se enunciaba. La verdad es que yo procuraba llenarme de muchas actividades, casi frenéticamente, porque mi esposo se encargaba del niño casi por completo.

Cuando hace muchos años pensaba en la posibilidad de embarazarme había muchas cosas que me hacían ilusión de ser mamá. Verlo gatear por primera vez, hacerle su primera fiesta infantil con sus amiguitos, viajar con él a la playa, su primera vez en un avión, etc. Pero nada de esto se comparaba con la ilusión que me producía comunicarme verbalmente con él, que me preguntara cómo era el mundo y que yo pudiera explicárselo con un sinfín de metáforas.

¹² Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca
circe_lamaga@yahoo.com.mx

De esta imagen se desprendían otras, como la posibilidad de narrarle los grandes mitos del universo, comenzar a leer a los clásicos, comentar e interpretar nuestras películas favoritas. Pues nada de esto ocurrió de esa manera.

Cuando Tulio cumplió tres años comenzaron a encenderse unas pequeñas alarmas, molestas, incómodas: él no hablaba. Muy de vez en cuando soltaba alguna palabra: “dinosaurio”, “mamá”, “ayuda”; ni una frase articulada, ni una oración simple. Yo me protegí en ese momento con todos los argumentos que pude: “Todos los niños son diferentes”, “ya hablará más tarde”, “conozco el caso de fulanito que habló hasta los seis años”. Así pasaron los meses hasta que Tulio ingresó al preescolar. Muchos nos dijeron que comenzaría a soltarse y que en unos meses hablaría tan bien como otros niños. Tampoco ocurrió.

Una tarde fuimos llamados por la directora del preescolar y la maestra encargada de su grupo. Nos dijeron que Tulio tenía varias incapacidades para comunicarse con los demás y que nos pedían lo enviáramos a una terapia del lenguaje, con una persona especializada en esos casos. “Esos casos”, ambas palabras me retumbaron en el cerebro y en el alma durante meses. Recuerdo que me encaré y les pregunté si el problema de Tulio era una cuestión neurológica o sólo un problema de conducta que se resolvería con la terapia. Ellas cruzaron una mirada de terror y yo me adelanté a contestar que quizás ellas no estarían en condiciones de elaborar semejante diagnóstico.

Así comenzó nuestra doble vida. Una en la que éramos tan felices con nuestro Tulio y sólo pensábamos en la risa y en la felicidad del niño que seguía creciendo, desafiante. Otra, en la que secretamente guardábamos terrores, ansiedades y, en mi caso, una culpa devoradora. Me acordaba de todas las veces que me habían advertido de los peligros de embarazarme grande, de la prioridad que le había dado a mi carrera, de los medicamentos ingeridos en el embarazo, de que no lo había amamantado, etc. Estaba convencida de ser la responsable de las limitaciones de Tulio.

La terapeuta nos recibió y fue honesta con nosotros: había un problema. La primera prueba que intentó realizarle fue un fracaso, porque el niño se negó a participar. Así transcurrieron unos seis u ocho meses, Tulio seguía creciendo, los niños a su alrededor mostraban indicios de una rápida madurez, pero él seguía sin hablar. En ese entonces, yo continuaba cegada por un adormecimiento. Creía que todo se resolvería de una manera rápida. La verdad es que Tulio sí daba muestras de un mejor desarrollo, convivía con mayor naturalidad con otros niños, hacía las tareas, organizaba sus cosas, parecía feliz de ir a la escuela. Nosotros comenzábamos a vivir una cierta “normalidad” en ese caos de sentimientos encontrados y de falta de certezas.

En este contexto fue cuando la pandemia irrumpió y volvió a cambiar nuestras vidas. Tulio, como millones de niños en el mundo, fue separado de su entorno escolar. Nosotros, los adultos, confinados y obligados a vivir y a laborar dentro de nuestra casa con muchas limitaciones. De inmediato comenzó la otra pesadilla: la virtualidad. Clases, reuniones, conferencias, etc. De fondo, Tulio, siempre presente, inquieto, perturbadoramente feliz: la verdad disfrutaba de ver a sus padres juntos y tenerlos casi por completo para él. Los primeros meses me produjeron una crisis personal terrible: el tiempo pasaba y yo no terminaba el manuscrito, es más ni siquiera podía abrir los libros acumulados durante años para estructurar argumentalmente las hipótesis del manuscrito. Frente a eso, una realidad se imponía, la cercanía física de Tulio. A diferencia del pasado, ahora se sentaba junto a mí para verme trabajar, se subía

en la silla y me mordía los cachetes y las orejas. A veces me lamía. De esos días comencé a acumular selfies en el auto, la sala, la cama. Dormíamos tomados de la mano, a veces se quedaba dormido sobre mi o sobre su papá. Mi trabajo se veía interrumpido por un súbito ataque de besos.

Es muy posible que Túlio haya comenzado una intensa y sofisticada vida emocional antes de que aprendiera a manifestarla. Esa vitalidad sigue en su mirada y en su desarrollado cuerpo, más que los niños de su edad. Cuando pasó mi crisis de trabajo y me di cuenta que en el 2020 no iba, pero ni remotamente, a terminar el libro sobre Elizondo, me relajé profundamente. Descubrí que no importaba mucho si nunca volvía a escribir ningún libro, porque me bastaba con que llegara la noche para que Túlio recargara su cuerpo calientito y exhausto sobre el mío. Empezamos a crear nuestro propio lenguaje, nuestros juegos. Comencé a entender lo que balbuceaba, a escuchar con paciencia sus necesidades. Lo digo tal y como es: comencé a conectarme con él, pues él en su inmensa sabiduría que sobrepasa su edad y condiciones, había formado vínculos conmigo desde hace años atrás, incluso durante su formación de bebé, lo cual yo no había sido capaz de ver por estar siempre ocupada en el trabajo, atareada con cosas, trámites, exámenes, clases, etc.

En enero del 2021 recibimos un diagnóstico decepcionante, una neuróloga pediatra revisó a Túlio y tras elaborarle varias pruebas determinó que, aunque el niño tenía un problema, en realidad no sabía con exactitud como nombrar su patología. Mientras esto ocurría, él seguía acudiendo a terapia del lenguaje y avanzaba a veces, pero así como progresaba, retrocedía. Fue por febrero o marzo del 2021 cuando finalmente unos vecinos que trabajan en el Teletón de Oaxaca nos sugirieron llevarlo para que le hicieran unas pruebas. Me resistí al principio. Después de un examen de audimetría, el resultado fue claro, sí había una deficiencia en las fibras nerviosas, el diagnóstico vino crudo, implacable, como una bofetada: Trastorno del Proceso Auditivo.

Después del diagnóstico vino una gran cantidad de trabajo, muchas sesiones de terapia y la adaptación de un auxiliar auditivo. Pero Túlio es sorprendente, todo terreno, siempre adaptable. La patología que Túlio tiene no significa que sea un niño sordo, sólo tiene un problema para reconocer e identificar las palabras. Tras unos días de usar el auxiliar ya estaba acostumbrado, nunca se resistió y en unas cuantas semanas el cambio fue notorio. De no hablar nada comenzó a articular oraciones breves. Aunque no tiene aún la competencia lingüística de los niños de su edad, su lenguaje es más fluido y tiene otras habilidades que otros infantes no dominan. Es carismático y sensible, empático y dulce.

Y hubo otras cosas que deduje de mi relación con Túlio: no necesariamente te conecta a tu bebé el lenguaje verbal, te une a él una fuerza instintiva que reconoce llantos o risas entre decenas de niños, que hace identificar su aroma de bebé, que te permite limpiar caca y mocos sin asco, o conteniéndolo, que reconoce una fiebre, un cólico, una contrariedad. Encuentro naturalidad y sentido en la animalidad que refiere Luisa Josefina Hernández en el epígrafe de este texto. Encuentro felicidad en estar rota, ansiosa, exhausta, pero, sobre todo, animalesca. Esquivando los cabezazos de Túlio, haciéndome bolita si quiere jugar la “plancha” de lucha libre que le enseñó su papá, mordiendo sus piecitos, abrazándonos y entendiéndonos en el lenguaje secreto y único de las hembras y sus retoños.

*Enero de 2021
Oaxaca de Juárez, Oax.*

Apartado III

Palabras clave:

*Sistema Nacional de Investigadores,
evaluación, desasosiego económico*

La angustia por mantener el SNI

Laura Rocío González Ramírez¹³

¿En qué momento de mi vida tener una carrera como científica e investigadora se convirtió en un sueño? No fue en mi niñez. O tal vez sí. Tal vez fue cuando les regalaron a mis hermanos un juego de química y a mí no, porque eso no era para niñas. Me pareció un regalo alucinante, comparado con las banales muñecas que me rodeaban, pero fuera de mi alcance. Tal vez fue porque siempre me quedó pendiente descubrir los misterios que se escondían detrás de esos pequeños tubos de ensayo con contenidos coloridos. O tal vez fue cuando a escondidas tomé el pequeño microscopio de juguete de mis primos y me imaginé lo maravilloso queería tener uno igual. O tal vez no. Tal vez fue cuando en la preparatoria mi maestro de matemáticas me pidió que calificara los exámenes de mis compañeros porque yo era buena para eso, porque yo sí podía hacerlo. No lo sé con exactitud. De alguna manera que aún me cuesta trabajo entender, la vida llevó a esa niña que creció jugando en las playas y en la tranquilidad de la ciudad de La Paz, B.C.S., a convertirse en matemática. Y más. A estudiar, estudiar, estudiar y convertirse en investigadora.

Cuando inició la pandemia y el confinamiento entre las primeras cosas que se vinieron a mi mente fueron: ¿cómo voy a mantener mis sueños a salvo? ¿Cómo voy a terminar ese artículo? ¿Y todo lo que trabajé para llegar aquí? ¿Y los desvelos? ¿Y los años de esfuerzo? ¿Y todo lo que me costó retomar mi investigación después de que nació mi hijo? ¿Y todo lo que me costó ingresar al SNI? ¿Y el frío quemándome los ojos mientras regresaba caminando a casa cuando estudiaba mi doctorado en Boston? De repente todas esas preguntas se fueron convirtiendo en angustia. Si aún no lograba que mi hijo se lavara las manos sin pegar de gritos, ¿cómo iba a hacer todo aquello?

Realmente el camino para convertirme en investigadora había sido largo. Me había tomado muchos lugares, experiencias y gente encontrar el área de trabajo que me llenaba: Matemáticas Aplicadas a Biología. Cuando estudiaba el doctorado en Matemáticas y me enseñaron una grabación de potencial de campo local con patrones de propagación de ondas de actividad durante crisis epilépticas, y se me planteó si podría modelarlas, supe que eso era lo más interesante que se me había preguntado jamás, y también supe que podría pasar toda mi vida tratando de descifrar la respuesta. Mis pasos iniciales ya como investigadora fueron pequeños, pero independientes. Jamás sentí que tenía potencial como investigadora, pero siempre pensé que el trabajo arduo haría la diferencia. Y en eso sí era buena. Haciendo planes, haciendo rutinas de trabajo y siguiendo lo planeado. Era buena siguiendo planes y acatando horarios. Todo eso cambió desde el momento que supe que iba a ser madre: me paralizó de miedo. Y ni hablar de cuando mi hijo llegó al mundo: me cambió la vida. A partir de ese momento todo se volvió no lineal. Todo lo que yo era se convirtió en un nuevo yo, en una mamá.

¹³Ψ Doctorado en ciencias; Boston University

Profesora-investigadora en Instituto Politécnico Nacional, Unidad Profesional Interdisciplinaria de Ingeniería Campus Hidalgo (UPIIH-IPN) Departamento de Formación Básica Disciplinaria, San Agustín Tlaxiaca, Hidalgo, México.
lrgonzalezr@ipn.mx

Y las mamás no pueden hacer muchos planes con anticipación, o rutinas de trabajo o acatar horarios. Las mamás son mamás a todas horas todos los días. Las mamás siguen siendo mamás, aunque estén dando una clase, escribiendo un artículo o haciendo unos cálculos. Tal vez su cuerpo esté haciendo alguna de estas acciones, pero en su cerebro, la región de “ser mamá” siempre permanece encendida. Y en su papel de mamá se pregunta a sí misma si su retoño ya comió, ya durmió, ya tomó agua, ya lloró, ya sonrió, ... En mi nueva versión de mamá me fue difícil empezar a hallar el camino, la energía, los ánimos para seguir haciendo investigación.

Fue difícil justificar que no pude concretar esa idea maravillosa porque tenía que preparar la papilla para el día siguiente. Que de verdad lo intenté, pero que con tanta carga académica tenía que ahorrar tiempo en lo que fuera, incluso en cuántos días a la semana me bañaba. Que podría estar dispuesta a renunciar a como me veía, lo desganada que me sentía, pero no estaba dispuesta a rendirme aún en mis sueños, en mi carrera que me había costado tanto. Y al buscar miradas de consuelo ante el posible truncamiento de mis aspiraciones sólo encontraba las de ellas, las que ya lo habían vivido, las que ya eran madres. Y no por ignorancia, egoísmo o maldad de parte del esposo y los compañeros, sino por simple instinto. Cuando un bebé se despierta a mitad de la noche, lo único que busca es un pecho caliente y el aroma de su madre. En general, durante el transcurso del día, también es lo único que desea. Es tan complicado cuidar a un bebé y en paralelo hacer investigación que muchas veces sólo optaba por beber café y pretender que podía hacerlo. Con mucho esfuerzo pude sacar *esos* artículos de esa época. Fueron mi orgullo porque a pesar de que eran humildes, yo aparecía como primer autor. Así, poco a poco, siguieron mis avances, con pasitos pequeños, pero independientes. Mi bebé empezó a crecer y las cosas empezaron a tomar su rutina.

A pesar de estar en uno de los sectores más privilegiados en el momento de esta pandemia con la enorme fortuna de poder permanecer en casa y llevar a cabo las labores de trabajo virtualmente; aun así, la rutina del día a día fue haciendo estragos en mi vida profesional. Con una tarea de mamá de tiempo completo, docente e investigadora empiezas a fallar en algo. En mi caso, y de manera consciente, decidí que tendría que posponer algunos de mis proyectos, que iba a tener que disminuir (a casi nula) mi disponibilidad para dar asesorías, que tal vez la calidad en mis clases no iba a ser del todo aceptable, que tal vez este año no iba a terminar ese artículo. Era aritmética básica, no sumaban las horas del día, ni la energía de mi cuerpo para llevar a cabo todo lo que debía con un pequeño de 3 años con quien estábamos todo el día en casa y que aún requería mucha atención. Tenía que hacer recortes, era claro, pero no en mi hijo. Empecé a estar muy irritable, angustiada y con falta de paciencia. Aquello no estaba resultando.

No obstante de que contaba con todo el apoyo de mi esposo, que de manera muy justa estaba dividiendo toda la responsabilidad del hogar a la mitad, simplemente aquello no estaba resultando. Era aritmético. Tenía que hacer algo con mi angustia. Me estaba haciendo daño. Pero al final de cuentas ¿por qué tenía esa angustia?, ¿por qué era tan importante? Tal vez esa angustia por mantener mis metas profesionales, mi carrera como investigadora, y el SNI, era algo más que sólo eso. Tal vez en realidad era una angustia por tener aceptación externa de un logro interno y con ello pensar que los sueños que yo misma había construido a base de esfuerzo por muchos años habían valido la pena. Que todas las cosas que había superado y las personas que había perdido en el camino habían valido la pena. Tal vez era una angustia de decirme a mí misma que no lo había logrado, que no había llegado a la meta. No sabía la razón con exactitud, pero esa angustia me estaba lastimando.

Conforme pasaron los días, las cosas no se pusieron más fáciles en el aspecto profesional. En el primer verano de esta pandemia perdí una beca de investigación, por diversos factores entre los que se incluyen ese periodo tan difícil de seguir siendo productiva después de tener un hijo, las pocas consideraciones en algunos reglamentos al respecto y el hecho de pertenecer a una unidad de reciente creación donde aún no había alumnos graduados. Se derrumbó otro proyecto importante en el que había estado trabajando, poniendo mis expectativas durante tres años y sacrificando tiempo personal, y empezó el insomnio. Llegué a un punto muy bajo en mi sentir respecto a la carrera de investigadora en conjunto con la maternidad. Fue evidente que este sentir es el que desde el principio durante la elección de estudios muchas mujeres evitan al no seguir una carrera en ciencias.

—*“Si estudias mucho te vas a quedar sola”*— me lo dijo un señor que era intendente mientras yo era estudiante de maestría, como si tuviera que ver una cosa con la otra.

—*“Si eres SNI no vas a poder atender a tu familia, se necesita a uno que cuide el bebé y otro que haga investigación”*— me lo dijo una compañera investigadora sin hijos, que se lo dijo un colega investigador consolidado.

—*“Por eso hay menos del 37% de investigadoras mujeres en el SNI en casi todas las áreas”*— agregaría yo después de mi experiencia en el ámbito.

Con el paso de los días, semanas y meses, la angustia por mantener el SNI también me llevó a meditar en mi experiencia. En cuando perdí a mi madre en mi juventud. Ignoro qué sueños dejó en su camino por atender a sus hijos, pero llegué a una conclusión que no me gustó: tal vez debió haber pasado más tiempo conmigo y no en su trabajo. En ese dilema eterno que enfrentan las mujeres profesionistas parece nunca haber una salida equilibrada, parece que siempre sales perdiendo en algún rubro. Lastimas tus sueños profesionales o lastimas a tus hijos. Es muy difícil encontrar un punto medio. Miras a tu alrededor y muchas veces en las mujeres profesionistas exitosas con hijos parece haber un tinte de culpa escondido. Seguro las hay, las que han encontrado ese equilibrio tan buscado, sólo que no es tan común encontrarlas.

Fue así como medité más sobre la angustia. Tal vez, después de todo, toda esa angustia estaba mal enfocada. Tal vez en mi trayectoria de formación académica también me había perdido de puntos importantes y ahora tenía que considerarlos. En este viaje de redescubrimiento de algunas de mis razones detrás de mis expectativas profesionales empezaron a surgir preguntas más cálidas: ¿lo estoy haciendo bien como madre?, ¿estoy siendo lo suficientemente paciente?, ¿estoy siendo lo suficientemente estricta?, ¿estoy preparando a mi hijo para lo que va a venir?, ¿estoy haciendo lo adecuado por mantener mi salud física y mental? Y la angustia por mantener el SNI finalmente se transformó en una angustia más humana: trascender en mi papel de madre. Fue entonces que me llegó la revelación.

La misma revelación que le ha llegado a tantas mujeres antes que yo. Aquella donde es claro que tu camino profesional y tu maternidad son incompatibles. Aquella donde tienes que tomar una decisión entre todo lo que has trabajado, los sueños que tú misma has construido y unos ojitos inocentes que te piden ponerte a jugar. Sabes que realmente esa idea siempre había estado rondando en algún lugar de tu cabeza desde que tu hijo llegó a tu vida, pero la habías mandado a un lugar oscuro de tu mente

donde no la querías dejar salir. Y ahora se presenta ante ti de manera clara: esta vez lo tienes que hacer. Esta vez no será suficiente reducir tus expectativas y planes. Esta vez tienes que posponer tus metas y sueños. Como lo han hecho tantas antes que tú y como lo seguirán haciendo. Porque eso es lo que hacen las madres.

Dejaré mi angustia por mantener el SNI en un rincón del olvido, simplemente haré lo que me sea posible en mi papel de investigadora sin esperar un resultado a cambio. Intentaré concentrarme en el papel más relevante que pueda llegar a tomar en toda mi vida: el de madre. Esperaré a que mi hijo tenga la edad suficiente para regalarle un juego de química. Tal vez entonces podamos descubrir juntos los misterios que se escondían en los pequeños tubos de ensayo con contenidos coloridos.

Posdata

Mientras las científicas investigadoras y madres no cuenten con condiciones adecuadas para realizar ambas tareas, la elección natural será el bien de sus hijos. Existen reglamentos de becas y apoyos de investigación donde los permisos y los períodos de embarazo y maternidad no están bien estructurados. Mientras no haya un cambio significativo e inclusivo en la estructura académica, no podrá haber una equidad en la participación de las mujeres en la ciencia. Lo único que esperamos muchas de nosotras es que las que vengan después no tengan que vivir algunas de las injusticias y las malas condiciones que venimos a encontrar por el hecho de convertirnos en madres después de haber invertido considerable esfuerzo en nuestra formación académica.

La triple jornada laboral: responsabilidades en pandemia

Silvia Patricia Ambrocio Cruz¹⁴

La carga laboral en las mujeres está dividida en trabajo remunerado, labores del hogar y el cuidado de los hijos y/o padres. En México, las labores del hogar y cuidados de los hijos siempre han recaído en las mujeres, esto siempre ha sido parte de la sociedad en la que vivimos. Sin embargo, ya es tiempo de que nos replanteemos un cambio en la organización y división de labores domésticas de acuerdo con el género, así mismo un cambio en las políticas públicas para que sea considerado este rubro al momento de recibir evaluaciones, ya que nuestro trabajo siempre se ve sesgado por todos los estereotipos hacia nosotras como mujeres.

Me permito compartirles una experiencia personal en la que por el hecho de ser mujer me vi en desventaja con respecto a un colega varón. Hace 22 años tuve que tomar una de las decisiones más difíciles y al mismo tiempo más hermosa de mi vida, tomé la decisión de ser madre. Como es de esperarse, mi producción científica se vio reducida, ya que tuve dos hijos en un lapso de dos años.

Al momento de ser evaluada para conservar mi plaza como investigadora en donde laboraba en ese entonces, el consejo técnico debía de decidir entre una servidora y otro investigador (ambos habíamos ingresado en el mismo año), quien también había reducido su productividad. Finalmente fui yo quien perdió su plaza, a él le justificaron su baja productividad porque había atravesado por un divorcio y cayó en depresión, mientras que a mí me culparon porque “¿cómo se me había ocurrido tener dos hijos cuando apenas empezaba a trabajar y sabía que debía de ser evaluada?”. He ahí la diferencia en el trato por el simple hecho de ser mujer, al doctor lo justifican mientras que a la doctora la culpan por querer ser madre. Al perder mi trabajo, me enfrenté a una de las realidades más fuertes que sufrimos como mujeres, el ser estigmatizada por el simple hecho de querer tomar las riendas de mi vida y ser libre de ser madre a la edad de 30 años.

Durante esta pandemia debida al COVID-19 que estamos viviendo, el trabajo en casa (home-office), las labores del hogar y cuidados, han generado un aumento en la carga diaria de trabajo en las mujeres, ya que realizar estas tres labores en el mismo espacio y al mismo tiempo genera una carga mental y física que nos sobrepasa, pues en ocasiones debemos decidir entre dar clase, tener reuniones virtuales con los colegas para la redacción de algún artículo (es decir hacer investigación), estar atentas a las clases de nuestros hijos, darles los cuidados que necesitan, preparar la comida, el aseo y atender a algún miembro de la familia que la esté pasando mal. El tiempo real que tenemos para hacer investigación se ve extremadamente reducido. Esta situación no debería ser sólo un problema de las mujeres, sino motivo de política pública.

¹⁴ ^Ψ Doctorado en Radiaciones y Plasmas, Universidad de Provence, Marsella, Francia.

Profesora–Investigadora Titular Escuela Superior de Tlahuelilpan, Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, México
silviap@uach.edu.mx

En el caso de la producción en investigación durante la pandemia también se observa la influencia de esta triple jornada laboral, se ha notado una disminución del 50% en las publicaciones científicas de investigadoras, mientras que las publicaciones de los investigadores varones se han visto incrementadas en más del 50%. Lo que podría explicar esta disparidad puede ser la diferencia en responsabilidades familiares y del hogar entre hombres y mujeres.

Con este escrito no se trata de dividir, sino de visibilizar este exceso de carga de trabajo que muchas mujeres llevamos sobre nuestros hombros y lo cual nos pone obstáculos y no nos podemos desarrollar de la misma manera que nuestros colegas varones. Este tipo de diferencias son las que debería de considerar el Sistema Nacional de Investigadores (SNI) al momento de las evaluaciones, ya que desgraciadamente no estamos en igualdad de condiciones por la sociedad en la que nos desenvolvemos.

Esta diferencia se ha observado desde siempre, ya que en el Sistema Nacional de Investigadores, el número de mujeres es, por mucho, menor al de los hombres. De un análisis publicado en la página de CONACyT con datos tomados hasta el 2015 se observa que el porcentaje de mujeres miembros del Sistema Nacional de Investigadores era de tan sólo 33% y el de hombres de 67%. Esta brecha es más amplia si observamos la cantidad de mujeres en cada uno de los 4 niveles con los que CONACyT clasifica a sus investigadores miembros de su programa.

Podemos observar que el número de mujeres en los niveles más altos disminuye considerablemente. Por ejemplo, para el nivel de candidato, 42% son mujeres mientras que hombres es de 58%, pero si vamos al nivel III, que es el nivel más alto (sin considerar eméritos), vemos que el porcentaje de mujeres en este nivel es de tan sólo 21%, mientras que el porcentaje de hombres es de 79%. Vemos que conforme se sube en los niveles del Sistema Nacional de Investigadores, el número de mujeres en estos niveles disminuye considerablemente. Esto es digno de un análisis, ya que para las mujeres es más difícil escalar hasta llegar a los niveles más altos, nos toma más tiempo subir de nivel que a nuestros colegas hombres. No dudo que esta diferencia en tiempos para lograr nuestras metas o el que quizás nunca alcancemos los niveles más altos, es por esta triple jornada laboral, la cual ocasiona que el tiempo que dedicuemos a hacer ciencia se vea muy reducido a diferencia de nuestros colegas varones, quienes dedican más tiempo a hacer investigación que a labores del hogar y la familia.

Lo mismo sucede en los proyectos de investigación, la mayoría de proyectos científicos financiados por CONACyT hasta el 2017 eran liderados por colegas hombres, siendo aproximadamente 59% proyectos donde el responsable técnico es un hombre, mientras que sólo 41% eran proyectos en donde el responsable técnico era una mujer.

Si en tiempos “normales” nos es difícil escalar de nivel en el Sistema Nacional de Investigadores, ahora con la pandemia, en la que estamos sufriendo una sobrecarga de trabajo, no dudo que muchas quizás perdamos el nombramiento o no logremos nuestro objetivo de subir de nivel. Por ello, invito y espero que se considere esta situación al momento de evaluarnos en las convocatorias subsecuentes del Sistema Nacional de Investigadores. Si bien el sistema debería de considerar esta diferencia, nos corresponde educar a nuestro entorno para que las próximas generaciones no padeczan esta problemática, que en momentos críticos como el que se está viviendo en el mundo entero, debido a esta pandemia, se evidencian aún más.

Debemos de involucrar más a nuestras parejas y educar a nuestros hijos para que haya una paridad en la distribución de las labores del hogar y cuidados familiares, para que esto nos permita disponer de más tiempo para nosotras, nuestra investigación, tiempo para ser dueñas de nuestra vida, tiempo para ser libres.

Un viaje de ida: oportunidades laborales en tiempos de pandemia y de adolescencia

Iris Neri-Flores¹⁵

15 de marzo 2020, fue la última salida que tuvimos, fuimos a desayunar por el festejo de cumpleaños número 11 de mi hija menor, era fin de semana, así que los abuelos pudieron acompañarnos.

Después vendrían las indicaciones de “quedarse en casa”, la suspensión de labores escolares y el cierre de actividades económicas. La dinámica de la familia no tuvo grandes cambios, ya que obtuve mi grado doctoral en 2017 y desde entonces había estado participando en proyectos de consultoría especializada, relacionados con Hidrogeología y dando clases por asignatura, por lo que estaba habituada a trabajar en casa, por otro lado, mi esposo no dejó de trabajar, su trabajo fue catalogado como esencial. Su habilidad de manejar pipas de combustible es más redituable que su título de Ingeniero, pero bueno esto es otra historia.

El principal cambio fue tener a mis hijas de 11 y 14 años en casa. ¡Adolescentes en pandemia! Ellas pertenecen a la “generación app”, o al menos así lo definían en el libro que leí para tratar de entenderlas mejor. En este libro menciona que “durante los últimos siglos las generaciones se han definido cada vez más en términos sociológicos, ya que las características que definen una generación son reflejo de los acontecimientos dominantes de esa época, ya sean militares, económicos, culturales, en donde la tecnología define también a las generaciones”. También menciona que, “una vez superada la infancia, todos debemos construir una personalidad que encaje con nuestros deseos y físicamente es en la etapa de adolescencia cuando el cerebro se termina de formar” (Gardner-Davis, 2014). Para mí, leer es una forma de poder enfrentar estos nuevos cambios y algo que me dije –agradezco los momentos de infancia con mis hijas– y ahora mi labor es ayudarles a construir su identidad.

Antes de la pandemia, mi rutina habitual era despertarme a las 6:00 am, preparar el lunch, llevar a mis hijas a la escuela, ir a entrenar (me gusta practicar triatlón por diversión), regresaba a casa, un baño, desayuno y a trabajar hasta las 14:00 pm donde tenía que “cortar” lo que estuviera haciendo para preparar comida, recogía a mis hijas de la escuela, comíamos en familia y, nuevamente, se preparaban para que mis hijas fueran a entrenar (la mayor Tae Kwon Do y la menor, nado sincronizado). En lo que ellas entrenaban, yo daba las asesorías. Nuevamente regresábamos a casa, a preparar la cena y terminar labores escolares. Este ritmo de vida sólo me daba la oportunidad de avanzar, mientras mis hijas estuvieran en la escuela. En ese entonces estaba haciendo un reporte de modelación hidrogeológica. Una vez que dieron la indicación de quedarnos en casa, tuvimos que hacer cambios. Al trabajar en modo “freelance”, la organización no fue tan complicada, ya que se integraron a mi lugar de trabajo, que es un cuarto dentro de la casa donde está la computadora de escritorio y un librero.

¹⁵ Dra. en Ciencias de la Tierra. Profesora asociada de la Escuela Nacional de Estudios Superiores (ENES). Unidad Mérida. UNAM. México.
irisneri@gmail.com

Uno de los principales problemas fue la coordinación de los dispositivos electrónicos. A veces tenía que “prestar” mi laptop, lo que me restaba “horas” para poder avanzar en mis pendientes. ¿Cuál fue la estrategia? Tomar un par de horas temprano. De 5:00 a 7:00 am, tenía mi espacio para mí donde con un café y música avanzaba en mi trabajo, diría Virginia Woolf, necesitaba una habitación propia. Otra indicación fue que respetaran mi “horario”, así que iba a preparar comida familiar a la misma hora que solía hacerlo y si querían algo, ya eran lo suficientemente capaces de realizarlo. Con esta organización pude terminar mi reporte faltante en marzo. Terminando este reporte me quedaba nuevamente “sin proyecto”, esa sensación de contar con todos los grados académicos, pero sin recompensa económica, por lo que iniciaba nuevamente la búsqueda de nuevas oportunidades de trabajo (ya sea en la academia o por consultoría). En el inter decidí compartir en mis redes sociales (principalmente en *linkedin* y *facebook*) publicaciones sobre temáticas del Agua. Inicié el 22 de marzo (Día Mundial del Agua) para terminar el 22 de abril (Día Mundial de la Madre Tierra).

Estas publicaciones me dieron la oportunidad de “conectar” con más personas y en *linkedin* recibí un mensaje donde me invitaban a participar en “Groundwater Talks” de la IAH (*International Association of Hydrogeologists* de Colombia). Por supuesto dije que sí y preparé mi ponencia. Esto es de lo bueno de esta conectividad, el poder “participar” en diferentes conferencias sin importar la localización geográfica. Con esta plática bromeaba con mis hijas que ya era “youtuber”.

Ellas siguieron en sus clases virtuales, adaptándose a los nuevos cambios, al principio fue mucha carga de tarea (cursan 6º de primaria y 3º de secundaria), por lo que aprovechamos las “vacaciones” para poder terminarlas. Después, en su escuela, ya se pudieron organizar mejor: *zoom* y *classroom* fue el día a día. Respecto a las actividades de la tarde, mi reconocimiento y agradecimiento a sus entrenadores, porque se movieron a la modalidad virtual. En nado sincronizado se conectaban para mantenerlas activas por un par de horas diarias desarrollando fuerza y flexibilidad, hasta hubo una competencia a nivel nacional. En Tae Kwon Do también se conectaban y ahí teníamos que apoyar a mi hija mayor a veces yo, otras veces su papá para “aguantar” los golpes. A mí me gusta nadar, sin embargo, cambié esta actividad por entrenamientos en línea que además te daban un plan alimenticio, lo que me ayudó a eliminar unos kilos de más. También podía ir a “pedalear” en mi bici con un rodillo, lo que me permitió seguir entrenando. A veces solía ir a trotar, lo que hizo que conectara con un grupo muy especial que nos llamamos los #geofit que son amigos(as) que estudiamos juntos, pero que ahora están realizando sus actividades en varias partes del mundo.

Esta dinámica nos dio estructura en la familia y la hora de dormir no pasaba de las 10:30-11:00 pm, donde podíamos tener un buen descanso. Los fines de semana a veces organizábamos la “carnita asada” y mi esposo y yo descubrimos que ya podíamos ver películas completas sin interrupciones, disfrutando un buen vino. Para mi placer, a mi hija menor y a él les dio el gusto por preparar postres y/o nuevas comidas, así que sacaron sus cualidades de chef. La mascota adoptada (Nito) también hizo más llevadera la situación para mis hijas. Así pasaron varios meses, a la familia la veíamos por video-llamada, los cumpleaños los celebramos sólo en casa. Tampoco tuvimos alguien cercano enfermo de COVID, esto hacía que fuéramos afortunados. Sin embargo, yo empezaba a tener esta sensación de “incertidumbre”, mi negocio fallido (una franquicia de enseñanza de matemáticas) aún me cobraba factura y sin tener una próxima fuente de ingreso propia. Una esperanza eran los resultados de las becas posdoctorales de CONACYT.

En 2019 no fui seleccionada, así que con base en las recomendaciones mejoré mi propuesta y estaba esperando resultados para 2020. Los resultados se publicaron el 28 de agosto de 2020, busqué mi número de CVU y no estaba... lágrimas, la sensación de derrota, me preguntaba ¿por qué?, ¿qué me hace falta? Mi puntaje fue 91.5, pero aceptaron con 92.5, a pesar de los buenos comentarios de los evaluadores. El agua tan indispensable en la pandemia y los que nos hemos preparado sin oportunidades para ejercer ¿qué les digo a mis hijas?, ¿qué les digo a mis estudiantes?, ¿cómo decirles que se preparen para tener mejores oportunidades de vida? Si a mí esto no me funcionaba. Dejé pasar unos días sin “hacer nada”. Una escapada en familia a la playa fue parte de tener energía para intentar otra vez.

“La cura para todo es siempre agua salada: las lágrimas, el sudor o el mar (Karen Blixen)”

Actualicé mi perfil en *linkedin*, en *researchgate*, tenía diferentes versiones de CV (en inglés, en español) y a buscar oportunidades. Me di cuenta que para investigación me faltaban publicaciones, tener posdoctorados. Para trabajos en dependencias gubernamentales u otro tipo de asociaciones me “sobraban” títulos profesionales. Entré a un curso en la UAQ que decía “Lecturas que inquietan: taller autogestivo sobre prácticas docentes” que lo impartió la Dra. Patricia Roitman, que fue un espacio donde “no me sobraba, no me faltaba”, simplemente era darle sentido a la práctica docente y seguir ensayando y recomenzando.

También me enfoqué más en mis clases. En la mañana daba clases en la Universidad (Matemáticas e Hidrogeología) y en las tardes asesorías personalizadas de matemáticas para niveles básicos a hijos (as) de mis vecinos. Esto me hizo darme cuenta de que a pesar de vivir en la “era de la conectividad”, de encontrar videos-tutoriales, esta relación profesor-estudiante sigue siendo importante. Así que apoyaba a los alumnos con actividades de “enseñanza tradicional”: una explicación en mi pizarrón, ejercicios a lápiz y papel, y correcciones. Al tener esta actividad, en ese tiempo “perdía” ese sentimiento de incertidumbre y me enfocaba en apoyar al estudiante. Los jueves recibía a un trío de niñas (4, 6 y 11 años), así que preparaba actividades para cada una con pequeños experimentos. Era un gusto recibirlas y saber que habían pasado un buen momento.

Empecé a participar con actividades de divulgación en Querétaro en la iniciativa de *Scienko Class* para fomentar las vocaciones científicas. Me hicieron una entrevista junto con otras mujeres profesionistas, me invitaron a hablar de cómo se estudia el agua y realicé una breve cápsula sobre agua y acuíferos que también está en *youtube*. Me hice fan de los *webinars* y los miércoles era el día que además de hacer “el quehacer de la casa” me conectaba a alguna sesión.

Un día recibí un correo de una amiga que coincidimos en los tiempos de maestría. Me comentaba que estaban buscando profesores. Mandé la versión completa de mi CV y para mi sorpresa me invitaron a una entrevista. Era octubre de 2020, armé mi presentación y realicé mi ponencia. Fue lo último que hice y después hice un viaje sola con un pequeño grupo de *trekking*. En el camino recibí una llamada. ¡Me habían aceptado! ¡Emoción! ¡Alegría! Finalmente, toda mi experiencia se ajustaba a un lugar en que podía contribuir. El sitio es la ENES unidad Mérida de la UNAM para actividades de docencia y estudiar los acuíferos cársticos. A pesar de la satisfacción me enfrento con sentimientos encontrados al volver a tener que hacer “reajustes” con la familia. Sabían que estaba buscando esta oportunidad, así que enseguida comiqué que me habían aceptado. Y a planear los cambios.

Compré mi vuelo sólo un viaje de ida y mi esposo se quedó a cargo de mis hijas, la casa y su trabajo. Con la escuela llegamos al acuerdo de que iban a terminar en línea, aunque ya estuvieramos viviendo en Mérida. Y aquí estoy, iniciando 2021 en una habitación estudiantil con mi computadora y una maleta para un nuevo proyecto de vida. Hoy agradezco todos los “No” recibidos, encontrar trabajo en tiempos de pandemia y espero poder contribuir en este camino de ser profesora–investigadora.

“Si en el pasado la educación se parecía a construir una casa de materiales sólidos y con cimientos profundos, ahora se parece más a construir una carpa que se pueda doblar y llevar a otro lugar con rapidez y sencillez”. (Harari, 2020)

*Con especial agradecimiento a mi esposo Gabriel y a mis hijas Sele y Xime,
por su amor y apoyo.*

Referencias

Gardener, H. y Davis K. (2014) La generación APP. Paidós.

Woolf V. (2017) *Una habitación propia*. Austral México.

Scienko es: <https://www.youtube.com/channel/UCA7qOB-cPCyWtcpTDSQdI1A/featured>.

Harari (2020) <https://www.infobae.com/america/mundo/2020/09/27/las-dos-unicas-destrezas-que-necesitaras-tener-para-el-resto-de-tu-vida-segun-yuval-noah-harari/>

Impartir clases y participar en las investigaciones a la distancia: ¿qué implica?

Yulia Solovieva¹⁶

La pandemia mundial fue algo absolutamente inesperado, a tal grado que, inclusive, parecía algo increíble. Debo confesar que, hasta ahora, en ciertos momentos, me sigue pareciendo algo increíble. No cabe duda de que las consecuencias de este suceso que vive la humanidad se conocerán en el futuro con más precisión y profundidad. En este periodo, lejos de tener un cuadro coherente, global explicativo y argumentativo sobre las consecuencias de la pandemia, es posible reconocer la necesidad de compartir las experiencias y las reflexiones que estamos teniendo como docentes, investigadoras y madres de familia. En todas las épocas críticas del proceso de transformación histórica hubo representantes de la humanidad que estaban dispuestos y entusiasmados no sólo por “vivir”, sino también por “contar” las experiencias positivas y drásticas. Estamos parafraseando el título del magnífico libro de Gabriel García Márquez “Vivir para contarla”, publicado en 2002. En la humanidad, no sólo los datos estadísticos, sino también las descripciones cualitativas y vivenciales son útiles para lograr una mejor reflexión sobre los sucesos y sus consecuencias.

El objetivo de este capítulo es compartir la experiencia y reflexionar sobre la realización de clases en línea con alumnos de pregrado y posgrado a nivel nacional e internacional, así como la posibilidad de participar en las investigaciones a distancia.

La autora de este texto es miembro del SNI, profesor-investigador desde el año 1998 en el área de la psicología y la neuropsicología desde el modelo histórico-cultural, el cual reconoce el origen y manifestación de la psique humana en la actividad cultural. Tal rasgo convierte al desarrollo humano al proceso cualitativamente distinto del desarrollo en el mundo animal, debido a que el ser humano no se adapta a su medio, sino lo transforma activamente, para el bien y para el mal. Esta aproximación teórico-metodológica en psicología encuentra sus fundamentos en los textos mundialmente reconocidos de Vigotsky (1982); Luria (1975); Leontiev y sus seguidores (Talizina, Solovieva y Quintanar, 2010) que comparten a la visión filosófica del materialismo dialéctico.

Como investigador en psicología y neuropsicología desde este enfoque, debo reconocer que el rasgo típico de actuar de acuerdo con la teoría de la actividad es tratar de modificar la realidad existente en lugar de sólo describirla. No es fácil hacer esto, pero no es imposible. Tal vez, al querer resumir esta característica a un planteamiento práctico, se puede expresar que cada ser humano, sin depender las circunstancias, puede aspirar cambio positivo para sí mismos y para los demás.

A continuación, deseo tratar de contestar a la siguiente pregunta: ¿de qué forma la pandemia ha afectado a la docencia y la investigación?

¹⁶ Facultad de Psicología de la Universidad Autónoma de Puebla, México
Facultad de Ciencias para el desarrollo Humano, Universidad Autónoma de Tlaxcala, México
aveivolosailuy@gmail.com

En primer lugar, se afecta todo el sistema de las relaciones, obligaciones y derechos laborales por la imposibilidad de interactuar de manera presencial directa a los colegas, jefes, personal administrativo y, lo más importante, a los alumnos. En el caso de psicología y neuropsicología, con esto no termina la lista de las limitaciones, porque también se presenta la imposibilidad de interactuar con los sujetos de nuestro trabajo clínico e investigativo, es decir, con los pacientes, alumnos y sujetos sanos de estudios psicológicos. Se piensa, con frecuencia, que el trabajo en línea sustituye al contacto directo, pero este pensamiento es falso. Quiero subrayar que la forma de comunicación en línea y el contacto directo personal con colegas, alumnos y sujetos de estudios nunca se debe igualar con la comunicación en línea. Las encuestas estadísticas que son útiles para la sociología no sirven para el trabajo del psicólogo, porque este trabajo presupone el establecimiento del contacto personal con otro sujeto, como con un sujeto no del ambiente, sino de la actividad cultural profesional.

Cada sujeto psicológico tiene derecho para establecer contactos vivenciales, compartiendo los motivos y los objetivos de la actividad cultural. En el ser humano, los motivos y los objetivos no son innatos, sino se conforman dentro de la participación en las actividades colectivas desde la infancia. En diversas edades psicológicas, por ejemplo, en la edad preescolar, escolar, adolescencia, pero también en los jóvenes y adultos, el trabajo individual aún no se forma y altamente depende de la posibilidad de su participación en las actividades colectivas. Estas actividades se encuentran afectadas por la pandemia y el aislamiento obligatorio. Las posibilidades para la realización de las actividades útiles de aprendizaje e investigación se limitan significativamente. Comprendiendo esto, es necesario continuar con las investigaciones accesibles a todo costo.

En segundo lugar, se ha afectado la distribución de tiempo en las vidas de todas las personas, lo cual necesariamente afecta a la distribución de tiempo en el plano familiar. Nosotras, las docentes que tenemos hijos, nos vimos obligadas a reformar completamente la organización de tiempo a lo largo del día y la semana para atender las necesidades domésticas. Al mismo tiempo, la necesidad de trabajo en un mismo lugar, sin posibilidad de movimiento corporal constante, provoca la necesidad de buscar específicamente a lo largo del día los espacios para lograr un cambio de la postura corporal y la distracción del trabajo rutinario. Trabajando en la casa es difícil concentrarse, separarse de las demandas físicas y afectivas de los demás miembros de la familia, quienes, además, sufren una situación semejante. Los niños que no asisten a las instituciones escolares de todos los niveles educativos sufren drásticamente la necesidad de comunicación, afecto, distracción sin tomar en cuenta sus necesidades prácticas rutinarias. Debemos reconocer que la necesidad de redistribución del tiempo ha afectado significativamente a muchas de nosotras. Se requiere de una reflexión especial para poder modificar la organización temporal de la vida propia en consideración de la vida de los demás.

En tercer lugar, se afecta el estado de la salud física como consecuencia de estar obligado a permanecer en una misma postura frente al ordenador por secuencias de horas. Ni siquiera me apetece escribir “por horas”, señalo que se trata de interminables secuencias de horas. Me di cuenta de que en este periodo ha empeorado mi visión, postura y, lo más notorio, es la aparición de nudos musculares en los hombros y la espalda. Es realmente muy grave que esto suceda y que nadie nunca mencione la afectación del estado de salud de las mujeres (supongo que algo semejante también les pasa a los hombres). Tal situación requiere especial atención hacia el estado de salud propia, pero no todas las mujeres lo hacen.

En cuarto lugar, se afecta la estabilidad afectivo-emocional como consecuencia de la imposibilidad de adecuar los objetivos a los motivos de la actividad propia y relacionarla con las actividades de las otras personas en el plano laboral y familiar. Este aspecto, probablemente, es el más duro de todos los mencionados. En la teoría de la actividad, se plantea que cada ser humano actúa en consecuencia con los motivos, los cuales no siempre son conscientes (Leontiev, 1975). En el caso de nuestra profesión, que es la psicología y la neuropsicología en el ámbito clínico, profesional e investigativo, los motivos de la personalidad siempre deben ser conscientes. Los investigadores planean viajes de trabajo, las reuniones, las conversaciones, los intercambios del punto de vista con colegas, alumnos y, simplemente, con otras personas. Todo esto repentinamente fue retirado de nuestras vidas. No puede existir una plena satisfacción con los resultados del trabajo profesional (docencia e investigación) si esto únicamente se comparte y se transmite en línea.

Sin duda, debemos reconocer que hacerlo en línea es preferible a no hacerlo para nada. Esto nos debe quedar muy claro a todas. Al mismo tiempo, vivir con la sensación de que no son necesarias los viajes, las salidas, las caminatas, las visitas al teatro con los colegas y alumnos, es algo que no puede ser considerado adecuado ni válido para un ser humano desde su propia psicología colectiva. Esta última reflexión es muy dura, porque hace repensar tu propio pasado, presente y futuro ante una fría actitud económico-administrativa que predomina en la docencia y la investigación.

Durante la pandemia fue posible escuchar extremas opiniones, muy populares en los medios de comunicación y las conferencias organizadas por diversas universidades en México sobre la necesidad de cambio total del sistema educativo hacia la educación a distancia y hacia el uso constante de las tecnologías. Felizmente, tales absurdas opiniones se hacen cada vez menos frecuentes y cada vez mayor cantidad de profesionales, alumnos y padres de familia comprenden que es necesario y urgente regresar a la educación presencial en todos los niveles. La autora de este texto, ya en el mes de abril, preparó un texto que se denomina “A favor de la educación presencial” que está por publicarse próximamente (Solovieva y Quintanar, 2021).

No tardamos de exponer nuestro rechazo total por la educación en línea como una única posibilidad para todos los tiempos, sino comprenderla como una única e inevitable “desgracia” temporal que es necesario soportar por un periodo indeterminado. Lo indeterminado siempre provoca pavor y frustración. Sin embargo, es mejor aceptar lo indeterminado como un mal pasajero en lugar de tratar de promover la educación e investigación en línea como una mejor y novedosa forma de educar.

Debemos reconocer que la docencia y la investigación en línea fue una situación obligatoria para la cual nadie fue preparado. Tenemos que reunir todas nuestras fuerzas para luchar y desear ampliamente el regreso más pronto a la educación presencial.

Deseo compartir con los lectores el tipo de las frustraciones que he experimentado durante la pandemia. Debo reconocer que, entre las frustraciones más fuertes que he sentido durante la pandemia, fue escuchar a las ponencias de los colegas que anuncianaban la necesidad de cambios del sistema educativo hacia la educación a distancia, acerca de las posibilidades de los medios “asincrónicos” de enseñanza. En mi opinión, dichos métodos son antipedagógicos, especialmente, en las edades anteriores a la edad universitaria.

Otra frustración fue la decisión administrativa de cargar a los docentes de todos los niveles educativos por presentar constantes “evidencias” y llenar formatos. Las dificultades por organizar adecuadamente el tiempo para lograr resultados de muy pocas investigaciones que eran viables durante la pandemia se amenazan constantemente por los requerimientos administrativos. En lugar de disminuir la carga administrativa, las universidades la han elevado, junto con constantes invitaciones u obligaciones por estar como oyente en diversos eventos en línea (algunos de ellos de forma simultánea) sin considerar si éstos son o no son de interés, tema de estudio o competencia absolutamente de todos.

Siguiente frustración es la total incomprendión por parte de las autoridades universitarias de las necesidades de implementar únicamente las formas de la enseñanza *simultánea*, debido a que ésta es la única forma de enseñanza que se puede acercar a la presencial. Lo frustrante era saber que muy pocas personas se expresan a favor de esta forma de enseñanza, a pesar de que los alumnos de todas las edades justo son los que la piden a gritos.

Durante la pandemia, hemos organizado los estudios a partir de las encuestas cualitativas a docentes y estudiantes (Solovieva y Quintanar, 2020b, 2021b) que claramente han mostrado el enorme deseo de los alumnos, desde preescolar hasta la universidad, de colaborar presencialmente con sus maestros y compañeros. Los docentes, en cambio, parece que se encuentran muy conformes y complacidos con la enseñanza en línea y el aprendizaje de la tecnología “a carreras”.

En relación con lo anterior, lo frustrante es saber que las políticas educativas de la SEP se han concentrado en la obtención de las “evidencias” y por la política de pasar automáticamente a los grados siguientes a los alumnos de todos los niveles, en lugar de pensar en modificar radicalmente la metodología de la enseñanza.

En conclusión, deseo expresar que, para mí, la pandemia es otra experiencia más que demuestra que es difícil “nadar contra la corriente”, pero que justo esto es lo que forma mayor reflexión sobre lo que sucede realmente.

Referencias

- García Márquez, G. (2002). Vivir para contarla. Barcelona: Arnoldo Mondadori Editore
- Leontiev, A.N. (1975). Actividad. Consciencia. Personalidad. Moscú: Universidad Estatal de Moscú.
- Luria, A.R. (1973). Bases de neuropsicología. Moscú Universidad Estatal de Moscú.
- Solovieva Yu. y Quintanar, L. (2020a). A favor de la educación presencial. <http://www.concytep.gob.mx/reflexiones-para-el-confinamiento-por-covid-19/>
- Solovieva Yu. y Quintanar L (2020b). Efectos del confinamiento por la pandemia COVID-2019 sobre el proceso de enseñanza-aprendizaje en los niveles básico y medio en el Estado de Puebla. <http://www.concytep.gob.mx/reflexiones-para-el-confinamiento-por-covid-19-2/>
- Solovieva, Yu. y Quintanar, L. (2021a). A favor de la educación presencial. Educando para Educar (en prensa).
- Solovieva Yu. y Quintanar, L. (2021b). Efectos del confinamiento por la pandemia COVID-2019 sobre el proceso de la educación especial. (En prensa).
- Talizina, N., Solovieva, Yu. y Quintanar, L. (2010). La aproximación de la actividad en psicología y su relación con el enfoque histórico-cultural de L.S. Vigotsky. *Novedades educativas*, 22, 230: 4-9.
- Vigotsky, L.S. (1982). Obras escogidas. Moscú: Educación.

De cómo nos adaptamos porque no hay de otra

Ma. Susana Alvarado Barrientos¹⁷

*“Las especies que sobreviven
no son las más fuertes ni las más inteligentes,
sino aquellas que se adaptan mejor al cambio”*
Charles Darwin (1859)

A principios del 2020, cuando las noticias del nuevo virus y la enfermedad COVID-19 empezaban a llegar de Asia y Europa, en la escuela de mi hijo Lucas (en ese entonces en Kínder 2), surgió un brote de varicela. Los niños enfermos y sus hermanos, a guardar cuarentena... algunos no volvieron a la escuela presencial desde entonces. A Lucas lo vacunamos justo entonces para prevenir que le diera muy fuerte y evitar lo más posible esa temida cuarentena porque “¡no podríamos vivir así tanto tiempo con Lucas en casa!”. El dramatismo de las palabras de mi esposo proviene de nuestra realidad: vivimos a más de cuatro horas de los familiares que viven más cerca y él es el cuidador primario de nuestro hijo; no, no tenemos niñera.

¡Qué inocentes éramos! No sabíamos que podíamos con la cuarentena típica de varicela (2-3 semanas) y aún más. Cuando el encierro total por el COVID-19 se instauró en Europa, escuché en la puerta de la escuela una conversación del director con un padre: “sí, que situación difícil, estoy pensando que como escuela debemos prepararnos por si llegara a ponerse así acá”. Yo pensé, no lo creo, no va a pasar aquí, no por favor, me niego a creerlo, “que se le haga chítón la boca” (dicho de mi Abue).

Ahora que recreo ese momento en mi cabeza se me salen las lágrimas: lo lindo que era ese día soleado, lo feliz que entró Lucas a su escuelita, lo aliviada que siempre me he sentido en esos momentos porque lo dejo seguro y feliz mientras me voy a hacer lo que me gusta (y hasta lo que no tanto) en el trabajo.

Después me da risa, la risa esa de locura, ¡qué felices éramos y no lo sabíamos! Recuerdo muy bien el inicio del 2020. Celebramos el año nuevo en el rancho de mi suegro. Ese “¡Feliz año nuevo!” con beso estuvo cargado de mucha emoción porque éste sería mi año. Mis padres vinieron desde Guatemala a pasar unos días de enero. Lucas es siempre muy feliz con sus abuelitos. Se fueron y se vino el curso que coordino e imparto en el posgrado del INECOL.

El hecho que haya sido presencial justo antes de que todo esto empezara, aún con estudiantes extranjeros, parece algo tan extraño y lejano ahora. Me encanta el curso y en esa ocasión fue bastante mejor que el año anterior. Aunque claro, sí que me estresó. Siempre me ha estresado tener el tiempo muy limitado y mi familia lo sabe, “estoy menos accesible” como diría mi esposo.

¹⁷ Red Ecología Funcional, Instituto de Ecología A.C. (INECOL), Xalapa, Veracruz, México.
susana.alvarado@inecol.mx

El asunto del tiempo es de las cosas que más he puesto en perspectiva durante el confinamiento por esta pandemia mundial. Es como cuando uno es mamá de un bebé, todo pasa taaaaan lento, pero taaaaan rápido a la vez. En algún lado leí la descripción perfecta de tiempos como ese (y este): “las horas duran meses, pero los meses duran segundos”. Así me pasó a mí con Lucas bebé, y su padre opina lo mismo. Veo sus fotos y pienso que si no las tuviera no recordaría nada de cuando era bebé. ¿Amnesia por el cansancio? Tal vez, porque cuando él era bebé yo estaba en mi primer año de investigadora Cátedra CONACyT. Esto significaba una presión impresionante por mantener productividad digna del SNI siendo nueva en una institución, además de vivir como nuevos padres en una ciudad desconocida a la cual no nos adaptábamos por resistencia a los cambios que trajo el haberlos movido de la Ciudad de México a Chetumal sin totalmente haberlo querido así.

Comparado con esos tiempos de Cátedra, ahora ya todo estaba fluyendo mejor a inicios del 2020. Ya teníamos dos años en otra ciudad, Xalapa, bastante mejor adaptados. Lucas creciendo y yendo a esta escuelita divina que nos convenció mucho con lo del constructivismo, el bosque, el huerto, todo. Mi esposo más feliz en esta ciudad que le permite desarrollar más sus propios intereses. Yo, con un contrato de investigadora desarrollando mejor mis líneas de investigación. Inicié el 2020 entonces llena de entusiasmo y con un plan detalladamente trazado porque era el tercer año de contratos anuales en el INECOL; después de esto toca solicitar definitividad. También inicié con bastante presión autoimpuesta, ya que en el 2020 me tocó evaluación del SNI. Envié la solicitud casi el último día (ya en marzo) para lograr meter el comprobante de un artículo que justo se publicó antes de que cerrara la convocatoria. Tenía muy bajas esperanzas de permanecer en el SNI.

El plan bien trazado era importante porque el tiempo siempre está corriendo más aprisa que yo. Siento que siempre vivo al borde de fechas límite, en parte porque parece que tengo qué decir que sí a todo o no doy la talla de investigadora. Parte crucial del plan era que todo marzo y abril me encerraría por completo a terminar de escribir un artículo fundamental para seguir con una carrera académica: el primer artículo como autora principal después de cinco años de figurar “nada más” como coautora. Fundamental, porque si este artículo no lo terminaba con la mayor calidad posible y mandaba con fecha límite del 6 de mayo 2020 (por ser edición especial de una revista internacional con-factor-de-impacto Q1 en la que me perdonarían el costo de publicación), no tendría chance de ser publicado este año. Si no se publicaba este año, serían débiles mis argumentos para solicitar (¿tendría que suplicar?) la definitividad en este prestigioso centro público de investigación en esta ciudad que me encanta para vivir. Otra parte importantísima del plan era la defensa de la tesis de maestría de mi estudiante, que también es madre con dos niños pequeños.

Lo que pasó después nos pasó a todas, a todo el mundo: un balde de agua fría que pasó rápido, pero lento al mismo tiempo. Aquí hubo aviso, “a partir de la próxima semana no vamos al trabajo, todo cerrado, y tampoco a la escuela” nos anunciábamos. “Lo más un mes”, “sí, si cuando mucho”, nos decíamos en casa. Nosotros todavía fuimos a Veracruz con mi suegro y sus hermanas ese “último fin de semana” de mediados de marzo. Lucas así lo recuerda: “cuando fuimos a Veracruz antes de que empezara el coronavirus”.

Y la cuarentena empezó. ¿Hora de hacerse bolita y ponerse a llorar? (resistirse al cambio) o ¿fajarse los pantalones y adaptarse? (fluir con el cambio). Las dos, pero más lo segundo. No hay de otra o nos adaptamos o nos adaptamos.

Lo que siguió nos pasó a todo mundo, la montaña rusa de emociones, angustias, etc. También creo que todos pasamos esas primeras semanas con cierto impulso de “¡vamos a aprovechar el tiempo juntos!”. Digo creo, porque para entonces procrastiné bastante en las redes sociales, y uno sabe que ese optimismo *facebookero* es más fachada que realidad. Consumí todo lo que había sobre el coronavirus, también consumí todo tipo de cosas geniales para “aprovechar la pandemia”, como eso de “aprende a hacer esto que siempre has querido” o “haz esto con tu crío”, y un largo etc. De parte de la escuela, lo mismo, “aprovechar la pandemia” para que los niños aprendan lo de “vida práctica” o algo así: a doblar la ropa, a lavar, a darle de comer a la mascota. Pero, para los que ya pasamos el tiempo juntos siempre, ¿qué? Lo que necesitábamos, queríamos y habíamos planeado, era cierto tiempo a solas: ¿cómo enfrentar la pandemia entonces?

Sí, la primera semana sacamos la hamaca y alberquita plástica que todavía estaban empacadas desde que nos mudamos acá, jugamos en el patio, que lo teníamos algo abandonado, hicimos picnic, papel maché, dibujamos con sombras, etc., etc. También recuerdo que empezamos a caminar todas las mañanas los tres juntos, luego en la tarde, y hasta el gato venía atrás... fue lindo, no lo niego.

Pero claro, ¿cuánto tiempo podíamos durar así? Con la nube gris de mis fechas límite encima, ninguna actividad divina de aprovechar-la-pandemia podía ser plenamente disfrutada. Así que nada, empecé a trabajar en el cuarto que teníamos como bodega. Primero en mi laptop, luego fui mejor a traer la compu de escritorio que tenía en el trabajo. No había tiempo que “perder”, ya marzo se había ido y seguía la cuarentena.

Literalmente tenía un mes para terminar el artículo que sí, iba adelantado, es decir, lo tenía todo en la cabeza y los análisis todos casi listos. Nunca había logrado una hazaña así, menos un artículo para el *Journal of Geophysical Research – Biogeosciences*. Ahora lo tenía que lograr sí o sí, no encerrada en la biblioteca del INECOL como lo había planeado, sino encerrada en un cuarto vacío de la casa, sentada en silla plástica, con Lucas paseándose en su bici frente a la ventanita diciendo “Hola” y con miles de interrupciones cada 15 min durante el día.

Mientras tanto, mi esposo intentando no volverse loco. Yo, además pensando qué vamos a comer y cenar, ¿cuándo fue la última vez que lavé los baños?, ya es hora de comer, ya es hora de esa reunión en Zoom (¿o era *Meet o Bluejeans*?, ¿dónde está el enlace?), ¿otra vez “nadie” lavó los platos?, ya son las 7:00 pm, hora de descansar viendo la conferencia de prensa, a ver si dicen cuándo termina esto, ya es hora de bañar y dormir a Lucas, ya son las 9:00 pm y Lucas se durmió, así que a seguir con el artículo, ya es media noche, me tengo que dormir o mañana será peor, no me puedo dormir, mejor me pongo a *facebookear*, tengo que hacer la lista del super, y “sí es cierto, ya ni hablamos y no tengo tiempo ni de ver *tele contigo*”, no me cambié de ropa en todo el día y Lucas tampoco, cómo estarán mis papás, “¿cómo dijiste que está tu mamá?”, “está bien feo donde vive Vir”... etc.

Pues claro, al poquito tiempo: llorar en medio, en la noche, en la ducha. Pelearnos, volver a llorar, abrazos, volvemos a pelear, gritos de niño y adultos, desesperación, “perdóname”, “te perdonó”, “ya no lo vuelvo a hacer”, “¡Cálmate!” Respira, 1, 2, 3... 10. “Abrázame por favor”, “¡no quiero abrazos, lo que quiero es que hagas lo que pedí!”, “¿Me estás escuchando?!” “¡Yo trabajo!”, “¡!!%/& (&=#\$%&%!!!” (palabrotas).

Me da vergüenza, pero lo quiero compartir, llegué al colmo de sacar de mi propia boca palabras que algún macho le dijo a su mujer más de alguna vez. Le dije a mi esposo, en pocas palabras, que como la que trabaja en esta casa soy yo (pues mi salario es mayor que las ganancias de sus rentas e inversiones), pues *merezco* prácticamente no hacer nada en la casa, que él haga todo, que necesito descansar para seguir trabajando. Me arrepiento, me siento fatal, incluso ahora que recreo todo al escribirlo. Así que la pandemia, y ese vivir más allá del borde de lo que ya estábamos muy acostumbrados, nos enfrentó a la realidad: nuestra verdadera vida, no esa que maquillamos para el exterior. Nos enfrentó a cuestionar todo, este inmenso cambio en nuestra vida cotidiana nos sacudió desde la raíz.

Estuvimos al borde de dejarlo todo. “¿Has visto las estadísticas de divorcios?”, “sí, también las de la violencia doméstica”. Claro, si todo el mundo está al límite. “No, no está bien que Lucas viva con padres molestos todo el tiempo”. Tengo una carita triste que me dibujó en mi cuaderno de notas del bendito artículo. Sí, “nos amamos y amamos nuestra familia y vida juntos”. ¿Entonces? A adaptarnos, a aceptar el cambio y fluir con él, que esto va para largo (quien quita para siempre), a ser más compasivos y comprensivos, a ver la vida desde la perspectiva del otro y a hablarlo todo lo más tranquilos que podamos. ¡Qué corta es la vida, es frágil! En cualquier momento nos morimos, ya sea por COVID-19 o por cualquier otra causa. Así que a poner el trabajo en perspectiva también. El tiempo, ya que igual pasa, ¿cómo lo queremos pasar, felices, tranquilos o enojados? Si nos adaptamos a una nueva normalidad cuando nos volvimos padres, ¿por qué ahora sería diferente?

Al final, el tiempo pasó. Nos reorganizamos y nos adaptamos a lo que ahora es normal. Logré mandar el artículo y salió publicado el 23 de diciembre. Mi estudiante se graduó también. Hemos tenido la fortuna de que, a pesar de contagios en la familia, todos han sobrevivido. Tenemos la fortuna de seguir vivos y de tener trabajo. Se abrió una escuela en el bosque, a menos de cinco minutos de casa, así Lucas puede terminar preescolar en la naturaleza sin estreses de escuela en la *compu* para un niño que ni sabía manejar el *mouse* y con padres que no son maestros. Ya no será angustia el SNI ni la definitividad, ni nada de eso. Trabajaré lo mejor que pueda y si se dá bien, si no, a ver qué viene. Sé que tenemos una enorme capacidad de adaptación, y ahora mayor compasión, así que vengan los cambios que vengan, sobreviviremos.

¿Cómo le hace la vida? Se adapta.

Una charla pendiente con el Estado Mexicano. Reflexiones de una investigadora ante el nuevo reglamento del Sistema Nacional de Investigadores -CONACYT

Elsa A. Pérez-Paredes¹⁸

1. El origen de mi charla pendiente con el Estado Mexicano

Cuando inicié el Doctorado en el Instituto Politécnico Nacional (2012- 2016), mi hija tenía un año. El programa doctoral no estaba en el Programa Nacional de Posgrados de Calidad, por lo que solo tenía una beca institucional que siempre estaba desfasada. En mi último trayecto decidí tener a mi segundo hijo. Después de haber hecho mi examen predoctoral a mediados de 2014 (con 7 meses de embarazo), se me informó que procedía la baja temporal; esta decisión me causó una gran molestia por cómo se formuló, y además por el hecho de no seguir contando con mi beca, ya que el reglamento de posgrado del IPN no considera que se pueda “ir a parir becada”.

Pese a ello, a mi regreso, fui lo suficientemente productiva académicamente para poder mantener mi desempeño en el último trayecto de mi doctorado, egresando en el tiempo establecido (2016) y concursar (y ser aceptada) al año siguiente para estancias posdoctorales CONACYT, ingresar al Sistema Nacional de Investigadores y desempeñarme como docente de manera permanente.

Estas emociones de estar contracorriente, y recuerdos de los obstáculos institucionales por los que he pasado, recurrentemente aparecen como relojito “cada año, ahora cada seis o tres meses” cuando tengo que estar elaborando proyectos, conformando expedientes para concursar a plazas de oposición y apelando dictaminaciones para “demostrarle a no sé quién” que cuento con los criterios necesarios para ser investigadora.

Aunque todo este tiempo he tenido a mi lado un compañero cómplice para co-dirigir el barco de crianza e ingreso familiar, así como su apoyo para la consolidación de escritos y proyectos, solo una sabe lo que “esos productos científicos” cuestan, en tiempo, esfuerzo y económico.

2. La precariedad laboral, el confinamiento y el dictamen del SNI

El confinamiento lo hemos tenido que reinventar conciliando nuestro quehacer científico con el de la crianza, el trabajo doméstico y las jornadas y horarios que ahora requieren las “escuelas virtuales” de nuestros críos y nuestras crías: “Mamá, necesito unas tijeras... Mamá, no entiendo”.

En la pandemia, a finales del año 2020, recibí el dictamen de mi permanencia al Sistema Nacional

¹⁸ Fundadora del Laboratorio Socioambiental Ciudadano en el que desarrolla proyectos de investigación sobre: gobernanza socioambiental, estrategias sociodigitales, políticas públicas desde el enfoque de género e interseccional y de justicia ambiental. Docente de la Universidad Abierta y a Distancia de México, UnadM. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores – CONACYT

elsa.perez.paredes@gmail.com

de Investigadores (cita textual): “Al considerar que la producción de investigación de la solicitante es insuficiente, en términos cuantitativos y cualitativos, conforme a los criterios estatutarios y los correspondientes al área de Ciencias Sociales, se recomienda no aceptar la solicitud de ingreso al SNI”. Esta resolución -que después apelé y logré la reconsideración de un año- es la que hizo que mi charla pendiente que tenía con el Estado desde hace 10 años se reactivara: logré argumentar las evaluaciones mal realizadas sobre mi desempeño comprobado, pero sobre todo las argumentaciones alrededor de las condiciones de género y de precariedad laboral que he tenido que sortear como investigadora y científica en estos años.

No quiero omitir los pensamientos inmediatos que tuve y en el que la culpa y la responsabilidad se centraron en mí: “Llegué tarde a la ciencia, mi espacio no está en la academia. No sirvo para esto. Mis productos no fueron “suficientes” y de buena calidad, no le eché ganas, dormí demasiado” y en el que, llorando, dudé de mí y cuestioné mis resultados que había postulado, como “merecedores” de dicha distinción y que tanto me han costado en estos años.

3. La semántica en redes sociales como reflejo de la “comunidad científica”.

Ante la indignación del dictamen sobre mi permanencia en el SNI compartí mi reflexión en las redes sociales de miembros del SNI, particularmente del Facebook para intercambiar con las y los colegas mis reflexiones sobre las condicionantes estructurales que existen como madre-cuidadora-investigadora y trabajadora y que debieran considerarse en los sistemas de evaluación de éste.

En estos diálogos virtuales me enfrenté a los prejuicios de “la comunidad científica” frente a los estereotipos de género y lo que se considera como “calidad científica”, donde el discurso predominante fue la obtención del mérito a razón de “esfuerzos individuales” y la “supuesta calidad valorada” que en gran medida es establecida si escribes en editoriales científicas con valor de impacto, es decir, anglosajonas.

Los comentarios que recibí en esta red social fueron regalos discursivos y semánticos para las que estamos interesadas e interesados en estudiar las representaciones sociales a través del discurso, y que en esta muestra de la comunidad científica en este espacio virtual, demuestran las interpretaciones que existen sobre las valoraciones en torno a la productividad científica, y la calidad y los indicadores que también han sido parte de los sistemas de evaluación establecidos para “medir” el quehacer científico, los cuales distan de una mirada crítica, incluyente y plural desde una perspectiva compleja, acorde a la realidad actual y que a menudo es influenciada por las condiciones estructurales en los que las investigadoras y académicas estamos inmersas.

Muchos de los argumentos que a continuación expongo de manera textual fueron vertidos como respuestas a un mi post en la red social mencionada y expresan de manera central que es el “echaleganismo” lo que hace que logres un “buen quehacer científico o una carrera de investigación de calidad” en este país, sin considerar desde un análisis crítico las variables que existen para poder ser científica, investigadora y académica en nuestros días; incluyendo si eres mujer, madre, cuidadora, proveedora y no cuentas con una plaza laboral académica o bien, la “suerte” de contar con una plataforma que permita dedicarte a esta carrera de manera plena:

1. *“Tomar de bandera la equidad de género, debería ser evidente un acto donde se favorece a alguien por su género”*
2. *“Esto no tiene que ver con que seas mujer, tiene que ver con que la revista en la que publicaste no tiene factor de impacto. Así de sencillo.”*
3. *“11 tesis de licenciatura por año, habría que revisar la calidad, no dudo que sea excelente asesor y delegues mucho, pero aun así se me hace exagerado”.*
4. *“No es justo argumentar discriminación si no cubrimos los requisitos que claramente pide el SNI para ambos sexos”.*
5. *“¿Ya también van a meter aquí su equidad? Nunca he visto evidencias reales y concisas de discriminación a la mujer, de hecho, al contrario, y como mencionaron en otros comentarios, el SNI ha sido y es muy claro en sus requisitos en ambos sexos POR IGUAL, además hace excepciones que incluso favorecen a la mujer por ser madre, lo cual me parece justo, sin embargo, con miedo a que me lluevan malos comentarios, me parece que no era necesario ese año adicional (mención de una mujer)”*
6. *“Si un artículo en 3 años da para ser SNI I, cuánto piden para candidato? ¿Medio artículo?”*
7. *“Creo que el SNI no se enfoca a los géneros, ni a la situación particular de cada persona. Cada quien decide si ser padre o madre de familia. El caso de ser investigador nacional, se constata en los resultados”.*
8. *“La verdad es un trabajo muy chafa. En lugar de apelar a la equidad de género. Deberías trabajar más para no buscar pasar de panzazo. No es gran cosa lo que piden para ser nivel 1”.*
9. *“Es curioso que, con tantas tesis dirigidas, es decir con tantos datos, no explotes esa información en escribir y publicar artículos en las que hasta serías SNI II”.*
10. *“Yo no usaría el recurso de la debilidad. Estudié posgrado con un hijo pequeño. Estudié el doctorado a la vez que batallaba un cáncer y no le dije a nadie más que a la directora de mi tesis a título de secreto para no obtener prebendas... Estas cosas me parecen cotidianidades. Yo creo que hay que verlo como retos a vencer y eso templá el espíritu (mención de mujer)”.*
11. *“O sea que por ser madre ¿hay que dar otro trato? Es como si dijéramos que por ser hombres y tener que mantener a una familia, nos dieran el SNI automático. Eso no es equidad, eso es favoritismo”.*

Este debate en redes se parecía mucho en su discurso y énfasis en la “*insuficiencia*” del dictamen negativo de la primera comisión que evaluó mi permanencia al SNI, lo que me permitió aceptar mis argumentos para la siguiente comisión que revisaría mi reconsideración, aceptó mis argumentos y me dio la extensión.

Esto fue una victoria que suena fácil, pero que es una batalla desgastante y llena de cuestionamientos propios y externos. Requirió de mucho apoyo en la conformación de los argumentos del expediente (gracias al escribano con el que vivo) y también del apoyo de varios y varias colegas de la misma red social que me compartieron sus conocimientos para argumentar mejor mi reconsideración y diversas lecturas. Todo lo anterior implicó desatender mis campos de trabajo y, por supuesto, tareas del cuidado.

En este recorrido, algunas colegas me compartieron que no tuvieron el ánimo, el apoyo o la energía para realizar esta apelación quedando así, fuera del juego y un expediente más que reporta aparentemente “no haberle echado ganas” para mantener la distinción en el Sistema Nacional de Investigadores. Nos encontramos en la coyuntura del nuevo reglamento del Sistema Nacional de Investigadores¹⁸ y me permito formular algunas preguntas que exponen algunos elementos que el reglamento del SNI debiera considerar para su implementación y en los criterios específicos de cada área:

1. *¿Las comisiones de evaluación cuentan con los instrumentos de evaluación necesarios para medir la labor científica desde la complejidad y condiciones que como investigadoras nos encontramos?;*
2. *¿Cómo podríamos iniciar una discusión amplia y seria que problematice el tema de género desde un enfoque interseccional y que se consideren en el diseño de los sistemas de evaluación del SNI?;*
3. *¿Qué tipo de acciones y mecanismos podríamos diseñar que vayan más allá de los esfuerzos de acciones afirmativas²⁰ (importantes, pero no suficientes) para abordar una real transversalización de la perspectiva de género en las instancias que evalúan, delinean y estimulan la ciencia, la tecnología y la innovación producida por las mujeres?;*
4. *¿Qué tipo de estrategias e indicadores cuantitativos y cualitativos deberían incluirse en los “Criterios Específicos” de cada área para tener evaluaciones de “productividad científica” basadas en la equidad y que sean consideradas en la vigencia de las distinciones?;*
5. *¿Cómo materializamos el espíritu del objetivo general del SNI, expresado en el artículo 3 de su reglamento en el que se enuncia la distinción, el apoyo y la estimulación a investigadoras que contribuyan al fortalecimiento y consolidación de la comunidad humanística, científica, tecnología y de innovación?*

Otras preguntas más se están generando en la comunidad, las cuales deberían ser discutidas de manera colectiva y colegiada considerando todas las aristas complejas a las que nos enfrentamos en la actividad científica y académica y en la que la estructura orgánica que se conforma con el Consejo General y las y los integrantes de la Junta de Honor y las Comisiones Dictaminadoras del SNI debieran considerarlo como una oportunidad para tener un sistema de evaluación que estimule el quehacer científico desde el principio de equidad.

¹⁹ Ver Reglamento del Sistema Nacional de Investigadores publicado en el *Diario Oficial* de la federación disponible en: https://www.dof.gob.mx/nota_detalle.php?codigo=S616259&fecha=20/04/2021

4. Conclusiones de mi charla pendiente con el Estado Mexicano

Por primera vez “me atreví” y pude argumentarle al Estado las condicionantes estructurales alrededor de mi trabajo como investigadora, madre y soporte de familia, y simultáneamente vivir la realidad de la precariedad laboral combinando mis esfuerzos científicos.

El confinamiento es un escenario de fondo que ha visibilizado las realidades de nuestras carreras como científicas en esta época, lo que debiera ser aprovechado para diseñar indicadores de desempeño y de productividad científica y tecnológica en el SNI desde una perspectiva interseccional y en la que el respeto, la empatía, la visibilización de las condiciones distintas y desiguales, no centren al “echaleganismo” ni a la “voluntad”, ni limiten nuestras vocaciones científicas combinadas con nuestras elecciones reproductivas y de cuidado.

Ahora, con el nuevo reglamento, tenemos la oportunidad de marcar un punto de partida para reflexionar colectivamente sobre lo que esperamos de la ciencia para el país, de tal manera que las nuevas comisiones evaluadoras resignifiquen el sentido y el quehacer de la ciencia, tanto para nosotras que hemos optado por este camino, pero también para las científicas mexicanas que vienen en camino.

²⁰ Criterios de igualdad de género, inclusión, representatividad institucional y regional, (Artículo 7), cero tolerancias a la violencia de género (Artículo 22), extensión de la vigencia de distinción por razones de maternidad (Artículo 53) del Reglamento del Sistema Nacional de Investigadores.

Apartado IV

Palabras clave:

*valoración, trabajo, redes,
autogestión, resistencia*

La historia de la mujer

Patricia Hernández García²¹

Introducción

Para reflexionar sobre la triple jornada de la mujer es necesario definir primero el concepto y poner el contexto de la situación actual. Triple jornada se refiere al trabajo desarrollado por las mujeres con una jornada laboral externa, además de la realización de tareas domésticas y de cuidados (Gobierno de Canarias, citado en La Vanguardia, 2020), con una condición adicional: por su alto nivel de responsabilidad quiere tratar de que todo funcione correctamente, generando por lo tanto un elevado nivel de estrés, problemas de salud, pero, sobre todo, un nivel de cansancio constante y extremo.

Para explicar mejor la situación es necesario describir el contexto en el que todo esto se desarrolla; Arpini, Castrogiovanni, y Epstein (2012) mencionan que deriva del patriarcado y el machismo. El patriarcado es considerado como un generador de desajustes sociales en cuanto a las prácticas culturales e históricas atribuidos tanto a hombres como a mujeres, ya que se considera que el hombre tiene mayor poder en la sociedad, en primer lugar, porque se le ofrecen beneficios materiales como mayor sueldo y prestaciones, mientras que el machismo es la ideología de dominación masculina, generando comportamientos de inferioridad hacia la mujer.

Aunado a lo anterior, las tareas domésticas y los cuidados familiares son realizadas por las mujeres de la familia, en parte porque la propia familia considera que las mujeres tienen mayor capacidad de cuidar y ayudar a crecer a los demás miembros como si fueran unas expertas; y, por otro lado, la propia sociedad hace una división sexual del trabajo, naturaliza esta conducta y sobreexplota la idea generada en familia sobre los cuidados a familiares (Arpini, Castrogiovanni, y Epstein, 2012), haciendo finalmente que los prejuicios y estereotipos de género empujen a que los hombres cuenten con diferentes responsabilidades tanto en la familia como en la sociedad, generando una marcada diferencia en sus roles (Gobierno de Canarias, citado en La Vanguardia, 2020).

Por tanto, asumiendo este rol, cabe mencionar que posterior al nivel de trabajo realizado, el tiempo libre o el tiempo personal se invierte de diferente manera. Mientras los hombres se dedican al deporte, al ocio o a la política; las mujeres buscan reivindicar sus derechos, trabajan en actividades solidarias o se dedican al apoyo escolar (Gobierno de Canarias, citado en La Vanguardia, 2020). Partiendo entonces de estas grandes diferencias en los roles de género, establecidos por la familia, por la sociedad, pero sobre todo por el propio género, se debe buscar un proceso más equilibrado para tener mejor calidad de vida, tanto para las generaciones actuales de mujeres como para generaciones futuras.

²¹ Doctora en Administración; Universidad Autónoma de San Luis Potosí
Profesora de Tiempo Completo. Facultad de Contaduría y Administración.
Universidad Autónoma de San Luis Potosí, S.L.P., México
patricia.hernandez@uaslp.mx

Para ello, se desarrolla el presente capítulo, en el cual se muestra en primer lugar la evolución del papel de la mujer en México, después el concepto actual de la mujer en México y su impacto con la pandemia, y finalmente una reflexión sobre la triple jornada y el contexto actual.

La evolución del papel de la mujer

Las mujeres en México no siempre fueron libres, no siempre pudieron votar ni estudiar, no siempre pudieron tomar decisiones propias sin sujetarse a la voz de terceros, ya que la sociedad definía el proceso de producción de los ingresos y la distribución de las responsabilidades que establecieron la base de la distribución y el acceso a un mercado formal, donde las mujeres no tenían lugar, situación que derivaba del trato social, de las políticas sociales y, en general, de la educación generada en las familias mexicanas.

Hasta 1821, las mujeres tenían poca o nula participación en las decisiones sociales, debido al sometimiento impuesto por la religión, la familia y la sociedad. Pero con la independencia de México, las mujeres iniciaron un cambio crucial, ganándose el derecho a no ser esclavas, aunque continuaron con muchas limitaciones, pues no eran consideradas como ciudadanas y no tenían el derecho a votar ni eran consideradas iguales a los maridos dentro del hogar (Televisa News, 2020).

Sin embargo, la vida democrática y los derechos de las mujeres no tuvieron gran avance posterior a la independencia, teniendo principalmente algunos logros profesionales. En 1886 se tituló la primera mujer profesionista, Margarita Chorné y Salazar como dentista; en 1887, Margarita Montoya se tituló como médico y en 1898 María Asunción Sandoval se tituló como abogada. Pese a estos notables casos, ninguna de ellas pudo ejercer su profesión en las mismas condiciones que lo hacían los hombres, pero es de reconocer que estas mujeres abrieron el camino a generaciones de mujeres en actividades reservadas por años exclusivamente a los varones, por las reglas establecidas en la sociedad (Díaz de Kuri, 2009).

Para 1915, con el primer congreso feminista se logra que la mujer tuviera más libertad para cumplir con sus aspiraciones, a tener una profesión y/o un oficio para ganarse la vida y fomentar la literatura y escritura, pero aún se le negaba la posibilidad a ser electa. En 1917, las mujeres muestran mayor participación en actividades políticas, habiendo obtenido el derecho a ser consideradas como iguales dentro de sus familias (Girón, González Marín, y Jiménez, 2008).

En 1922, las mujeres en Yucatán lograron el derecho a participar en los procesos electorales estatales y municipales; aunque en octubre de 1953 se otorgó el derecho a adquirir ciudadanía a nivel nacional, fecha a partir de la cual no existió impedimento legal para participar en la política y el 3 de julio de 1955 por primera vez las mujeres que habían cumplido 21 años votaron, iniciando con ello campañas por la liberación femenina (Televisa News, 2020). En 1958 se eligió a la primera diputada, en 1967 las dos primeras senadoras, en 1979 se elige a una gobernadora y en 1989 la primera senadora de oposición (Girón, González Marín, y Jiménez, 2008).

A partir de 1973 se comienza a trabajar por erradicar los prejuicios existentes en la educación y las costumbres discriminatorias hacia la mujer, el respeto a las leyes laborales exigiendo igualdad en los derechos como trabajador, sin discriminación de raza, edad y sexo; y que la maternidad se reconozca como una función social necesaria para el crecimiento y desarrollo del país, y al asumir

esa responsabilidad por las mujeres, se le deben otorgar facilidades para realizar la función de trabajadora y madre, con derecho a las guarderías las 24 horas y tener una representación equitativa en el gobierno (Girón, González Marín, y Jiménez, 2008).

La mujer tiene derecho a buscar independencia económica y a decidir por su vida, por lo que se da la lucha por disminuir la opresión que proviene de la definición social de ser madres y amas de casa, y la búsqueda por levantar sectores en función al trabajo y el salario. Sin embargo, la crisis económica de los ochenta lanzó a las mujeres al mercado de trabajo, pero también fue llevada a la calle a conseguir una vivienda digna, mejoras en la colonia, agua, drenaje, abasto de productos básicos, mejora general en la vivienda (Girón, González Marín, y Jiménez, 2008).

La triple jornada

En esencia, la mujer ha jugado diferentes roles: hija, hermana, estudiante, madre, esposa, compañera, profesionista, empleada, trabajadora, entre otros roles (Bárcenas, 2012). Sin embargo, la globalización ha obligado a las mujeres a incorporarse a la vida laboral, pero sin dejar de lado las actividades familiares y domésticas, lo cual genera la falta de visibilidad en las actividades realizadas en determinados roles (Ramírez, y Cota Elizalde, 2017).

Además, la sociedad ha marcado gran diferencia entre mujeres y hombres respecto a las tareas desempeñadas tanto en el mercado laboral como en el hogar, generando una importante desigualdad de género. De manera adicional, el trabajo doméstico restringe por mucho la inserción laboral y la participación en cualquier ámbito profesional, colocando a la mujer en condiciones de desventaja, por lo que se limita la libertad económica (Moreno, 2010).

Lo anterior lleva a realizar un análisis riguroso de las estructuras modernas fruto de la asignación social (Ramírez, y Cota Elizalde, 2017) en donde, por un lado, la mujer realiza trabajo doméstico no remunerado y, por otro, participa en el negocio propiedad de la familia, sin recibir tampoco pago alguno (Moreno, 2010); de manera adicional se le asignan las actividades de cuidados a la personas dependientes en el hogar, lo cual genera una carga excesiva del trabajo que pesa más sobre las mujeres generando mayor desigualdad. Aunado a ello, hoy en día también hay mujeres que trabajan en el sector informal por su situación, el matrimonio y la maternidad, en algunos casos son madres solteras que requieren horarios flexibles (Ramírez y Cota Elizalde, 2017).

Reflexiones finales

Las mujeres son un pilar importante para la familia, y para la sociedad, no obstante, cuando se quiere reconocer a las mujeres exitosas, la lista solo incluye aquellas actividades desarrolladas en el terreno profesional, ocultando el resto de los roles. Es relevante mencionar que la mujer desempeña de manera exitosa todos los roles porque de lo contrario ya hubiera dejado alguno de ellos.

Todos estos roles se han visto rebasados a partir de febrero de 2020, debido a que en el mundo nos vimos inmersos en un problema global de salud. La pandemia generada por el COVID-19 produjo un cambio de origen en las formas de trabajar.

A fin de disminuir los contagios, las personas nos debimos ir a casa a realizar actividades de manera remota: trabajo, escuela, compras, etc.

Esta situación, aunada a los roles que previamente existían, ha incrementado de manera exponencial el trabajo, el tiempo dedicado a cada actividad, en ocasiones sobrepasando la capacidad de cada mujer y, sin embargo, como se menciona en este documento, el nivel de responsabilidad no se disminuye, por lo tanto, se excede la capacidad y se va creando un cansancio que con el tiempo se vuelve crónico. Quizá no es la intención final de queja, sino de visibilizar la situación por la que pasan las mujeres y reconocer que, a pesar de todo ese trabajo, como menciona Nancy Quintanilla, las mujeres movemos al mundo.

Referencias

- Arpini, P., Castrogiovanni, N., y Epstein, M. (2012). La Triple Jornada: ser pobre y ser mujer. *Margen*, 66, 1-22,
- Bárcenas, P. (7 de marzo de 2012). Historias de mujeres exitosas en SLP. Plano Informativo. <https://planoinformativo.com/183871/historias-de-mujeres-exitosas-en-slp-slp>,
- Breve historia de los derechos de la mujer en México (29 de diciembre de 2020). *Televisa news*. <https://noticieros.televisa.com/historia/breve-historia-de-los-derechos-de-la-mujer-en-mexico/>,
- Cena, R. (2019). Discusiones en torno a los cuidados sociales: ¿hacia una triple jornada? Reflexiones desde poblaciones destinatarias de políticas sociales. *Aposta. Revista de Ciencias Sociales*, 81, 22-37.
- Díaz de Kuri, M. (2009). Margarita Chorné y Salazar la primera mujer titulada en América Latina, México: Documentación y Estudios de Mujeres, A.C.
- Girón, A., González Marín, M. L., y Jiménez, A. V. (2008). Breve historia de la participación política de las mujeres en México. En: Límites y desigualdades en el empoderamiento de las mujeres en el PAN, PRI y PRD. *Las Ciencias Sociales Estudios de Género*. Miguel Ángel Porrúa, Distrito Federal, México, 33-61. ISBN 978-970-819-114-2,
- Las mujeres viven más años que los hombres, pero con peor salud debido a la ‘triple jornada laboral’. (30 de enero de 2020). *La Vanguardia*. <https://www.lavanguardia.com/local/canarias/20200130/473220829993/las-mujeres-viven-mas-anos-que-los-hombres-pero-con-peor-salud-debido-a-la-triple-jornada-laboral.html>.
- Moreno, M. G. (2010). Por una relación familiar con equidad. *Inmujeres*, http://cedoc.inmujeres.gob.mx/ftp/Tabasco/tabmeta13_1.pdf.
- Ramírez, L. T., y Cota Elizalde, B. D. (2017). La doble presencia de las mujeres: conexiones entre trabajo no remunerado, construcción de afectos-cuidados y trabajo remunerado. *Margen*, 85, 1-12,

Una rata (no tan) vieja que era... investigadora y madre durante una pandemia

Xochitl del A. León Estrada²²

Introducción

En un fabuloso fin de semana, a mediados de marzo del 2020, participé en una carrera de 5 km, por supuesto no gané, pero me sentí satisfecha de llegar a la meta en el primer bloque, de respirar aire limpio, de sentirme libre y de tener una porra (hijas y esposo) que me alentaba con singular entusiasmo. Dos días después llegó el encierro. Ha pasado casi un año de trabajar desde casa, de no salir más que para lo indispensable, de confinamiento en familia, de pérdidas, tristezas, estrés, frustración, pero también de aprendizaje, de equilibrio y de crecimiento.

Al principio pensé que era algo de un par de meses, quizás un semestre (lo que ya sonaba extenso) y que después regresaría a mi supuesta “normalidad”. Con poco menos de un año de haber obtenido mi tiempo completo como académica, me sentí fuerte, con energía y con ánimo de iniciar y explorar nuevas formas de investigar e impartir cátedra a distancia. Las nuevas tecnologías digitales me emocionaban y pensé que sólo era cuestión de adaptarme. Lo de ser madre en pandemia para mí era pan comido, sobre todo porque siendo estudiante de doctorado parí una hija y defendí mi título con casi cinco meses de gestación de otra. No sabía lo que me esperaba.

Mis hijas se llevan año y medio. La mayor estaba en el jardín de niños y la pequeña en estancia infantil. Mi esposo, también académico, y yo teníamos una rutina que funcionaba muy bien, nos turnábamos para llevar y traer a las niñas de sus respectivas escuelas y también para trabajar cuando teníamos que hacerlo en casa. De repente, los cuatro estábamos en casa, con horarios que chocaban con trabajo, escuela, comida, hora de la siesta, hora del juego. La triple jornada nos rebasó. El estrés nos desestabilizó y la pérdida de seres queridos por el COVID-19 me hizo ver que cada día vivido es el más importante de mi vida. Esto último fue una sacudida tremenda que me hizo sentir como una rata vieja con la cola quemada y un rabito pequeño al cual aferrarse.

Mi situación es la de muchas, altibajos en el ánimo, cansancio, depresión. Sin una red de apoyo en mi ciudad ni familiares cercanos, mi pareja y yo tuvimos que reconsiderar muchos aspectos y reencontrarnos en una nueva dinámica de pareja, de investigadores y de padres. Aun así, yo seguía incompleta.

A esta rata (no tan) vieja sólo le quedaba aferrarse a su pequeño rabito, ponerse pomada y amarrarse un trapito. Esta pomada y este trapito resultaron ser un círculo de mujeres, investigadoras y madres a quienes conocí después de convocar abiertamente a quien quisiera unirse a una reunión por videoconferencia. El objetivo era hablar, hablar y hablar, sin juzgarnos, sin tapujos, sin conocernos.

²² Doctora en Estudios Mesoamericanos; Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM)
Profesora-Investigadora de tiempo completo de la Academia de Desarrollo Regional Sustentable, El Colegio de Veracruz.
xleon.colver@gmail.com

Así inició en el verano del 2020 un grupo de apoyo entre mujeres que, sin conocernos personalmente, ya hemos creado una red sorora con mucho poder. El núcleo básico, como le llamamos, lo componen compañeras de Tamaulipas, de Nayarit, de Guanajuato, de Cd. de México, de Tabasco, de todas las disciplinas de la ciencia, de instituciones de educación públicas y privadas. Todas compartimos nuestras alegrías, nuestras frustraciones y nuestros triunfos. Somos investigadoras, somos madres, pero también somos mujeres y ahora amigas. Es curioso cómo entre la virtualidad, que a veces parece un espacio desprovisto de toda la calidez humana del contacto directo, se pueden crear redes de apoyo tan fuertes y sólidas como a la que ahora pertenezco. Estamos separadas por una distancia física que va de océano a océano, de frontera a frontera, pero que cada dos semanas hacemos un espacio en la agenda en el que compartimos y disfrutamos de ser quienes somos, sin miedos y sin prejuicios, hablamos de la culpa, la rabia, el miedo, el amor y el apoyo.

Ese ha sido mi refugio, me siento abrazada por cada una de mis nuevas amigas, el no saberme sola, encontrar comprensión y desahogo ha sido la mejor pomada que pude haber encontrado. Escribo estas líneas y me siento privilegiada de haber creado una comunidad sorora, en la cual nos curamos y aprendemos juntas, no sólo de ciencia y cuestiones académicas, sino de la importancia de vivir y darnos un espacio para ser quienes somos: investigadoras y madres durante una pandemia. Nuestro desarrollo como investigadoras y madres depende también de nuestro desarrollo personal y nuestras libertades. Como lo ha manifestado Sen (2000), la importancia de la libertad para el pleno desarrollo de la humanidad debe considerarse desde el mejoramiento de nuestra calidad de vida, basada en nuestro libre albedrío para expandir nuestras libertades y generar y ejercer nuestro propio crecimiento. Yo soy muy emocional y la capacidad de la resiliencia humana me sacude intensamente. Esto me lleva a pensar desde el procesualismo, porque el valor de las relaciones humanas para mí, independientemente de la virtualidad en la que se producen, radica en el proceso cultural y social de reconocernos como parte de una comunidad.

Me siento afortunada de tener un trabajo estable, de tener dos hijas sanas y felices, y de contar con un compañero de vida que no tiene complejos para lavar trastes y dormir a niñas pequeñas. Sin embargo, la carga social y la triple jornada laboral que caracteriza a las mujeres durante esta pandemia es limitante, y sólo deja ver que, para muchos, nuestro papel sigue siendo meramente reproductivo. Nuestro aporte como agentes activas de la vida social, económica, académica y productiva sigue en desventaja frente al mismo rol que se desempeña desde la masculinidad (Moser, 1989). Como investigadoras y madres durante una pandemia, no debemos sentirnos responsables por salvar al mundo ni culpables de que nuestros hijos no hagan todas las tareas, mucho menos frustradas porque no hicimos los frijoles charros que habíamos planeado. Nuestro compromiso es con nosotras mismas, con nuestro bienestar y nuestras libertades. Sigamos creando comunidades sororas. El desarrollo y la organización social de las mujeres trabajadoras va más allá de lo doméstico y lo laboral. Las redes de apoyo son procesos globales que están ratificando la necesidad y urgencia de un cambio de paradigma en lo político, lo ambiental y lo social hacia la plena integración de las mujeres. La pandemia es un buen pretexto para organizarnos.

Referencias

- Moser, C. O.N. (1989). Gender planning in the third world: meeting practical and strategic gender needs, *World Development*, (17) 11:1799-1825. Doi: [https://doi.org/10.1016/0305-750X\(89\)90201-5](https://doi.org/10.1016/0305-750X(89)90201-5).
- Sen, A. (2000). Desarrollo y libertad. Barcelona: Planeta.

Mi encuentro con la COVID-19: La muerte como complemento de la vida

Ericka Beatriz Morales Trejo²³

Para ponerlos en contexto, actualmente soy maestra titulada en tiempo de pandemia, pero en aquel tiempo sólo era una estudiante de posgrado con 37 años y dos niños en edad escolar, queriendo terminar la tesis para cumplir en tiempo y forma, a mi universidad y por supuesto a la “tía Cony” (es como los estudiantes de posgrado llamamos al CONACYT), y con la firme idea de estudiar el doctorado.

Quizá como estudiante de posgrado se pudiera pensar que mis ocupaciones no son muchas, ya que no doy clases ni cargo con la presión del SIN. Sin embargo, me desempeño como auxiliar de investigador con actividades académicas en tres programas distintos, resultado del involucramiento en diferentes grupos de investigación, cosa a parte del trabajo de tesis, así mismo hago labores técnicas como ingeniera civil para una empresa particular, después de todo hay que buscar ingresos extra, la beca se terminó y los gastos siguen, aunque tomé precauciones previas, para ese tiempo aún me hacía falta titularme. Cabe señalar que por parte de la familia de mi esposo soy la única que tiene horario flexible para el trabajo por eso soy la encargada de abastecer la despensa de mis suegros y por el lado de mi familia, soy la que tiene una economía más estable, motivo de más para estar pendiente de las necesidades de la casa de mi madre, además de su salud, porque ella está con la idea de que *“la pandemia es un invento del gobierno para controlar la economía”*, lo cual se agrega al resto de mis preocupaciones.

Todo empezó como un día normal en mi vida, levantarme a las cuatro de la mañana para avanzar un poco el trabajo, ir a la cocina a preparar una perfumada y cálida taza de café con los ojos aún medio cerrados, después caminar al baño quizás arrastrando un poco los pies, recuerdo que me senté frente a mi computadora sintiendo el cuerpo un poco pesado y con mucho dolor en el cuello, el cual atribuí a las largas horas frente al monitor con una mala postura.

Seis de la mañana, se levanta Arturo, mi hijo de 10 que está diagnosticado con Trastorno con déficit de atención e hiperactividad (TDAH) y dislexia, él siempre madruga, no importa si son vacaciones, fines de semana o estamos en pandemia, la hora siempre es la misma, se pone tenis y sale a jugar con los tres perros que forman la extensión perruna de la familia, “canastea” un poco en el patio frontal de la casa, yo lo veo anhelante desde mi rincón de trabajo que tengo acondicionado en la sala de mi casa para estas madrugadas, continúo con el trabajo ¡la tesis no se va a terminar sola!

Seis y media de la mañana, se levanta mi esposo con todo el ruido que lo acompaña, prende el televisor para ver los resúmenes deportivos y comienza su rutina de prepararse para ir al trabajo, siendo ingeniero civil encargado del mantenimiento de un tramo carretero de nuestra ciudad, el gobierno consideró su trabajo como actividad prioritaria, así que su día a día no se frenó, cuando el de muchos otros sí lo hizo.

²³ Maestra en Desarrollo Económico Local, Universidad Autónoma de Nayarit, México.
Auxiliar de Investigador, Facultad de Economía, Universidad Autónoma de Nayarit.
ericka.morales@uan.edu.mx

La ventaja de tener un esposo madrugador radica en que prepara el desayuno para todos y acompaña a desayunar al niño, permitiendo que tenga un poco más de tiempo para mis actividades, aunque para seguir concentrada me tenga que desplazar al escritorio que se encuentra en la recámara que compartimos, y que constituye mi área de trabajo permanente durante el resto del día.

Siete de la mañana, aparece Sofía, mi hija de 13 años, a darmelos buenos días y para solicitarme el *link* para conectarse a su clase de historia, cursa el tercer año de secundaria y no le hemos permitido tener un celular, lo cual la frustra demasiado y un poco a mí también, ya que su escuela sólo manda la información por *WhatsApp*, por lo que, al iniciar sus actividades, renuncio a la privacidad de mi teléfono para compartir con ella mi aplicación en su laptop hasta que concluye su día escolar.

Ocho de la mañana, la silla me empieza a cobrar el tiempo que llevo sentada en ella, mi café hace rato que se terminó, bueno, después de todo es hora de quitarse el pijama y empezar a espabilarme para empezar las clases en línea con Arturo, lo cual requiere todo mi tiempo y paciencia permanente con tal de lograr cumplir los objetivos marcados por el profesor. Me considero afortunada porque el profesor se ha preocupado por buscar maneras divertidas para cumplir con los contenidos escolares sin saturar a los niños, lo cual me sorprendió bastante siendo una escuela pública, aunque eso no quita que tengo que estar bien enfocada con el niño para que no se distraiga y concentre su atención en lo que tiene que hacer. Me siento cansada y me duele un poco la garganta, lo cual es raro, porque no suelo ser enfermiza, lo ignoro y me meto a bañar antes de que mi esposo se vaya al trabajo. Los niños están desayunando con su padre mientras conversan animadamente en el comedor y dan cuenta de unos huevos con jamón acompañados de frijoles y *tortillitas* calientes.

Nueve de la mañana, ya con la armadura de guerra puesta (jeans, tenis y sudadera holgada) comienzo a revisar el *Classroom* para ver las nuevas consignas a realizar, mientras mordisqueo un pan con mermelada y me bebo un segundo café. El cuerpo me sigue doliendo, pero hago caso omiso, no es tiempo para consideraciones, le explico la actividad al niño y el producto que tiene que lograr, Sofía sigue en sus clases, mi esposo se ha ido a trabajar, pongo una carga de ropa en la lavadora, mientras pienso qué es lo que tengo en el refri para hacer de comer. La sala está llena de juguetes esparcidos por todos lados, resultado de la actividad creativa del niño, hay ropa para doblar en el sillón, aunque no me preocupo por ello, ya que sé que los chicos harán su parte una vez que terminen las clases.

Doce del día, Arturo está molesto porque no puede resolver unas divisiones, mientras yo con el estómago alterado por tratar de agarrarme de los restos de paciencia para no gritarle. El chico se encuentra bastante frustrado al igual que yo, me duele un poco la cabeza, es hora de empezar a hacer de comer, me dirijo hacia la cocina para empezar con los primeros preparativos, Arturo sigue intentando hacer su tarea en el comedor, donde lo observo mesarse el cabello con enojo, me lavo las manos antes de comenzar mi faena, me pongo un poco de antibacterial, costumbre arraigada en mí por pasar el embarazo en medio de la epidemia de H1N1 en el 2009, así que adaptarme a las medidas de sanidad por COVID no ha sido muy difícil.

El menú de hoy, milanesa de pollo empanizado, arroz blanco con papa y zanahoria, ensalada tipo *Cesar* y agua fresca de fresa. Trato de que la comida esté lista a las dos de la tarde para que, una vez concluidas las actividades escolares, podamos sentarnos a comer y hacer un poco de aseo en la casa y que los niños tengan su espacio de esparcimiento, mientras yo trato de avanzar con mi trabajo.

Catorce treinta del día, la comida está terminada, se recogen los útiles del comedor, se cierran el día de hoy las actividades escolares, sólo resta escanear las evidencias y subirlas a *Classroom*, Arturo realizará su tiempo de lectura con su padre por la tarde, Sofí cierra su computadora, la veo cansada y con cara de fastidio, lo que más extraña es la interacción con sus amigos, estos tiempos de encierro la han vuelto irritable y un poco llorona, una sombra de la niña alegre que solía ser, por lo que siempre debo cuidar mis palabras al conversar con ella, porque cuando convives con una adolescente nunca se sabe qué palabras pueden detonar el enojo o el llanto.

Ha sido complicado para todos, anteriormente era muy poco el tiempo que pasábamos en casa, levantarnos a las cinco de la mañana, salir de casa a las seis quince ya desayunados con rumbo al colegio para dejar a Sofía en la secundaria quince minutos antes de la siete y Arturo a las siete en la primaria, y así poder desplazarme a mis propias actividades en la universidad. Por su lado, mi esposo se quedaba en casa haciendo labores de limpieza, mientras se llega la hora de irse al trabajo, los niños y yo al terminar las clases comíamos en el comedor de la universidad para poder estar a tiempo a las cuatro de la tarde en el entrenamiento de fútbol de Arturo, donde mi esposo se reunía con nosotros y de donde salíamos a las 5:30 p.m. para trasladarnos a la clase de esgrima de Sofía, que comenzaba a las 6 p.m. Nuestro regreso a casa normalmente era a las 8 de la noche de lunes a viernes, excepto el miércoles, día que aprovechábamos para ir al cine a ver alguna *peli*. Esos tiempos parecen lejanos y acostumbrarse a una rutina más pasiva le ha costado mucho a Sofía, caso contrario de Arturo, quien dice no querer regresar a clases presenciales.

En un ambiente melancólico comemos, conversamos de lo que hicieron en clase, de la película que vimos ayer y les encomiendo sus labores en la casa que incluyen recoger la sala y la mesa después de comer, además de lavar los platos restantes y recoger la popó que los *perrillos* dejan en mi jardín, posterior a ello les autorizo a ver la tele, jugar videojuegos o hacer lo que les plazca hasta las cinco de la tarde, hora en que regresa su padre, quien les asignará nuevas tareas o los pondrá a hacer ejercicio para mantenerlos saludables. Mientras ellos realizan sus deberes, me dispongo a trabajar en mis pendientes, para lo cual me siento frente a mi computadora y me aplico nuevamente un poco de antibacterial. De repente soy consciente de que no percibo el fuerte olor del gel, cuando por la mañana sí.

En ese momento pienso que le pasó algo a mi gel, quizá le dio el sol ya que mi escritorio se encuentra junto a una ventana y por ello se evaporó el alcohol, busco la otra botella de gel que tengo en la sala y es igual, no percibo nada, busco mi perfume favorito, pero mi nariz se niega a reconocer olores, me preocupo, asimiló que es uno de los síntomas de esta enfermedad de la que tanto me he cuidado, me asusto y trato de razonar si es posible que me haya contagiado y dónde pudo ser, aún después de tomar tantas precauciones. El día anterior visité a mis suegros y a mi madre porque me tocó llevarles la despensa, lo que aumenta mi preocupación, trato de hacer memoria si me quité el cubre bocas en algún momento; las personas solemos disminuir las precauciones cuando estamos con la gente que amamos, y eso creo yo, es lo más peligroso de todo.

Me encierro en mi recámara, tratando de no caer en pánico, el cuerpo me sigue doliendo igual que la cabeza, no traigo fiebre, pero la garganta me mata, la siento muy seca, me veo las manos y me tiemblan un poco, tal vez de miedo, trato de pensar en positivo, quizá no sea nada y yo ya me estoy predisponiendo. Me dispongo a informarme sobre qué hacer en caso de sospecha de COVID,

cientos de páginas en internet me bombardean con información sobre el tema, tantos muertos a nivel mundial, los semáforos en rojo, los hospitales saturados, no hay respiradores, entre muchos otros temas para mí en ese momento apocalípticos, no me dan la información que necesito. Un rayo de luz cae sobre mí, recuerdo que mi cuñado es médico especialista en urgencias y cuidados intensivos, aunque nuestra relación es un poco tirante, la ocasión amerita que yo le marque. Él, como buen médico, me explica que lo que tengo que hacer es acudir a uno de los centros de detección que se encuentran instalados en los hospitales y esperar que me diagnostiquen, ya que tenga el diagnóstico si es positivo, tengo que tomar paracetamol, vitamina C y aspirina, también me recomienda que me aísle de todos, y que a menos que sea extremadamente necesario acuda al hospital, que mejor le llame, así mismo como mi buen cuñado que es, me pone una regañada por haber ido con sus padres si me sentía mal y me recuerda muy amablemente que si sus padres se enferman es totalmente culpa mía, lo cual, debo agregar, no me hace sentir mejor.

Cuelgo la llamada, sigo reflexionando a solas, pienso que estoy bien, soy joven, no padezco enfermedades crónicas, nunca he fumado, tampoco bebo alcohol y en mi primera juventud fui deportista de alto rendimiento, además ya tuve dos partos naturales, ¡obvio, puedo con el COVID! me armo con pensamientos optimistas y espero la llegada de mi esposo.

Cinco de la tarde, escucho a mi esposo entrar por la puerta principal, saluda a los chicos que siguen en la sala y a continuación me busca para recibir la consabida bienvenida de cada día, aún pensativa me encuentra en la recámara, reúno todo el valor que puedo y le doy la noticia. “Sospecho que tengo COVID”. Veo que la incredulidad surca su rostro, supongo que trata de asimilarlo y con el pomo de la puerta aún en la mano, escucha los antecedentes, me pregunta si quiero que me lleve al hospital, a lo que no me niego porque no quiero estar cerca de él ni de los niños, tengo miedo a contagiarlos y si algo me pasa a mí, me gusta pensar que tendrán a su padre.

Una vez en el centro de detección, le comento al médico mis sospechas, una enfermera me toma los signos vitales, con todas las precauciones me revisan y entrevistan con respecto a mis hábitos, las veces que salí a donde fui y con quien estuve, conozco a alguien que haya tenido COVID, soy honesta, sólo salí al supermercado y al mercado de abastos cada quince días para hacer las compras de las tres familias. Considero que como ciudadanos responsables hay que acatar las indicaciones dadas por el gobierno. Me sentía afortunada de poder estar en casa trabajando y con mis niños, aunque mis proyectos a futuro cambiaron de un día para otro cuando inició la pandemia, adiós doctorado en Guadalajara, adiós a Pachuca. Me parece impensable dejar a mis hijos en momentos de tanta incertidumbre, así que decidí hacer lo posible por mantener a la familia unida, estar al pendiente de los adultos mayores en ella y, por supuesto, darles la seguridad a los niños de que vamos a estar bien, haciéndolos conscientes de que si nos cuidamos nosotros cuidamos a todos los demás.

Al final, el médico comenta que, por la edad y los antecedentes, no soy candidata para hacerme la prueba, esa la reservan para pacientes que tienen mayor riesgo que yo, pero me comenta que de diez rasgos que evalúan tengo ocho, así que lo más probable es que sí sea portadora, por lo que tengo que tomar todas las medidas de aislamiento y cuidado de la enfermedad, me proporcionan dos kit COVID que contienen cubre bocas, dos para cada día, gel antibacterial, paracetamol, jabón para manos y una guía de cuidados a seguir sobre la convivencia familiar como paciente de COVID.

Regreso a casa con mis dos cajitas, siento ganas de llorar, a la vez me siento furiosa, por toda esa gente que anda en la calle sin cuidarse, que usan el cubre bocas mal, que van a fiestas, que creen que la pandemia es un invento del gobierno o quizás un plan macabro para exterminar a los viejitos ¿qué voy hacer?, ¿qué va a pasar con mis hijos?, ¿los debiera mandar a otro lado?, ¿y si son asintomáticos? La angustia se apodera de mis pensamientos, trato de parecer calmada al momento de explicarles la situación a los niños, mi hijo percibe mi tristeza y sólo quiere abrazarme, no lo permito, por mi propio miedo, con palabras trato de darle seguridad, decirle que todo está bien, aunque puedo ver que lo lastimó mi rechazo.

A partir de ese momento, todo cambió, mi esposo sacó sus cosas de la recámara para instalarse en la sala, él continuó yendo y viniendo al trabajo como cada día, ahora extremando precauciones, los niños continúan con sus clases, Sofía asume su rol de hermana mayor y se encarga de las necesidades de su hermano además de las mías. Doy gracias a Dios por haberlos enseñado a cocinar a temprana edad, por lo que sólo tengo que indicarle el menú para cada día y ella se encarga de todo. Mi presencia en casa es como la de un fantasma que sólo sale a servirse la comida para regresar al cuarto, mi hijo me ve de lejos y quiere que lo abrace, siempre lo rechazo, no puedo evitar que las lágrimas lleguen a mis ojos, me siento muy sola, en mi aislamiento duermo la mayor parte del tiempo, tengo fiebre, me cuesta respirar, el cuarto y quinto día fue lo peor, ni siquiera puedo hablar, las fuerzas del cuerpo me han abandonado, siento que caigo en un abismo profundo y oscuro, que me va despojando poco a poco de mis pensamientos y sensaciones, lo último que percibo son unas lágrimas silenciosas resbalando por las colillas de mis ojos, no puedo sostener siquiera el celular para llamar a alguien, además no quiero que alguien más se enferme, tampoco quiero que mis hijos me vean así, le cuestiono a Dios si en realidad voy a morir. Sufro en silencio, sólo desearía que alguien estuviera a mi lado para limpiar mi sudor o darme un trago de agua, y entonces lo entiendo, mucha de la gente que está en el hospital, que sufre en soledad, alejada de sus familias, muere, por eso esta enfermedad es tan cruel, te aleja de los que más quieras y es porque los quieras, que los tienes que alejar.

Sobrevivo, el sexto día me siento mejor, el cuerpo ya no me duele tanto, puedo moverme, aunque me siento muy débil, me meto a bañar, siento que el sol se ve más brillante en mi ventana, tengo náuseas, no creo poder comer nada, aunque hago el esfuerzo de ingerir algo, le pido a mi hija que me prepare una olla de jugo de arroz para beber y como galletas saladas, dos días con diarrea y vómito, me siento muy cansada, sigo durmiendo, veo Netflix, pienso en mi tesis, hablo con mi madre y mis suegros, les digo que estoy bien, aunque mi voz suena bastante mal y me cuesta mantener el hilo de la conversación. Además de lo ya mencionado, me acompañó la urticaria a partir del día catorce, por seguridad decidí quedarme aislada hasta el día veintiuno a partir del diagnóstico.

Al salir del aislamiento veo que mi hijo se encuentra bastante abatido, nada normal en él, veo que presenta síntomas leves de gripe, por lo que decido que toda la familia se aíslle catorce días más, mi esposo permanece en casa esos días por precaución, aunque yo ya no estoy en aislamiento, él sigue durmiendo en la sala e inconscientemente evita tocarme. Al final, transcurren cuarenta días y creo que ya nadie tiene el riesgo de ser portador, trato de que las cosas vuelvan a la normalidad, en familia desinfectamos toda la casa, todas las superficies, se lava toda la ropa, y me atrevo a pedirle a mi esposo que regrese a nuestro cuarto, acepta y por fin se atreve a darme un beso.

Nada es igual. Me da miedo salir, me estresa la gente, cuando conduzco por la ciudad, el tiempo parece transcurrir muy lentamente. Las medidas de seguridad en mi casa y con mis hijos son muchas, tengo miedo de que alguien más se contagie. Hay gente que dice que es como una gripe, pero más fuerte. A ellos les digo, no tienen idea de lo que dicen, nunca una gripe me había hecho sentir tan mortal, muerte, es un pensamiento que me acompaña continuamente, pero como complemento de la vida, porque esta pandemia me hizo ver que la estancia de los humanos en esta tierra es muy corta y tal vez nos hemos preocupado por cosas superfluas como tener el mejor carro, mandar a los niños a los mejores colegios, amueblar una casa, etcétera, y nos hemos olvidado de lo felices que somos al estar con las personas, hemos olvidado el valor que tiene un abrazo o un beso.

Si hay algo positivo que me deja esta pandemia, es reconocer el valor que tienen las personas en mi vida. Continuó luchando con las secuelas que me dejó la enfermedad. Después de dos meses recuperé el olfato y poco a poco el gusto, continúo con la fatiga y a menudo me olvido de muchas cosas, terminé mi tesis y me titulé, sigo con el plan del doctorado, abrazo mucho a mis hijos, juego con ellos, no dejo que todos los deberes escolares o mis compromisos de trabajo nublen el tiempo que paso con ellos. La verdad, todo pierde importancia cuando lo comparas con el hecho de estar vivo y con los tuyos.

El paro que se convirtió en pandemia

Ana Luz Muñoz Zurita²⁴

Esa mañana del 26 de febrero no imaginé todo lo que cambiaría mi vida, me levanté como lo hacía 5.45am para preparar lonches, mamilas, mochilas y demás. Al salir de la casa, yendo a dejar a mi niña que estaba en la primaria, mi esposo manejaba y vimos que la calle para entrar a la universidad estaba cerrada, tomé al bebé, me puse mi mochila y le dije: “Lleva a la niña a su escuela, yo llevo al bebe”.

Me bajé y comencé a caminar hacia la universidad (la institución nos da el servicio de guardería y kínder para nuestros hijos y está dentro de CU), entré sin problemas, entregué a mi hijo de 8 meses y regresé a casa caminando, al llegar a casa encendí la TV y vi las noticias, mi universidad se iba de paro indefinido. En este momento, el WhatsApp estaba a todo lo que daba, mis compañeras maestras que llevaban a sus hijos a la guardería escribían que unas no pudieron llegar a CU, que ya estaba todo cerrado, ahí fue cuando mi cabeza no paraba de pensar en mi bebé, de pronto llegó un mensaje de la Directora que nos decía que los bebés estaban muy bien cuidados y que tan pronto se pudiera, nos darían acceso para ir por nuestros niños.

Nunca olvidaré ese sentimiento de angustia, de temor, pero a la vez tenía fe en que todo estaría bien, terminé de desayunar y fui a casa de mi madre. Unas tres semanas antes se había caído y se había fracturado la cadera, al ser la única hija, después de dos hijos varones, yo me encargaba de bañarla, levantarla y darle de desayunar. Llegué y la vi ahí en su cama, hice todo lo anterior y llegó el esperado mensaje “A la 1pm se abrirá la puerta para recoger a los niños”. Llegó la hora y fui la primera en entrar por su hijo, al tenerlo en mis brazos di gracias y lo abracé tan fuerte que se me salieron las lágrimas, llegamos a casa, pasaron los días y seguimos en paro. De pronto, una amiga de doctorado en Madrid me mandó mensaje de que había un virus, que estaban cerrando todo por allá, no presté mucha atención, ilusamente pensé que sólo eran cuestiones de política por allá.

Después de 20 días de paro, regresamos a la universidad, llegué a la guardería a entregar a mi bebé y oí la conversación de una compañera madre que decía que en Alemania ya había mucha gente infectada del nuevo virus y que en dos días aquí en México cerrarían las escuelas y demás actividades. Por un momento pensé que era un panorama muy negro, trataba de ser optimista, ya que mi cabeza aún estaba con cierto miedo de que volvieran a cerrar la universidad y volver a pasar aquella situación.

Al llegar a mi salón, vi a mis alumnos con sus caritas de emoción de volver a clases, recuerdo bien que yo también estaba contenta de regresar, así fueron los siguientes tres días hasta que recibimos el mensaje de que toda actividad presencial se suspendía. Tenía en ese entonces tres alumnos realizando servicio social en el Hospital Universitario y la indicación era que tenían que salir de inmediato. Me comuniqué con ellos y salieron.

²³ Doctora. Instituto Nacional de Astrofísica, Óptica y Electrónica (INAOE).

Facultad de Ciencias de la Electrónica, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Puebla, México.

analuz.munoz@correo.buap.mx

Mucha gente me ha dicho: “Pero ustedes trabajan desde su casa, solo se conectan y listo”. Pero no saben todo lo que hay detrás de esa supuesta conexión, estos días de pandemia han sido complicados, ya que no es fácil dar clases y mientras estás explicando el teorema del muestreo, te mueves de un lado al otro meciendo al bebé que traes en tu canguro o lo traes en brazos. Algunas veces los mismos alumnos te mandan un mensaje diciendo “Miss, ya se durmió su bebé” y en ese momento, todos guardan silencio y voy a dejar al bebé a su cuna para que duerma, y sigo dando la clase.

Mientras eso sucede, mi niña está en clase y mi esposo está a un lado de ella, ya que aún es pequeña y va aprendiendo y familiarizándose con las clases en línea. Si a mi pequeña de siete años le cuesta trabajo entender esta nueva manera de trabajar, no imagino al bebé, que por lo general de miércoles a viernes nos conectamos durante 30 minutos para hacer actividades que le asignan en la guardería. A veces, conforme van pasando los días, mi humor y mi paciencia van disminuyendo. Trato de hacer comida, trato de lavar trastes, al mismo tiempo que estoy atrás del bebé que ya camina y se sube a la silla, y de ahí a la mesa: “Niño bájate de ahí, niño te vas a caer”. Suena mi celular con un mensaje y es un alumno: “Miss no he podido conectarme, me puede decir cómo está evaluando y cómo es el modo de trabajar”. Es el alumno no sé qué número que durante esta semana hace esto.

Suena el teléfono y es mi mamá, para saber cómo estamos, sólo le digo “sobreviviendo”, mis ganas de llorar a veces me quieren ganar al igual mis ganas de renunciar a la universidad. Anoche intenté escribir un artículo, pero me vencía el sueño, el cansancio, además de que a un lado de mi tenía a la niña durmiendo. Hay días que me siento como la peor madre del mundo, ya que me desespero (mientras escribo, esto el bebé está sacando todas las toallas húmedas y las restriega en la mesa, se forma una espumita y una vez más de mi boca sale “Niño, no hagas eso”).

Otros días me siento la peor maestra del mundo, ya que debería prestar más atención a mis alumnos y a mis tesistas, pues sólo por ratos voy haciendo videos, reviso tareas y la cosa se pone peor cuando llega el e-mail de la universidad, pidiendo el reporte de la planeación didáctica. A veces me dan ganas de responder: “Ana Luz está fuera de servicio”. Eso sí, trato de llenarlo con lo que tengo y en observaciones coloco lo siguiente. “Es difícil trabajar con un bebé de 18 meses, una niña de siete años y una madre que se recupera de una fractura de cadera”.

Hay días en que la niña está rebelde, no quiere trabajar ni conectarse a la clase, me pregunta: “Mamá, ¿algún día volveremos a ser normales?”. Y yo sólo le digo: “Verás que sí”. En mis pensamientos digo: “¿En qué momento la vida normal se volvió complicada?” Muchas veces he maldecido al humano que comió el murciélagos y desencadenó todo esto, pero al mismo momento pienso: “Soy afortunada de tener unos hijos, un esposo que me apoya”. Ya que mientras yo estoy con el bebé, él está con la niña trabajando en lo de la escuela, o mientras intento dar clase y digo intento, ya que mi cuerpo está en clase, mi mente está pensando si el bebé estará bien, en qué hacer de comer, si mi madre está bien, si se tomó la medicina, en fin, trato de trabajar, pero es complicado. Lo peor o mejor del caso es que cuando el bebé está con mi esposo, se porta bien, hasta se duerme, jajaja me río y me vuelvo a preguntar “¿Acaso soy yo?”

Apenas salieron las reconsideraciones del SNI, un buen amigo mío ahora es nivel III, me da mucho gusto por él, pero otra vez pienso en mí, en que sigo siendo candidata, en las veces que he tratado, me he sentado a tratar de escribir, de analizar... siempre que trato de hacerlo hay una vocecita

que me dice: “Má, mamá, má”. Me jala de la playera y como puede se sube a mis piernas, y cuando lo logra, sus manitas empiezan a teclear, cierro mi laptop y lo empiezo a mimar, mi madre me ha dicho: “El tiempo pasa rápido y debes apapacharlo, ya que cuando menos veas estará de aquí para allá y ya ni te hará caso”.

Muchas veces me he quejado de la pandemia, pero a la vez, valoro más el salir, valoro tener salud, valoro tener mi trabajo, que a ratos trato de hacer, de tener un esposo, hijos y una vez más viene a mi mente mi madre, que a sus 80 años, con 30 años de viuda y tres hijos, sigue ahí optimista y diciéndome: “Cuídate mucho, tú puedes, yo no hice hijos flojos ni tontos... mírame a mí, ya voy caminando de nuevo, ya puedo dar mis pasitos solita” y es eso lo que me anima y digo: “Yo puedo”.

Cerca de la meta

Selenne Esmeralda Tiznado Reynaga²⁵

Ser mujer no fue una elección personal, así nací y me gusta, me fascina todo lo que conlleva y los retos que en el camino se han presentado por el simple hecho de serlo. Sin embargo, la maternidad pone más en alto cualquier meta profesional que una espera alcanzar, pareciera imposible plantear ambas situaciones en un mismo periodo de tiempo.

La sociedad, la familia, los amigos, los compañeros te recuerdan a cada paso lo complicado que será, todos prometen acompañarte. La verdad es que sólo serán espectadores y en el mejor de los casos, consejeros, porque la maternidad es una cuestión íntima y personal, dar vida a un ser no es un proceso fácil, desde los cambios físicos, emocionales y adaptar el nuevo integrante a un ritmo de vida, no obstante, cuando te has organizado, cuando diseñas la dinámica familiar para conseguir esa meta profesional llega lo inimaginable: pandemia por covid-19.

Entonces, sólo entonces, te das cuenta de que las cosas siempre pueden complicarse más, todos debemos permanecer en casa, no existe el servicio de guardería, toda la familia debe trabajar en casa, debes continuar con tu trabajo, con tu formación profesional y apoyar al resto de la familia a integrarse a este nuevo sistema, las mujeres hacemos muchas tareas, pero hacer todo al mismo tiempo es un reto mayor. Ya no es posible dividir tus horas para dedicar momentos exclusivos a cierta faceta de tu vida, eso sin contar que recién te recuperas de tu tercer bebé.

Cuando inició la pandemia era estudiante de maestría, docente, esposa y madre de tres hijos (dos adolescentes y un bebé de tres meses). Cada aspecto exigía bastante de mí como mujer, o al menos de esa forma lo sentía.

Cómo explicar las emociones que todos los días se vivieron en este proceso, basta quizá con decir que soñé en algún momento con correr y dejar a todos, con esconderme en el baño y llorar, y esto último lo hice, lloré con mi pareja, pedí ayuda, grité mi desesperación, sin embargo, cada quién vivía su momento, así que pensaban que exageraba.

Para mi esposo, quien es docente también, representó una oportunidad para buscar un trabajo complementario, pues las clases en línea eran flexibles y la llegada de un nuevo integrante representa más gastos. Mis hijos adolescentes, lo menos que esperaban era ser encerrados todo el día con su madre y que ésta se convirtiera en su maestra auxiliar, prefecta escolar, directora y no pudieran siquiera ver a sus amigos o irse a sus actividades extraescolares, y de un día para otro aprender a usar las plataformas para las clases en línea.

²⁵ Maestra en Desarrollo Económico Local; Universidad Autónoma de Nayarit.
Docente de matemáticas a nivel secundaria
sele_tiznado@hotmail.com

Cómo explicar el primer año de vida del nuevo integrante, un bebé es egoísta, busca ser atendido, escuchado, amado, cada mes era un nuevo reto porque se encuentra en una etapa de desarrollo y aprendizaje diferente, y como buena mamá tienes la oportunidad de “disfrutarlo”, de “dedicarle todo el tiempo,” por lo menos esos eran los múltiples mensajes que llegaban: “qué padre que estás en tu casa cuidando a tu bebé”, “qué bueno que lo estás disfrutando”, “te tocó mucha suerte con esta pandemia”.

No tenemos idea de cómo un comentario bien intencionado puede lastimar en lo más profundo de una persona. Claro que amo a mi familia, amo a mi hijo, pero no entiendo en qué momento se les olvidó que deseaba con el alma terminar mi tesis para titularme en la maestría, porque también amo mi crecimiento profesional, que necesitaba tomar mis clases en línea como alumna, que amo ser docente y, por tanto, debía organizar las actividades, estar en reuniones, llenar formatos, atender y entender a mis alumnos, y cada situación que ellos enfrentaban, segura estoy de que ya han tenido la oportunidad de hablar con alguna maestra.

Sin duda alguna, la maestría y tener un bebé en brazos al mismo tiempo ha sido lo más exigente que he hecho, sentarme a escribir por media hora sin interrupciones era toda una odisea, revisar correcciones y que te digan: “Hazlas por la noche mientras duermen todos”. Y tu hijo te pide lo alimenta aún en las noches no tenía mucho sentido, ver que las ideas no fluyen, sentirte cansada todo el tiempo, la inspiración se empieza a escapar, sentir que el tiempo corre, tener la presión de cumplir y al mismo tiempo cuestionarte si es buena idea abandonar todo aún con la meta tan cerca.

Te cuestionas todo, el sentido de las cosas, tu dinámica familiar, el papel que juega tu pareja, si a tus hijos les importa lo que sientes, si tu bebé no tendrá consecuencias por la falta de contacto con más personas, si tus alumnos están recibiendo la atención que se merecen y si lograrás terminar tu maestría, si en verdad vale la pena cumplir con todo.

Debo agradecer a las personas que me rodean, que se acordaban de mí pensando en lo complicado de mi situación, de estar encerrada en casa como estudiante, como docente y amamantando a un ser. Tenía un plan para después del nacimiento del bebé y de pronto nada funcionaba. Envidié por momentos la vida de aquellas personas solteras, sin pareja o simplemente a quienes sus hijos ya eran jóvenes adultos que no requerían supervisión. Sólo quería sentarme a escribir tranquilamente, revisar trabajos y disfrutar de un momento de paz.

Al escuchar a otros, entiendes que todos los estilos de vida conllevan sus propias complicaciones, que dentro de todas estas emociones mi familia fue la que me ayudó a salir adelante, la que me motivó, y empecé a valorar los minutos que los hermanos mayores cuidaban del menor, los momentos en que mi esposo al llegar de trabajar no exigía ni esperaba comida terminada, se integraba a las actividades pendientes por hacer en el hogar. Fue un camino de lucha interior, de ajustes en los roles de la familia, de hablar de lo que se siente, de crecimiento, de cambios. Definitivamente la sociedad en general no ha visto el trabajo tan grande que las mujeres están haciendo con el trabajo en casa.

Trabajar desde casa no fue una decisión personal, sino una imposición por cuidar la salud de la sociedad, pero la mujer siempre queda en desventaja, por lo menos en mi caso, así lo fue. Se puede hacer una lista larga de lo que hace una mujer ama de casa (barrer, trapear, sacudir, hacer desayuno,

comida y cena, cuidar hijos cuando no están en la escuela, etc.), de lo que hace una mujer docente (planear, dar clases, revisar trabajos, hablar con alumnos, hablar con padres de familia, atender reuniones, reportes, calificaciones, etc.), de lo que hace una mujer con bebé de meses (hacer todo por él y mantenerlo en observación siempre), lo que se hace como estudiante (estudiar, entregar trabajos, tomar clases, hacer la tesis) y está por demás decir que se espera que se cumpla al cien con todas, que la abuelita que antes apoyaba con la comida ahora hablaba todos los días para preguntar qué comieron, la abuelita que trabaja en un CENDI da consejos de los ejercicios, papillas y canciones para el bebé, que los compañeros de trabajo cada día te hablan de cómo están innovando en sus clases y ves que también tus compañeros de maestría están avanzando.

Puedo con orgullo y felicidad decir que lo logré, terminé la maestría, no en el tiempo deseado, pero lo hice, tuve un gran equipo asesorándome, tomé algunos cursos para mejorar mis clases en línea, mis hijos adolescentes continúan con sus estudios y trabajando, saben que tienen una meta, mi esposo continúa apoyándome en cada proyecto y mi bebé está alcanzando las etapas que todo bebé sano tiene.

¿Qué si cambiaría algo? Definitivamente, ahora puedo decir que no, he aprendido, soy más fuerte, tengo nuevas metas, nuevos planes, mi vida es perfecta con todos sus defectos, no sé qué otras sorpresas me preparen la vida o el destino, pero estoy preparada, voy por más.

Ser mujer, profesionista, madre y continuar preparándote es lo máximo, no te detienes, no eres débil, tomas impulso y continúas adelante, claro que se vale llorar, gritar, enojarse, reclamar, pero nunca estancarse. Este encierro fue una sacudida y toda sacudida requiere de un nuevo orden.

Un viaje de ida y vuelta durante la pandemia: la historia de una mujer que pasó por el infierno y salió más fuerte, más valiente y más ella

Miriam Betzabe Tecamachaltzi Silvarán²⁶

Era un 23 de marzo y anuncianaban una pandemia por el coronavirus SARS-CoV-2, yo estaba muy tranquila, hace una semana habíamos tenido la reunión del grupo de Bioseñales y me reencontré con mi tutor y mis excompañeros del laboratorio. Recuerdo que hice paella y todos convivimos en mi casa, estaba Jim Pfaus, que había viajado de Canadá a Orlando, Florida, luego a Veracruz y de ahí vino con mi tutor Genaro y todos mis compañeros desde Xalapa. Muchas personas vinieron para el evento, desde todo el país y nadie se percataba que al otro lado del mundo una pandemia se estaba gestando. Cuando por la televisión anunciaron el adelanto de las vacaciones, yo lo tomé tal cual, y lo agradecí, había tenido días muy intensos desde febrero con la organización de la primera semana de celebración de la mujer, la niña y la ciencia, y justo después la organización de la reunión del grupo de Bioseñales que se me había delegado por la cercanía de los temas. A esta parte de mi vida la llamo...

En la incredulidad

Cuando anunciaron que se adelantaban las vacaciones estuve muy feliz, relajada y muy poco interesada con la pandemia, la verdad. Sólo quería estar con mi hijo de 3 años, con quien mi relación se había enfriado a causa de los horarios de trabajo y no lo había visto en casi 15 días, porque él y mi mamá viajaron durante Bioseñales 2020 para que yo pudiera dedicarme todo el día a la organización y realización del evento. Así empezamos la cuarentena, entre juegos, películas y mucho tiempo juntos. Yo no lograba desconectarme del trabajo, ya que tenía una alumna con problemas graves de violencia y le escribía de vez en cuando para saber cómo estaba. Para cuando la pandemia explotó o la información me llegó a la cabeza, ya se habían terminado las “vacaciones” y el semestre seguía en línea. Para mí fue un reto y la verdad me sentía emocionada, ya que en algún momento di clases en línea en otra universidad y me gustó mucho. Para ese entonces me sentía una youtuber haciendo mis videos, pasaba las noches viendo estrategias de cómo grabar pantalla, conociendo aplicaciones, y muy emocionada con la nueva modalidad. Abrí un aula virtual en *Google Classroom* (lo cual obviamente aprendí a hacer en *YouTube*). A esa etapa de mi vida la llamo...

Floreciendo de noche

Una vez que abrí el aula y regresamos a clases, me di a la tarea de hacer un cuestionario a mis estudiantes, obviamente con la nueva herramienta que había aprendido a usar (formularios de *Google*). Yo en verdad estaba muy entusiasmada con todo lo que estaba aprendiendo y pensaba que este tiempo en casa me ayudaría para aprender nuevas cosas, volverme una mejor docente, además de pasar tiempo

²⁶ Facultad de Ciencias para el Desarrollo Humano
Universidad Autónoma de Tlaxcala.
mbtecamachaltzis_fcdh@uatx.mx

con mi hijo. Así pasaba las noches, aprendiendo en *YouTube*, las mañanas jugando con mi hijo y las tardes grabando en mi habitación. Para ese entonces me di cuenta de que me hacía falta un espacio para poder trabajar, así que animosamente compré un escritorio, una impresora y un micrófono, pues en mi mente, ya era casi casi “una profesional de la edición”, también me compré un iPad y obviamente bajé un montón de aplicaciones para edición de todo... armé mi oficina en casa, puse muy bonita mi recámara y ahí pasaba tarde y noche, grabando y viendo videos, pensaba que la vida era perfecta... claro, los primeros días, y así aguanté unos meses. Hasta que las desveladas continuas, el ciclo invertido y la falta de descanso hicieron de las suyas y enfermé. Tenía vómitos, dolor de cabeza, diarrea y me sentía muy mal, con todo lo que pagaba de aplicaciones, *Zoom*, *Canva*, y lo que gasté en equipo... estaba sin liquidez, tampoco tengo IMSS y por tacaña no pagué el seguro del SNI, total que me tocó ir al médico del ahorro y tampoco me hice una prueba de COVID, así que no tenía cómo comprobar lo mal que me sentía. Mencioné mi situación con mis compañeros, pero el trabajo tenía que seguir... a esa etapa de mi vida la llamo...

Desde el infierno

En verdad me sentí muy mal y en el equipo parecía que no había pandemia, salían y salían cosas qué hacer y yo tenía que lidiar con mi enfermedad, el tiempo de mi hijo, el cansancio y el hartazgo de mi madre por estar encerrada, y también que ella pensaba que yo no tenía nada que hacer y que podía estar en casa disfrutando de los días. No fue hasta que en verdad me puse muy mal que los tiempos en casa empezaron a distribuirse, ya que como yo intentaba trabajar en las noches y por la tarde-noche para estar con mi hijo y convivir con mi mamá, no había establecido un horario para mi trabajo y tampoco hablaba de lo atareada y abrumada que me sentía. Trataba de mantener el buen ánimo, pero en verdad estaba agotada. Si me hubieran hecho una valoración, seguro sufría del síndrome del quemado. Mi mundo se venía abajo, pero yo intentaba ser la maestra perfecta, recibiendo mensajes y correos, tareas y llamadas 24 h al día. Trataba de participar en todo lo que se armaba y hasta propuse una conferencia con un amigo virólogo que justo trabaja con coronavirus. Para ese entonces, el clima en mi casa era terrible, yo muerta y sintiéndome poco entendida, mi hijo llorando porque quería salir y ver a sus primas, y mi mamá muy preocupada porque mi hermana y su familia se contagieron, mi hermana la pasó un poco mal. A esta etapa de mi vida la llamo...

Orando

En verdad me sentía abrumada y no encontraba una salida a todo este sufrimiento. Oraba todas las noches suplicando que esto terminara pronto, pero por otra parte tenía que cumplir con el trabajo que anteriormente realizaba en mi jornada de 8 horas o más, pero sin tiempo para hacerlo. Comida qué preparar, casa qué limpiar, hijo qué cuidar y el encierro. Para eso adecué mi casa y puse una cerca que me aislabía de los vecinos, compré una mesa de jardín y en el micro pasillo de entrada puse un oasis en el desierto de encierro y trifulcas que era mi casa. Para ese entonces, ya sentía la presión de la falta de productividad con respecto a la ciencia, los laboratorios estaban cerrados, mis proyectos estaban parados y el miedo al contagio y a la muerte me hacían ni pensar en volver. Es por ello que retomé el plan de hacer investigación por formularios, usando escalas. Cabe mencionar que mi área del conocimiento es la neurobiología de la conducta sexual, me mueve entre la recompensa sexual, las drogas y las preferencias condicionadas por éstas, en específico preferencia de pareja hacia el mismo sexo.

Así que nuevamente me metí en un terreno que no conocía, pero que deseaba explorar, ya que siempre había trabajado con modelos animales como la rata, jamás con humanos. Así que estaba muy emocionada. Es así como con ayuda del maestro Raúl Jiménez Guillen, a quien llamo mi sensei, ideé un proyecto donde se evaluaba el clima familiar y la violencia e índice de severidad en estudiantes universitarios. Me puse a leer sobre escalas validadas en población con ese rango de edad en México y con ayuda del maestro y la colaboración de mi alumno Brandon, lanzamos el formulario, a través de Facebook y compartiendo con conocidos y demás. La verdad, fue muy satisfactorio, ya que más de 200 estudiantes de todo el país participaron. Para eso tuve también todo el apoyo de mis estudiantes y de la facultad. Por cierto, ese es otro pendiente que tengo en el presente. Mucho calmó mi ansiedad el haber concluido esa investigación, analizar los datos y por lo menos presentarla en un congreso. A esa etapa de mi vida le llamo...

Sobreviviendo

Ya no tenía vida, los días de ocio se acabaron, la felicidad por estar en casa se había convertido en agonía, trabajaba porque debía hacerlo, me sentía mal por las noches por no poder sentarme a escribir, me abrumaba recibir comentarios de “no estás produciendo”, “X compañero ya sacó 4 papers y tú nada”, “debes organizarte”, “seguro ya no te interesa la ciencia”. No dormía por las noches y cuando lo hacía soñaba con el SNI, a veces sentía que no respiraba y debía seguir siendo la profe perfecta, cumplir con el trabajo y además ser la mamá perfecta, la hija perfecta, no quejarme por estar en casa, trabajar día y noche, y agradecer por poder hacerlo, ya que gente cercana como mi hermana se había quedado sin empleo y su situación no se comparaba con la mía. Con la nevera llena, dinero en mis bolsillos, ropa nueva, cosas nuevas y un trabajo que la verdad hasta ese entonces me hacía sentir como Cenicienta, a veces no podía creer que lo había logrado.

Se supone que debía estar feliz, daba muchas conferencias, me invitaban a todos lados y como era virtual podía hacerlo, casi cada semana tenía un evento, eso antes me hacía feliz, pero ahora sólo me hacía sentir una impostora, me presentaban como la Dra. Miriam, SNI 1 y yo sin poder producir nada. Eso me hacía sentir tan chiquita, tan poca cosa y tan mal como investigadora y profesional. En verdad me angustiaba al grado de pensar que podía perder mi empleo o que mi valor como profesional sólo dependía de si era SNI o no. Sin embargo, decidí que no podía dejarme caer por los comentarios de otras personas, sobre todo si me estaba esforzando tanto, debía demostrar de qué estaba hecha.

Así que me armé de valor, tomé las pocas fuerzas que me quedaban y empecé a escribir un capítulo de libro al que una amiga me invitó a participar, con temas de mi interés como Neurobiología de las parafilia y el sexo con violencia, le pedí ayuda a un excompañero, alumno del Dr. Genaro (quien me formó, siempre creyó en mí y me ayudó a convertirme en una investigadora) y al Dr. Oscar para que aceptaran colaborar. Eso me hizo muy feliz y liberó un poco el estrés que tenía. Al mismo tiempo, el Dr. Oscar Gonzales Flores, a quien llamo mi hado padrino y a quien agradezco mucho todo su apoyo, me invitó a participar en un proyecto sobre talidomida y, obvio, conducta sexual... yo feliz, además de una revisión donde estaba el gran Jim Pfaus y mi tutor de toda la vida y a quien admiro y quiero mucho, el Dr. Genaro Coria. Otra vez me sentía como una Cenicienta y no podía creer que iba a salir en un paper con tales investigadores. Además, tenía en puerta una presentación en el Foro internacional para la evaluación del género femenino (FONAGE) y mi participación en el diplomado en Trastorno

del Espectro Autista (TEA), obvio hablando sobre neurobiología del autismo. En verdad estaba feliz y trataba de aferrarme a eso, pero para ese entonces, con el ciclo invertido y la falta de descanso, los dolores de cabeza eran insoportables, ya no podía más. Tomaba café y me “empastillaba” para poder soportarlo. Así estuve varios días, hasta que me dio un dolor tan fuerte que me hacía vomitar y yo pensaba que tenía migraña. Fue cuando empecé a notar que unas bolitas en mi cabeza (que tenía desde hace años) empezaron a crecer, al grado que la más grande era del tamaño de una nuez.

Para ese entonces estaba casi a punto de enviar el capítulo sobre parafilia y también me tocaba participar en el diplomado en TEA. Como soy de hacer una cosa a la vez, armé una presentación muy bonita, di mi plática y justo ese día me tomé un ibuprofeno de 800, un complejo B y 4 tazas de café con Coca-Cola (según yo con eso se me quitaba el dolor), por supuesto me empasté (demasiado maquillaje), usé pestañas postizas y estuve muy animosa en la presentación. Para mí era muy importante, ya que era para maestros de la SEP y había tenido una experiencia incómoda en mi primera presentación en la facultad ... así que quería hacerlo muy bien y limpiar mi imagen.

Al final me fue muy bien, me puse la máscara de Dra. Miriam y di el taller de manera sobresaliente. A los maestros les encantó y yo calmé un poco las voces dentro de mi cabeza, diciendo: “NO puedes, eres un fracaso, no puede ser posible que todos aguantan y tú te enfermas”. En fin, por un momento fingí que todo estaba bien, pero no lo estaba. Esa noche tuve taquicardia y mucho dolor, el cual jamás se fue. Así aguanté un día y esperando armar mi plática para la siguiente semana me dijo mi coordinador que habría otra conferencia en medio y después cierro yo con la última sesión. La verdad sentí alivio y hasta me ofrecí a hacer el cartel para el evento. Para este entonces no les he confesado que hacer cosas de diseño me tranquiliza, así que lo único que quería era estar ocupada para no pensar y hacer carteles es algo que me relaja.

Siguiendo con el relato, entregué el cartel y ya no podía más, no podía ver, me dolía mucho y me decidí a ir a ver al médico. Al valorarme, eran 5 tumores en cuero cabelludo y urgía extirparlos, pero no me lo podían hacer hasta el fin de semana y ese día era lunes. Al final aguanté y le comunique a mi coordinador que me operaban el sábado, aun así, ofrecí dar mi taller el lunes (yo pensando que estaría muy bien), él me dijo que no y que podíamos hacer una sesión asincrónica con lecturas y un video, y que, en enero, regresando de vacaciones, podía dar una conferencia para cerrar con el ciclo de neurobiología. A mí se me pusieron los ojos como plato, ya que ese era mi “mero mole”, hacer videos y dar conferencias. Así que me volví a “empastillar” e hice un video del cual me siento muy orgullosa y el que también compartí en un *Facebook* que había abierto para mis estudiantes que no contaban con internet en casa (*Facebook* es gratis en los planes Telcel y a ellos yo les doné paquetes de datos, así que sí podían ver los videos ahí).

Al final me operaron y yo no había terminado el capítulo de parafilia, justo el día de la cirugía tuve que regresar a terminar lo que me faltaba, así estuve con la cabeza afeitada y suturada en 5 sitios diferentes escribiendo como loca y soportando el dolor. Aunque cabe mencionar que el dolor no era tan fuerte como cuando tenía los queratomas. Sigo pensando que lo que me provocó el crecimiento de los “tumores” fue todo lo que me tomaba para aguantar, ya que cuando los analizaron, vieron que eran de queratina.

En ese momento tuve mucho apoyo de mi facultad y el tener todas las clases en la plataforma institucional me ayudó mucho. Al final, los chicos no perdieron ni una clase y yo me pude operar sin contratiempos, ya que fueron dos, la primera vez me extirparon cinco queratomas y la segunda tres. Al final tenía ocho incisiones en la cabeza, me sentía de la patada, pero estaba empezando a producir. Para ese entonces todavía tenía dos presentaciones en puerta, así que dejé de cubrirme la cabeza con pashminas y me compré una peluca, la verdad me deprimía mucho verme así, con hoyos, sin cabello por toda la cabeza y no me sentía muy bien, pero me había comprometido y no lo iba a posponer. Así que nuevamente me puse la máscara de Dra. Miriam, me puse la peluca y tuve que retomar mi vida y mi actitud.

Sin darme cuenta, las vacaciones de diciembre llegaron, literal me tomé todas las vacaciones y sólo trabajé un poco en el paper sobre talidomida. La verdad no quise hacer más, no tenía ánimos. En diciembre perdí a mi abuelito y me dolió mucho no poder ir a verlo, pero tenía mucho miedo a perder a mi mamá o a mi hijo, a que se contagiaran y también murieran. Pasaba los días tratando de darme ánimos, me maquillaba y ponía la peluca para verme mejor y ver si eso calmaba un poco la avalancha de dolor, tristeza, desesperanza y desolación que estaba experimentando. Para ese entonces yo estaba en modo sobrevivencia y sólo me importaba mantener la vida de mi hijo, mi mamá y la propia, aunque la mía no la percibiera tan buena. A esa etapa de mi vida la llamé ...

En el búnker

El mundo afuera se podía caer, pero mientras estuvieramos los tres todo podía seguir funcionando. Mi mamá se fue a Orizaba y yo me volvía loca entre el trabajo, las clases de mi hijo, la comida, la casa y el llanto de él, ahora por no tener a su mamita (así le dice a mi mamá) y la imposibilidad de salir a comprar, ya que en los centros comerciales no dejaban entrar niños y algunas cosas no las podía conseguir en línea. Al final, durante las vacaciones de diciembre perdí a mi abuelito, a mi tía paterna, a otro tío, amigos cercanos y conocidos. Vi la entereza de mi madre al perder a su padre, sufrí en silencio la muerte de todos ellos y eso me hizo recordar viejos amores a los cuales había perdido años atrás, mi papá y mi esposo.

Entré en depresión y el miedo a perder a mi hijo era cada día mayor. En ese momento, aquella casa que en algún momento consideré un infierno ahora era mi búnker, no quería salir de ahí y tampoco quería que nadie entrara, ni los gatos que en algún momento nos hacían el día feliz. Ya no salía a comer o trabajar en la mesa del jardín, pasaba mucho tiempo encerrada y aprendí a vivir así. También valoré tanto a mi madre, el hecho de que hubiera decidido no ir al funeral de su padre por cuidarse y cuidar de nosotros, la verdad para mí fue una gran lección de amor, fortaleza y autocuidado, que no sé si yo pudiera cumplir. Creo que si ella se enfermara no sé qué haría. Ahí entendí lo que hace años había comprendido y que con mi estrés por producir y no ser impostora había olvidado.

Al final lo que importa son las personas que amamos y también hay que cuidarnos para poder cuidar de ellas. Mi mamá me dio una gran lección, ella me dijo que no fue al funeral de mi abuelito porque eso no iba a cambiar nada, me habló de Dios y que aceptaba que el tiempo de su papá había terminado, que vivió una vida plena y que sabía que estaba en paz, que lo único que podíamos hacer es seguir cuidándonos. Así que, seguimos encerradas y no volvimos a salir para nada, yo no iba ni al banco, todo lo pedíamos en línea y los días pasaban en la nueva normalidad de la casa. Así siguieron

los días y el despertar, trabajar, comer con mi hijo y mi mamá, volver a trabajar e intentar dormir se volvieron parte del día a día. Pero enero llegó y con el año nuevo una nueva dinámica surgió, un nuevo ciclo empezó y con ellos nuevos aprendizajes y una nueva mentalidad. A esa etapa de mi vida la llamo...

De vuelta a mis orígenes

Empecé a organizar la segunda semana de la mujer y la niña en la ciencia, conocí nuevas amigas en el grupo de *Facebook* “Investigadoras y madres”, armamos un evento muy bonito y productivo, como siempre conté con el apoyo de las autoridades de mi facultad, aprendí a hacer un minuto a minuto en zoom (casi lloré), pero encontré la fuerza en la sororidad de mis compañeras, en el apoyo del maestro Raúl y de ahí surgieron nuevos proyectos.

En casa, después de lo mal que me vi y que mi mamá vio mi esfuerzo por tratar de hacer algo aún enferma o con la cabeza abierta, me ayudó a tomar tiempos para mí y mi trabajo. Ahora tengo un horario definido para trabajar, también puse límites a mi bebé y ahora sabe que mamá tiene que trabajar y que cuando estoy trabajando me debe dejar hacerlo (eso todavía me tiene en conflicto y me hace sentir culpable algunas veces). También tomo mi horario de comida para estar con él y eso no lo cambio por nada. Así como tengo horario para empezar a trabajar, establecí uno para dejar de hacerlo, ya que luego me pasaba toda la noche y parte del día en ello. Ahora, dejo de trabajar por lo regular a las nueve pm (aunque hoy son la 1:41 am y no termino), pero en la tarde llevé a mi hijo al parque. He perdido el temor a perderlo, ya estoy en paz con eso y aunque me sigo cuidando, mi mamá ya está vacunada y sé que pronto yo también lo estaré, espero pronto mi hijo tenga la inmunización y podamos continuar con nuestras vidas. Me he puesto en contacto con la Miriam que siempre he sido, la que le da la prioridad a su familia, la que disfruta lo que hace y la que también toma tiempo para sí misma. Recordé que lo más importante es estar bien, que no siempre puedes ser la mejor y que está bien pedir ayuda. Creo que cada obstáculo es una oportunidad para crecer y que todo este estrés por no producir y los comentarios de compañeros hombres me impulsaron a coordinar este libro y darles la voz a mujeres investigadoras que igual que yo, en este momento están criando hijos, tratando de producir y lidiando con las desigualdades sociales que se han exacerbado durante esta pandemia.

Como les decía a mis compañeras “ESTAMOS HACIENDO HISTORIA” y es necesario visibilizar que las y los investigadores vivimos la pandemia de maneras diferentes. Algunos se volvieron más productivos estando en la comodidad de la casa, sin perder tiempo en ir al trabajo, y otras la pasamos entre la comida, la casa, los hijos y nuestros demonios internos. No digo que los hombres no sufren la pandemia, no digo que las personas sin hijos no sufren el aislamiento social, pero sí creo que cuando tienes el privilegio de encerrarte en casa a trabajar, mientras tu esposa se encarga de los hijos y la casa, te habla para comer, te asea la ropa y el escritorio, puedes producir sin problemas. No es lo mismo ser la que limpia, lava, cocina, cría, da conferencias, escribe papers, da clases y organiza eventos, además de lucir bien y ser una mamá perfecta. Creo que eso es imposible y está bien decirlo, está bien visibilizar, por ejemplo, que las madres y padres debemos, además de cumplir con nuestras labores, estar en las clases en línea de los hijos, porque la escuela así lo exige. Así que cuando se pide que todos hagan lo mismo en los mismos tiempos y horarios, la cuestión se vuelve un poco disparesa y no es tampoco culpa de las instituciones. Sin embargo, muchas de ellas están dirigidas por personas que ya terminaron de criar o que no tienen hijos o que son hombres con esposa ama de casa.

Las realidades son distintas y es necesario hablar de ello para poder incidir con políticas institucionales, que contemplen las labores de las investigadoras e investigadores que son madres o padres. Esta es la visión de las mujeres, ya que por lo regular los roles de género o la crianza monoparental nos han delegado las funciones de cuidado, limpieza y crianza.

Así como yo, sin duda muchas mujeres se han sentido abrumadas, sobrepasadas, poca cosa o poco útiles, al no poder lidiar con las labores de crianza, limpieza y cuidado, junto con la guerra fría que es mantener el SNI. En mi caso, además de intentar ser una investigadora productiva y mantener el SNI, tengo un puesto como profesora de tiempo completo, con horarios de trabajo rígidos y todas las labores que eso implica (gestión, administración, tutorías, docencia e investigación). Para poder cumplir con todo, muchas veces he tenido que dejar de lado las horas de descanso, de sueño, de ocio o de la familia. Ese es un tema que también se tendría que contemplar en las evaluaciones del SNI, ya que, hasta ahora, la docencia, difusión y divulgación han sido excluidas de los criterios de evaluación, lo cual no deja un piso parejo para todos, especialmente para quienes tenemos un puesto como profesoras. Incluso me atrevo a decir que, entre el grupo de investigadoras y madres, las que somos profesoras-investigadoras y las que son investigadoras la vivimos distinto. No solo por las horas que se tienen disponibles para la investigación, sino por la gestión del tiempo. Pero eso ese es un tema a explorar en otra ocasión.

Al final, esta pandemia me llevó a un viaje hacia el infierno en el cual aprendí lo fuerte que soy y que cada obstáculo puede convertirse en una fortaleza. También, gracias a este encierro aprendí a hacer cursos en línea, demasiadas herramientas de diseño y publicidad. Hice demasiada difusión y me integré a una comunidad de mujeres científicas, las cuales estamos colaborando con dos libros que yo coordino, hablando sobre estos temas que es necesario visibilizar y que son importantes para alcanzar la paridad de género en la ciencia. También hago ciencia con perspectiva de género y derivado de ello inicie una nueva línea de investigación que se llama “Género y ciencia”.

Por fin me desbloqueé y tengo un paper aceptado sobre neurobiología de la conducta sexual, hoy envié otro sobre la edad y la severidad de la violencia en mujeres maltratadas y además, en este año, logré sacar dos capítulos de libro.

Me siento muy orgullosa y feliz, y más porque recordé que cualquier obstáculo es una oportunidad para reinventarse, que los comentarios desatinados no vienen más que de una mente ignorante de los privilegios que implica ser hombre, del desconocimiento de la perspectiva de género y de las desigualdades de género en la ciencia y la sociedad, que esta pandemia ha exacerbado. Toda esta situación me ha hecho reflexionar y cada vez soy más consciente de que todos estamos en un proceso de deconstrucción y ya no lo tomo a mal, aunque en algún momento, esos comentarios me causaron mucha angustia y dolor. Entiendo que al final, reconocer el privilegio que tienen los hombres en esta sociedad patriarcal y las desigualdades estructurales que vivimos las mujeres implica un trabajo complejo, tanto personal como de la sociedad en general.

Por eso es importante visibilizar las diferentes realidades que vivimos las mujeres y el contexto en el que las investigadoras y académicas mexicanas estamos produciendo durante esta pandemia, para así poder incidir en el imaginario popular y también en políticas públicas e institucionales que contemplen los diferentes contextos.

Toda esta experiencia durante la pandemia me ha dejado muy claro que puedes ayudar a muchas personas a través de la ciencia y al mismo tiempo también tú puedes florecer, aun estando quemada. Pero que hay que hablar y pedir ayuda, hay que acercarse a la gente que te suma y formar redes de apoyo, que también hay que cuidar la salud mental y establecer horarios, tomarse tiempo para nosotros y trabajar en horarios fijos, pero sin poner en riesgo tu salud o la de los tuyos, para poder dar equilibrio a tu vida; que hay que hablar de las cosas que te parecen injustas y no tener miedo, eso también es importante, porque de eso también depende tu salud. Yo siempre he sido así, pero el miedo me había hecho olvidarlo. Creo que ahora, después de perder tanto, de pasar por el infierno y de padecer situaciones que me causaron mucho sufrimiento o agonía, he descubierto otros horizontes, me he hecho más fuerte, más organizada, más prudente, más consciente y más agradecida con la vida y con los seres hermosos que me acompañan en ella. Mis compañeras y compañeros con quienes ahora colaboro, amigas y amigos, maestras y maestros de vida y, por supuesto, a mi madre bella y mi amado hijo, quienes son mi motor y mi ancla al mundo real.

Así que, como dice el título...

Este es un viaje de ida y vuelta, pero a mi ser interior, a mi fuerza y a mi libertad como mujer, madre e investigadora.

Miriam Betzabe Tecamachaltzi Silvarán
Enero, 2021

Directorio de autoras

Nombre y último grado académico	Universidad de egreso	Trabajo u ocupación actual	Correo electrónico
 Brenda Leticia Flores Ríos Doctora en Ciencias - Computación	Universidad Autónoma de Baja California	Investigadora Tiempo Completo del Instituto de Ingeniería de la Universidad Autónoma de Baja California	brenda.flores@uabc.edu.mx
 Adriana Gómez Bonilla Doctora en Desarrollo Rural	Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco	Profesora-Investigadora en el Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana unidad Iztapalapa	adriana.gomez.bonilla@gmail.com
 Alma Elena Gutiérrez Leyton Doctora en Ciencias Políticas y Sociales	Universidad Nacional Autónoma de México	Profesora titular A, en la Facultad de Ciencias de la Comunicación	agutierrezleyton@gmail.com
 Laura Rocío González Ramírez Doctora	Boston University	Profesora-investigadora en UPIIH-IPN	lgonzalezr@ipn.mx
 Ma. de los Ángeles Silvina Manzano Añorve Doctora en Literatura	CIDHEM Centro de Investigación y Docencia en Humanidades del Estado de Morelos. Cuernavaca, Morelos.	Profesora investigadora tiempo completo de la Facultad de Filosofía y Letras y de la Maestría en Humanidades de la Universidad Autónoma de Guerrero.	gelitamanzano@gmail.com gelamanzano@hotmail.com
 Elsa A. Pérez-Paredes Doctora en Medio Ambiente y Desarrollo	Centro Interdisciplinario de Investigaciones y Estudios sobre Medio Ambiente y Desarrollo del Instituto Politécnico Nacional.	Fundadora del Laboratorio Socioambiental Ciudadano. Docente de la Universidad Abierta y a Distancia de México, UnadM.	elsa.perez.paredes@gmail.com
 Guadalupe Maribel Hernández-Muñoz Doctora en Ingeniería de Materiales *Doctorante en Educación	Universidad Autónoma de Nuevo León. *Universidad de Baja California Unidad Tepic.	Profesor Investigador Tiempo Completo en la Universidad Autónoma de Nuevo León.	guadalupe.hernandezmn@uanl.edu.mx
 Martha Berenice Meza Dávalos Maestría en Ciencias de la Educación. *Doctorante en Ciencias de la Educación	Instituto Las Américas de Nayarit Universidad Santander	Profesora- Investigadora de tiempo completo de la Unidad Académica de Educación y Humanidades de la Universidad Autónoma de Nayarit (UAN)	bere.meza@uan.edu.mx

Directorio de autoras

Nombre y último grado académico	Universidad de egreso	Trabajo u ocupación actual	Correo electrónico
 Patricia Hernández García Doctora en Administración	Universidad Autónoma de San Luis Potosí Profesor de Tiempo Completo. Facultad de Contaduría y Administración. Universidad Autónoma de San Luis Potosí		patricia.hernandez@uaslp.mx
 Xochitl del A. León Estrada Doctora en Estudios Mesoamericanos	Universidad Nacional Autónoma de México Profesora-Investigadora, Academia de Desarrollo Regional Sustentable, El Colegio de Veracruz		xleon.colver@gmail.com
 Ericka Beatriz Morales Trejo Maestra en Desarrollo Económico Local	Universidad autónoma de Nayarit Auxiliar de investigación		ericka.morales@uan.edu.mx
 Guadalupe Isabel Ceballos Álvarez Doctora en Ciencias Sociales	El Colegio de la Frontera Norte Profesora-Investigadora de la Universidad Autónoma de Tamaulipas		gica_79@hotmail.com
 Ana Luz Muñoz Zurita Doctorado	INAOE Instituto Nacional de Astrofísica, Óptica y Electrónica Profesor Investigador Facultad de Ciencias de la Electrónica. Benemérita Universidad Autónoma de Puebla		Analuz.munoz@correo.buap.mx
 Gizelle Guadalupe Macías González Doctora en Ciencias	Universidad de Guadalajara Profesora-Investigadora de tiempo completo		gmaciasg@cualtos.udg.mx gmg261@yahoo.com
 Silvia Patricia Ambrocio Cruz Doctorado en ciencias	Université de Provence, Marsella, Francia Profesor-Investigador Titular Escuela Superior de Tlahuelilpan, Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo		silviap@uah.edu.mx
 Selenne Esmeralda Tiznado Reynaga Maestría	Universidad Autónoma de Nayarit Docente de Educación Secundaria		sele_tiznado@hotmail.com

Directorio de autoras

Nombre y último grado académico	Universidad de egreso	Trabajo u ocupación actual	Correo electrónico
Iris Neri-Flores Doctora en Ciencias de la Tierra	Universidad Nacional Autónoma de México	Profesora Asociada ENES Mérida	<i>iris.neri@enesmerida.unam.mx</i>
 Yulia Solovieva Doctorado en Psicología en la Universidad Estatal de Moscú. Dra. Honoris Causa en la Universidad Nacional del Perú. Huanuco.	Facultad de Psicología de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México	Facultad de Ciencias para el Desarrollo Humano, Universidad Autónoma de Tlaxcala, México	<i>aveivolosailuy@gmail.com</i>
 Miriam Betzabe Tecamachaltzi Silvarán Doctorado en Investigaciones Cerebrales	Instituto de Investigaciones Cerebrales, Universidad Veracruzana	Facultad de Ciencias para el Desarrollo Humano Universidad Autónoma de Tlaxcala.	<i>mbtecamachaltzis_fcdh@uatx.mx</i>
Barbara Beatriz Moguel Rodríguez	Posdoctorado en Laboratorio Internacional de Investigación, Universidad Nacional Autónoma de México		<i>bbmoguel@gmail.com</i>
Ma. Susana Alvarado Barrientos	Red Ecología Funcional, Instituto de Ecología A.C. (INECOL), Xalapa, Veracruz, México.		<i>susana.alvarado@inecol.mx</i>
 Cecilia Vallejos Parás Doctorado en Ciencias Sociales con especialidad en Sociedad y Educación	Universidad Autónoma Metropolitana, campus Xochimilco.	Profesora adscrita a la Facultad Mexicana de Arquitectura, Diseño y Comunicación de la Universidad La Salle. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores	<i>ceciliavallejos@lasallistas.org.mx</i>
Marisol Luna Chávez Doctorado en Letras	Universidad Nacional Autónoma de México	Profesora Investigadora Asistente C	<i>circe_lamaga@yahoo.com.mx</i>

Maternidad, cuidados y el quehacer científico y académico de mujeres mexicanas en tiempos de COVID-19

Este libro se terminó el junio 15 de 2022
en la Facultad de Ciencias para el Desarrollo Humano
de la Universidad Autónoma de Tlaxcala

consta de 118 páginas con un tamaño de 1.2 MB (1,051,926 bytes)

Se emplearon los tipos Arno Pro-II, Times New Roman, Copperplate Gothic y Helvetica LT STD

Diseño editorial: LDG. Alex F. Blanco Meza

